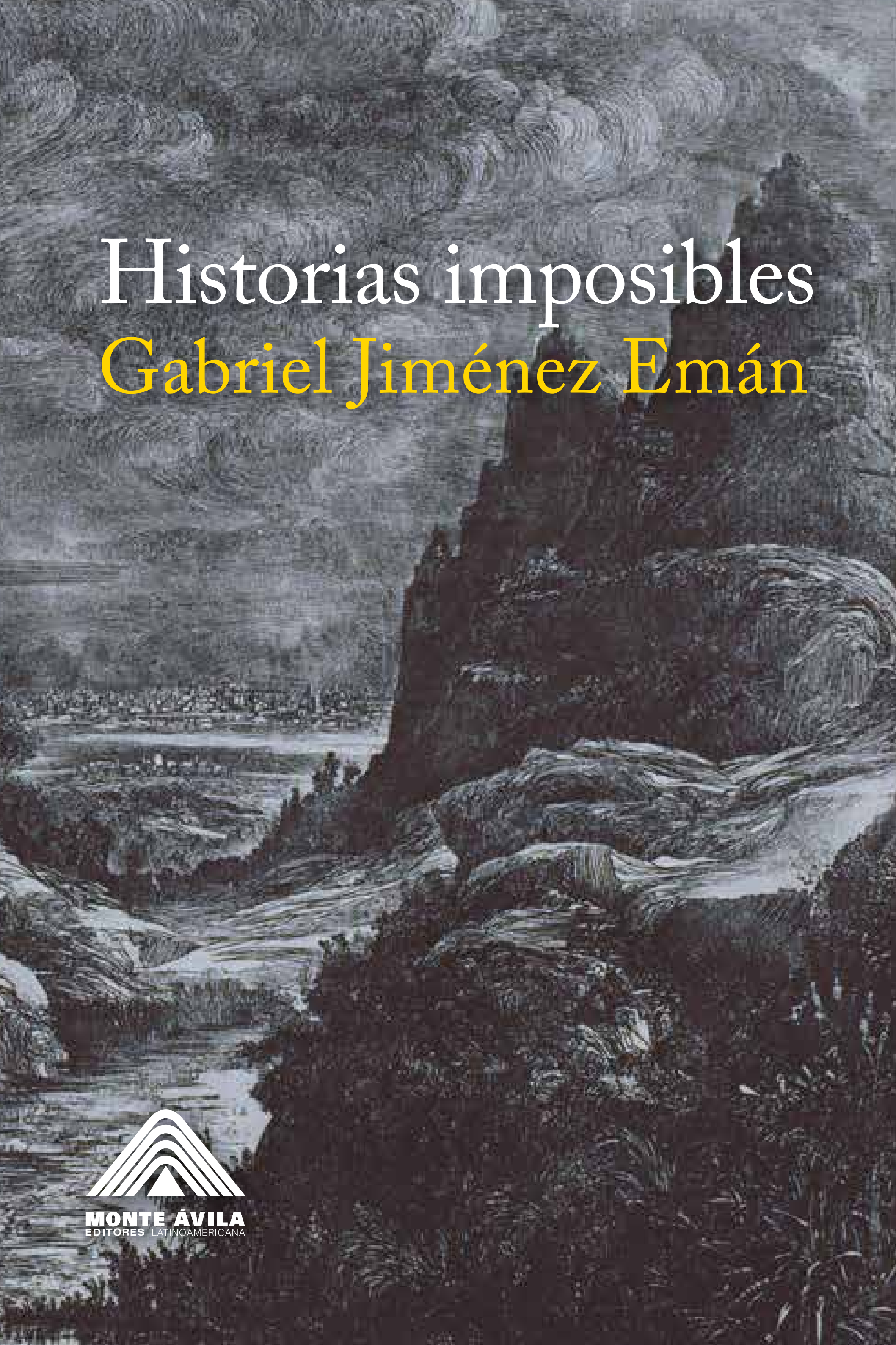

Historias imposibles
Gabriel Jiménez Emán
MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

colección continentes

Historias imposibles

Relatos

Gabriel Jiménez Emán

Historias imposibles

Relatos



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

Historias imposibles

IMAGEN DE PORTADA
Paisaje con locomotora (fragmento), 1942
Armando Reverón
Óleo, carboncillo y pigmento diluible en agua sobre tela
61,5 x 93,5 cm.

DISEÑO DE PORTADA
Javier Véliz

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO
Sonia Velásquez

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2021001218
ISBN: 978-980-01-2228-0

Prefacio

El dado redondo

Lectura de la obra de Gabriel Jiménez Emán

> Y en verdad no podemos, Señor de las verdades,
> daros muestra más alta de nuestra dignidad
> que este ardiente sollozo que surca las edades
> para morir al borde de vuestra eternidad.
>
> Charles Baudelaire
> «Los faros»

Con herramientas espirituales, morales, literarias, psicológicas, estéticas, lúdicas, ha forjado en el yunque de la literatura una suerte de inacabable liturgia creativa, una obra que le es reconocida por propios y extraños, de diferentes edades, lugares, generaciones, y hacedores también de las distintas formas de arte, incluidos los cineastas; una obra que indudablemente se alimenta de los más acertados logros de las tendencias estéticas surgidas en el siglo XX, como respuesta a la gran crisis de Occidente que llevó en los años veinte a la Primera Guerra Mundial. Nada que tenga que ver con el desarrollo del arte y la literatura en este siglo y lo que va —por supuesto— del siglo XXI ha quedado sin dejar huella en su oficio. La gran discusión entre los antiguos y los modernos, el surgimiento del cubismo, del surrealismo, el expresionismo, el creacionismo, el nadaísmo, el modernismo, el posmodernismo, la deconstrucción, la *fake new*, la posverdad, la desaparición de la realidad y la ilusión por la llamada

realidad virtual, los harakiris del arte moderno, la discusión escatológica, etcétera; y todo cuanto sucede en el mundo de la música y del cine, hacen mella en el modo de ofrecer su oficio, que es ya un dado redondo.

Gabriel Jiménez Emán nos invita a un viaje sideral por los universos de la memoria, lo fantástico, la mismidad, la fragmentación, como forma de ejercer de zapador contra los puentes de una «realidad» que hastía, agobia, asfixia como una hostia envenenada y conduce a algo que no satisface ni presenta ninguna solución digna al ser humano; una realidad a la que —pensando con el budismo— no cabe más que desearle un renacimiento mejor; o descubrir —como Cortázar— una «realidad otra». De allí también ese reconocimiento de la otredad y de lo fantástico, que es un puente firme para cruzar el abismo, ponerse a salvo, en un allá donde el bofetón de la «realidad» no alcanza, algo que desde temprano se plantearon —con acierto— los llamados posimpresionistas, y que tiene también sus raíces en la propia Edad Media. Arnold Hausser nos dice:

> El arte postimpresionista no puede ser ya llamado, en modo alguno, reproducción de la naturaleza. Podemos hablar, a lo sumo, de una especie de naturalismo mágico, de producción de objetos que existen junto a la realidad, pero que no desean ocupar el lugar de esta[1].

Son muchos los caminos por los cuales ha llegado a sí mismo. Ha movido sus alfiles y sus caballos y comenzado su juego escritural, que va del poema al relato como quien cambia de camarote en un tren.

1 Arnold Hausser, *Historia social de la literatura y el arte* (vol. 3), Ediciones Guadarrama, Madrid, 1974, p. 278.

Comparte su palabra, su *élan* vital, su quehacer, con maestros y con jóvenes que le siguen, le escuchan, celebran sus ocurrencias, sus cantos, sus muecas insólitas, la fuerza de su alegría, la contundencia de sus juicios; y creen en él por su manera de darse, que es continua, indesmayable, ejemplar. No se ralentiza, sino que fluye en forma de libros, de talleres, eventos, encuentros, jornadas, simposios, revistas, homenajes, entrevistas, traducciones, polémicas magistrales, siempre avivando el fuego del poema y de la palabra loca y lúcida; y lanzándola a quienes llamaría nuestro tocayo mayor, Gabriel García Márquez, «los náufragos siderales» y su remo imbatible e inexhausto, para mostrarles la brasa donde arden los carbones inmortales de la poesía y de la literatura en cualquiera de sus expresiones; pues él ha descorrido todos los velos de la creación, y no es posible afirmar que un puñado de duendes le ayudan por las noches a forjar sus elucubraciones, sus aforismos, sus fábulas, sus poemas y su prosa, producto prístino de su voluntad en su *Dasein*. Es un digno prototipo de este continente, en el cual —según García Márquez— «América Latina es el primer productor mundial de imaginación creadora».

Con humildad y la prudencia debida, sumo mi júbilo y mi juicio a esta cadena de triunfos y evaluaciones, brillantes todas, sobre la persona, la obra y la voluntad creadora de este viejo lobo de la comarca, quien —como dijera antes— ha sido reconocido por grandes figuras de la talla de Lezama Lima, Eduardo Galeano, Augusto Monterroso, Harold Alvarado Tenorio, entre otros; y por los grandes viejos lobos de nuestra pradera: Ramón Palomares, Salvador Garmendia, Ludovico Silva, Pascual Venegas Filardo, José Manuel Briceño Guerrero, Hernando Track, el «Chino» Valera Mora —manada en la cual era uno de los más jóvenes—, José Barroeta, José Balza, Gustavo Pereira, Luis Britto García, Laura

Antillano, Ida Gramcko, Víctor Bravo, Luis Alberto Crespo, William Osuna, Alberto José Pérez, Julián Márquez. Él ha comido y digerido la verde y fresca lechuga que nace aún en la fértil tumba de los grandes maestros de todos los tiempos, desde Homero y Shakespeare hasta Pirandello, Strindberg, Chesterton e Ítalo Calvino. Sobra decir cómo le juzgan con lucidez y respeto sus pares contemporáneos; y esta joven, entusiasta, talentosa generación emergente que se mueve como langosta por el país y fuera de él; que anda, vuela, bucea, sueña, se atreve, se desvela, con una fuerza y un esplendor admirable. Invitamos a leer estas dos compilaciones en torno a su obra: *Gabriel Jiménez Emán. Literatura y existencia. Valoración múltiple de su obra*[2] y *Nueva valoración crítica de la obra de Gabriel Jiménez Emán*[3]. El mejor comentario es su lectura. Hay allí una enjundia crítica sorprendente, de alto vuelo, y un haz de visiones que esculcan su obra, bajo marcos y cánones disimiles y muy ricos, que realmente dan su peso en oro al tiempo que dedique un lector inteligente y apasionado a estos testimonios.

Tal como los románticos se sumergieron en el pasado, en el hermoso campo, en la naturaleza, en el mundo interior, en la noche, en los sueños, en la fe, para enfrentar el despertar de las masas, el ruido de las ciudades y sus máquinas y la siembra endémica de la desigualdad y la pobreza; así como se sobrepusieron y forjaron su poesía y su arte, como niños, como locos, como alucinados de todas las horas y flotaron en sus predios hombres como Schiller, Goethe, Novalis, Shelley, Hölderlin, etcétera; de la misma manera, conscientes de los componentes de lo que llamamos modernidad y posmodernidad, en cuyo

2 AA. VV., *Gabriel Jiménez Emán. Literatura y existencia. Valoración múltiple de su obra,* Imaginaria, Mérida, 2012, 293 pp.

3 AA. VV., *Nueva valoración crítica de la obra de Gabriel Jiménez Emán*, Fábula, Santa Ana de Coro, 2019, 215 pp.

torbellino nos encontramos, convencidos de que es indiscutible la hipertrofia de la ciencia y de que todo a lo que ha llevado ese gigantismo no resuelve la incógnita de un mundo mejor, ni despeja la ecuación o resuelve la aporía del dolor humano o la destrucción de las especies, del planeta, del ser mismo; así, con esa fuerza, ese empuje, ese coraje que los románticos, los impresionistas, los simbolistas, los expresionistas, surrealistas, dadaístas, creacionistas, nadaistas, tuvieron para enfrentar las taras morales, estéticas y políticas de su tiempo; así, nuestros actuales creadores —los que reconocemos como tales— enfrentaron y enfrentan, diría Heidegger, como «seres en el mundo» y «ser con otros», con su quehacer incansable, calidoscópico, versátil —en todos los géneros posibles de la escritura, del arte, del cine, del teatro, de la danza—, esa visión catastrófica, escatológica, inmoral y cínica de la siembra de un miedo y una diáspora que pretende justificar la guerra, el genocidio, el ecocidio, el hambre, el mnemocidio, la ignorancia, la incomunicación, la indignidad, el dolor inmerecido y la muerte del amor, del silencio y de las grandes verdades esenciales. Todo ello con el mayor cinismo e impunidad, en nombre de un derecho internacional (con minúscula) que hace aguas y es un fuego fatuo en el horizonte de la esperanza, la muerta cáscara del ejercicio innoble de la condición humana y causa de esta anomia que todo lo invade e intoxica.

¿Y de qué manera creadores como Gabriel Jiménez Emán responden y transitan por esos campos minados?: reivindicando la palabra, el cuerpo como arte, la autoconciencia, la amistad como una responsabilidad infinita por el otro; cierran su ser psíquico, amasan mejor su *erlebnis*, su analogía y su pan poéticos; pasan la aldaba, resguardan su trance, su locura y su lucidez y procuran vivir en y del arte, como el seguro refugio donde sienten a plenitud lo que significa tener, amar, soñar, vivir la vida; y no en un concepto envenenado

que la sustituya. Con ello evitan la desgracia que atisbó John Lennon y que le llevó a decir que «la vida es todo aquello que ocurre cuando estás ocupado haciendo otras cosas». Triste certidumbre que me llevó a quererle y admirarle más.

Si me preguntaran con qué libro caracterizamos a este autor, a este escritor —con un libro que no fuese suyo—, no dudaría en decir que si hubiese existido en la Alemania de 1788-1860 y hubiesen sido amigos, habría escrito Arthur Schopenhauer su obra *Aforismos sobre el arte de vivir*[4] inspirado en él, en este viejo joven que es Gabriel Jiménez Emán. Cumple cabalmente tres premisas fundamentales de la «filosofía práctica» propuesta aquí: 1º. Lo que uno es; 2º Lo que uno tiene; 3º. Lo que uno representa[5]. Quiso el ilustre Maestro alemán, enseñar a moverse en la vida evitando trampas y calamidades, transmitir «el arte de la prudencia», ir del pesimismo a la felicidad pese a tener conciencia de que esa meta es realmente inalcanzable para el hombre, pero como bien dijera Volpi en el prólogo, sabiendo que el pesimista es «un optimista bien informado», alguien que ya conoce las claves: tornarse desenvuelto y cautivador. Sin ignorar —decía Schopenhauer— que «la vida está determinada por una fuerza ciega, irracional e inescrutable: la voluntad».

En esta lucha emerge desde hace tiempo con un indiscutible liderazgo en el ejército de creadores y promotores de la cultura. Lo demuestran su heterogeneidad creativa, la voluntariedad, la tenacidad, la constancia, ¡y su buena salud!

4 Arthur Schopenhauer, *Aforismos sobre el arte de vivir*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p. 29.

5 1º. Lo que uno es: Su naturaleza, con sus cualidades físicas e intelectuales, como la salud, el vigor, la belleza, el temperamento, la inteligencia: eso es lo determinante para nuestra relativa felicidad. 2º. Lo que uno tiene: Es decir, los bienes materiales que uno posee y que son instrumentos para defenderse de las adversidades de la vida. 3º. Lo que uno representa: Es decir, la reputación, lo que los demás piensan de uno y la influencia que semejante opinión tiene sobre la autoestima (…) la cual debe surgir de uno mismo y no depender de los demás.

No es necesario, como diría el Gabriel mayor, «despertar el tigre o desatar la viruela de los elogios mutuos». Como intelectual íntegro que es, tiene la certeza de que es el puente el que justifica las orillas y que la vocación del puente es permitir la neutralidad, el tránsito, el encuentro de conceptos, expectativas estéticas, artistas y poetas; el abrazo de la tolerancia y la reconciliación, la solidaridad y la enseñanza, la fusión con el conocimiento y la pasión creadora del otro; y abrazarse, como lo hicieran Alina Reyes y la chica de Budapest en aquel puente, aquella noche de invierno en «Lejana», de Julio Cortázar, autor con quien tan bien afinada está su manera de contar, sobre todo en algunos de sus cuentos más extensos, o de minificción. No hay espacio para disertaciones en torno a las características generales de su trabajo poético y en prosa, porque eso ya está blindado en libros como *Literatura y existencia…* y *Nueva valoración crítica…*; ni menos aún para hacer un estudio comparado de la misma. Nada agregaría, sinceramente. Aunque prefiero sus *Tramas imaginarias*, sus *Relatos de otro mundo*, nos sigue sorprendiendo desde que le salieron *Los dientes…* (1973)[6] a su obra, hasta *Los 1001 cuentos de una línea*, donde hallo algunos de mi total agrado, como «El gato Octavio», «El sombrero del turista», «Mis pantalones sin mí», «Antes de tiempo», «El soñante», «Sorpresas de un decapitado», «El anciano»; hasta estas *Historias imposibles* que hoy prologamos, que seguramente los lectores disfrutarán, donde hallamos relatos como «Generaciones», «Nuevas razas», «Foto en álbum familiar», «En la biblioteca», «El Siervo de Dios», «El oficio de escritor» o «Un día en la vida»; un libro en el que, en la medida en que vamos penetrando en él, encontramos que cobra más fuerza,

6 Gabriel Jiménez Emán, *Los dientes de Raquel y otros textos,* Editorial La draga y el dragón (Ilustraciones y portada de Vladimir Puche), Mérida, 1973.

revela una sustancia mayor que nos va atrapando y en el que encontramos todo un despliegue de recursos, de categorías muy útiles para el estudio crítico. Nos interesa sobre todo el abordaje psicoanalítico, teniendo en cuenta —según los estudios de Freud de algunas obras de arte y literatura— «lo que implica que el creador literario puede intuir directamente las verdades que los psicoanalistas solo descubren más tarde por medios más laboriosos»[7]; pero nos atraen mucho más —en lo personal— los relatos más extensos, que son más ricos en elementos dignos de ser observados.

Pudríamos agrupar aquellos que tienen que ver con la comunicación, los conflictos propios del oficio, el *ars relatio* y el *ars poética,* así: «Ideas para un cuento», «El oficio de escritor», «La novela inmortal», «De cualquier cosa», «Poesía», etc. En segundo lugar los relativos al delirio, la alucinación, el sueño, la dualidad, la alteridad, los problemas de identidad, Dios, la ausencia y la presencia como modos de ser y de estar del sujeto, la fractura del *cogito*, el erotismo, la moral patógena, las pulsiones sexuales, el estadio del espejo, el conocimiento imaginario o paranoico, así como el desconocimiento, el sentimiento de culpa, la neurosis. Son realmente excelentes: «Espera inacabada», «Paseo por el camposanto»*, «La réplica», «El jazz de los fantasmas»*, «Origen de los sueños»*, «Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano»*, «La mano de Cervantes»*, «En la biblioteca», «Historia de amor»*, «Adiós a los libros», «Dios escribe a Pascal»*, «El misterio de Monte Claro», «Los niños» y «Teorías sobre Dios»*. He marcado con asterisco aquellos en los que la mayor parte de dichas categorías se cumple cabalmente, y con una gran riqueza para el análisis, solo que no es posible abordarlos todos. Tomaremos como ejemplo uno de ellos.

7 Dylan Evans, *Diccionario introductorio de análisis lacaniano*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 40.

En «Paseo por el camposanto», los seres que se suponen ausentes hacen acto de presencia en el espacio que se ha destinado para su reposo eterno en una dimensión ignota, no concebible por la intuición ni el conocimiento directo de la experiencia humana. Se asume que esta realidad es una especie de introyección donde la experiencia revela un deseo de representación que a lo interno motiva al narrador, que proyecta en seres que pertenecen al orden imaginario y genera una imagen especular de la realidad, solo que sin el atropello ni la mengua espiritual o moral que invade a los seres de la llamada «zona de la realidad»:

> Salí del sarcófago apenas pude, y me puse a caminar por las veredas del cementerio. Era un domingo claro y me sentía muy bien saludando al resto de los personajes que vivían en sus moradas horizontales. Se oía el cantar de algunos pájaros y el chillar de las cigarras; un gato amarillento cruzó raudo frente a mí y me preocupó no fuera a traerme mala suerte; todo lo contrario, fue de buen augurio, porque una mujer de luto muy elegante me hizo una seña buscando compañía y yo la seguí por una de las zonas verdes del camposanto
>
> (…)
>
> Ya había recorrido un largo trecho, y aproveché esa mentira para salir de ahí y dirigirme al mundo real, pero mi sorpresa fue enorme al cobrar conciencia de que el mundo exterior tenía menos vida que el del cementerio. Las gentes iban metidas en una suerte de escafandras con tubos que salían de aquellos extraños cascos hacia otras partes del cuerpo; ya no había autos ni ruidos de coches; solo se veían transeúntes adormecidos o asustados llevando aquellos cascos a la manera de globos transparentes…

He aquí la proyección dual entre el Yo y la imagen especular de lo que conocemos como «imaginario», que linda con la fascinación y la ilusión; pero que no se presenta impune, sino que «genera consecuencias», diría un psicoanalista como Lacan, por lo que lo incluye entre los tres órdenes de su esquema central de pensamiento: lo simbólico, lo real y lo imaginario.

Siguiendo a Dylan Evans, lo imaginario cautiva al sujeto, bajo un poder casi hipnótico; despliega la relación entre el yo y el semejante, afinca el modo narcisista de actuar del sujeto, hace gala de los «rituales del cortejo» y se muestra seductor y firme en su sexualidad:

> …la mujer de luto apareció otra vez y me dio esperanzas. Esta vez venía acompañada de una mujer vestida de rojo que tenía una actitud distinta a la de ella, una mujer muy esbelta y sensual que caminaba bamboleando el cuerpo. Se detuvieron a poca distancia y quise abordarlas, pero cuando estaba a punto de hablarles corrieron a esconderse detrás de un mausoleo muy suntuoso ubicado cerca de unos pinos. Después vi algo extraño: un perro y un gato paseaban juntos y sentí que hablaban mi propio idioma, intercambiaban susurros y relamían los cuerpos del otro. Esto me excitó y me llevó a seguir la pista de la mujer de rojo y de la mujer de negro, para ver cuál de las dos se decidía. La mujer de rojo vino de un lado y la mujer de negro del otro y me agarraron cada una de un brazo hasta conducirme cerca de una tumba nueva. Les dije que ya tenía tumba propia y ellas rieron. No se burlaban; simplemente retozaban por mi respuesta. La mujer de negro comenzó a desnudarse y la mujer de rojo comenzó a bailar en torno a la mujer desnuda, cuyo cuerpo blanco y maravilloso ejecutaba unas piruetas muy graciosas; luego, la de rojo también se desnudó y se subió a la rama de un árbol con una agilidad sorprendente.

No tenemos claro qué es verdad o realidad; tampoco nos interesa entender lo fantástico como una oposición a la realidad sino como su dimensión correlativa, una suerte de fusión que salva al sujeto de la febril labor del tedio, del hastío, le da la opción de elegir de qué lado vivir, actuar y comunicarse en y desde allí, de realizar su acto (como ser que es). Nos sucede aquí que hay cosas difíciles de entender y que ignoramos —es nuestra confesión—, como en el texto bíblico que dice: «el rastro del águila en la atmósfera, el rastro de la culebra en la roca, el rastro de la nave en altamar y el proceder del hombre en la mocedad»[8].

Otro texto que hemos tomado en consideración es «La réplica», ya que nos permite ver con claridad algunos conceptos que se manejan dentro del psicoanálisis, como la neurosis, la paranoia, el Otro, el estadio del espejo, el conocimiento, la comunicación, etc.

El hablante narrativo o sujeto, un profesor universitario, acecha a otro sujeto, lo persigue de manera obsesiva, ya que este despierta en él una incontenible necesidad de ubicarlo, de conocerlo, de desentrañar su actitud, su presencia en los límites de su entorno, razón por la cual se siente amenazado:

> Cuando cruzó la esquina hacia la calle Solano, vi su cabeza por un instante, la parte del cuello y el cabello cano, la calva incipiente. Doblé rápido hacia la izquierda, y cuando me asomé para intentar seguirle, ya había desaparecido de mi campo visual.

Freud aplicó el término «neurosis», que viene desde el siglo XIX, a todo el espectro de desórdenes mentales. Tanto él como Lacan lo asumen como algo contrario a la «psicosis», a la «perversión». Freud ve la paranoia como «una defensa contra la homosexualidad», caracterizada por delirios, empeñada en

8 Proverbios, XXX: 18.

negar la tendencia homosexual, la oración «yo (un hombre), lo amo a él», subyacente en cada hombre. Cabe aquí pensar que es cierto que el hombre mata lo que ama. Para Lacan, el Yo es «sede de una alienación paranoica», de tal manera que no tiene forma de curarse; simplemente, «el proceso de cura» se reduce a lograr «una paranoia controlada en el sujeto humano»[9]. Vemos pues, al sujeto que se debate de manera angustiosa, perniciosa, en el deseo de capturar detalles físicos, de ubicuidad, ademanes, rasgos, actividades, entorno, roce y comunicación con otros, para tener una certeza posible de qué es lo que persigue, conocer el objeto de su presencia en su territorio societal, profesional, en su desempeño psíquico, amoroso:

> Ayer, mientras estaba esperando a Cristina Sofía en el aeropuerto, quien venía de regreso de México, lo volví a ver, cargando unas maletas por un andén, y esta vez sí pude precisar más el parecido, razón por la cual perdí la concentración necesaria para recibir debidamente a mi novia. Lo seguí un buen trecho por el aeropuerto y caminaba como lo hago yo; mi réplica tenía la misma pisada, el mismo porte, la misma complexión. La sensación de estar vigilado por alguien que puede ser tú mismo no tiene explicación ni comparación con nada, lo aseguro.

Freud no encuentra nada que distinga de manera fundamental la «vida normal» de la «vida neurótica»; por el contrario, concibe al sujeto como alguien potencialmente neurótico. Lacan, en cambio, en su nosología detecta «tres estructuras clínicas: la neurosis, la psicosis y la perversión»; por tanto, para él, no hay ninguna posición de «salud mental» que pueda considerarse normal[10].

9 E. Lacan, (1951) cit. en D. Evans, ob. cit., p. 15.
10 D. Evans, ob. cit., pp. 374, 375.

El sujeto es un profesor universitario que estudia, enseña, hace investigación (presenta trabajo de ascenso), hace cursos en el exterior, escribe literatura, forma parte de una institución seria; corteja a una chica, Cristina Sofía, de la cual en principio no estaba enamorado, relación que se fue construyendo a pulso. Es pues, un «neurótico normal» —diríamos—, solo que, al atisbar la presencia de un elemento extraño, se desencaja y revela la escisión contenida en él. Es por ello que el psicoanálisis no procura la erradicación de la neurosis, sino «la modificación de la posición del sujeto ante la neurosis». El sujeto persigue a su réplica de manera incesante, la ubica y observa en varios lugares y países, al punto que después esta aparece en sus sueños, relacionándose con sus seres más íntimos:

> Lo seguí a una distancia prudencial, hasta que de improviso él aceleró la marcha y su descenso se hizo tan veloz, que le perdí definitivamente en las próximas cuadras. La visión perturbó por completo mi estadía en esa ciudad y estuve varias noches viéndolo en algunos de mis sueños: almorzando con un profesor amigo en un restorán, hablando con mi madre en una tienda o reclinado en un muro hojeando un periódico; en ocasiones confundía estas imágenes con las de la realidad, luego en una visita a Madrid creí verlo o lo vi —no lo sé bien— en una tasca tomando vino y probando tapas con un grupo de amigos míos. Luego, en Roma lo vi sentado en uno de los peldaños de la escalinata de la Plaza de Italia conversando con una chica en actitud seductora.

El sujeto padece una catástrofe interna que libera un trastorno radical y total en su interior, pues la presencia de ese «extraño» que es su doble, alguien que su mente ve como una proyección real, afecta firmemente su experiencia interna, sus

vivencias (*erlebnis*) y promueve en él la autoconciencia de que existe una relación conflictiva entre el yo ideal y el real. Esto no es nada nuevo, ya lo había tratado Schelling en *Sistema del Idealismo trascendental*. Tal es la crisis de identidad del sujeto:

> Desde ese día tuve la certeza de que se trataba de la misma persona, que andaba en distintas partes haciendo cosas similares a las mías, aunque no precisamente tenía el don de la ubicuidad; consideré incluso la posibilidad de que yo fuese el doble suyo, cosa que me llenó de horror y me dejó cavilando acerca de la probable circunstancia de ser yo una creación irreal, un ser soñado o inventado por alguien, una entidad ficticia o novelesca que se encontraba protagonizando la comedia siniestra de algún escritor alucinado o desquiciado, llevando una existencia injustificable o imposibilitada de dejar una huella en la vida de las personas que le rodeaban; incluso, también la vida de estas personas pudiese ser algo inventado, lo cual traspasaría toda mi realidad a la existencia de aquella imagen replicada, empeñada en aparecer en mi camino.

El hablante narrativo, el sujeto —como le queramos llamar— se ve afectado a tan alto grado que solicita un permiso a la universidad para atender su salud, su desorden nervioso, y se somete a la ingesta de psicotrópicos. Aunado a ello bebe, fuma, se desvela; en fin, se desdibuja esa imagen apolínea, se ve afectada su relación con su novia, con quien ha pensado en casarse, es amonestado en la universidad por su ausentismo a las clases, las personas que le observan (el mesonero, el dueño del cafetín) se sorprenden de su actitud, de su mengua psíquica. El sujeto logra recuperar buena parte de su estado anterior con ayuda de su novia y los medicamentos, más la voluntad y el empeño propios; pero ocurren ciertos eventos que les separarán por periodos más o menos largos: el

accidente de su hijo, la enfermedad de la madre de ella. Luego se reencuentran, se esfuerzan en recomponer sus vidas, sus planes y su tiempo perdido. Hasta que surge la amenaza más cierta y firme:

> En otra ocasión lo vi cerca de la Universidad, hablando con una de mis estudiantes, lo cual me constató su entrada definitiva en mi realidad; ya no podía ser producto de mis desvaríos o delirios especulativos ni una construcción de mi mente febril, sino un ente palpable, pues tuve oportunidad de constatar con mi estudiante la cita con mi réplica el día anterior y ella hasta me dijo que lucía mejor con ropa deportiva, con bermudas y camisa celeste. Esta comprobación me aterrorizó, pues ya el ente replicado se estaba acercando a mi mundo. Me prometí que la próxima vez que se aproximara a un conocido mío, yo me adelantaría a presentarme, para llevar a cabo la fatal aclaratoria.

Ya antes hemos visto desarrollado este tema, este conflicto, en textos como «El Vizconde demediado», de Ítalo Calvino; «Axolotl», «Lejana», «Historias que me cuento», de Julio Cortázar; o «Un sueño realizado», de Juan Carlos Onetti, entre otros. Sería muy interesante una lectura comparada de estos textos con algunos de Jiménez Emán, como «Los sueños cruzados» y «Misterio carnal», ambos contenidos en *Tramas imaginarias*.

La neurosis se presenta en dos formas: la histeria y la neurosis obsesiva. La pregunta del histérico es: «¿Soy un hombre o una mujer?», y se relaciona con una actitud dubitativa sobre la condición sexual; mientras que la pregunta del neurótico obsesivo es: «*¿Ser o no ser?*», y tiene que ver directamente con la contingencia existencial: vivir o morir. Para Lacan, estas preguntas no tienen solución y es lo que da a los neuróticos

su «valor existencial»[11]. Otro término o concepto manejado por ambos maestros del psicoanálisis, Freud y Lacan, es el de «otro / Otro» (*Autre / autre*). Freud nos habla de *der Andere* (la otra persona) y *das Andere* (la Otredad).

Es Lacan quien en 1955 traza una distinción entre «el pequeño otro» (*autre*) y el «gran Otro» (*Autre*)[12], e insiste en la importancia de tener presente tal distinción en la práctica psicoanalítica. Bien, pudiéramos decir que el sujeto Otro se ve enfrentado al otro en el pleno conocimiento de que el mítico «otro completo» no existe; por tanto, habrá que referirse a otro incompleto que él llama «Otro barrado». El «Otro» es también «el otro sexo»[13], la mujer. Podríamos entonces suponer que el sujeto ha decidido suprimir su proyección homosexual para afirmar su proyecto de hombría: casarse con su novia, seguir siendo el profesor y colega masculino, digno, dedicado a su rol profesional; y deshacerse del «otro» que ha empujado hacia el abismo todos sus logros: su carrera, su imagen, su matrimonio futuro, su tranquilidad para enseñar, viajar, escribir. Ya aquí no se trata del conocido *stade du mirroir* (estadio del espejo), en el que el sujeto se deja seducir y captar permanentemente por su propia imagen y mantiene una relación libidinal y de identidad con la imagen de su cuerpo, con la imagen especular[14]. No, aquí el sujeto está determinado a cercenar de plano, en forma absoluta, la presencia molesta del extraño que usurpa su vida, sus sueños e invade su realidad:

> Me dirigí a ver a mi novia para decirle la fecha en que pensaba podía celebrarse nuestro matrimonio, cuando noté que ella venia saliendo del edificio y él se le acercaba, llamándola: las piernas

11 D. Evans, ob. cit., S3, p. 190.
12 E. Lacan (1951) cit, en D. Evans, ob. cit.
13 D. Evans, ob. cit,. p. 51.
14 Véase *ibidem*, p. 81.

me temblaron. Retrocedí y desvié mi rumbo hacia el café de siempre, lugar que me servía de observatorio. Estaba débil y con náuseas; me senté en el lugar habitual del cafetín, mi visión estaba nublada y casi me desmayo cuando vi cruzar la réplica ante mis ojos junto a Cristina Sofía, mientras yo permanecía sentado haciendo el papel de espía. Se despidió de ella en la esquina con un beso en la mejilla y mi piel se erizó, mi corazón palpitó fuerte, mis orejas se abrasaron y un dolor me subió por el cuello hasta la base del cráneo, acompañado de un sopor compuesto de rencor y miedo. Nunca lo había visto tan de cerca: él era mi cuerpo, pero no era yo, es decir, no contenía mi yo dentro de sí y ya se había convertido en mi enemigo. Tenía dos opciones: retarlo para desenmascararlo y luego quitarle la vida, o que él me asesinara a mí; ese podía ser su objetivo último para suplantarme, y ese sentir profundo del odio, aquel rencor implicaba una angustia de proporciones brutales: el desquiciamiento de mi psique era agudo en extremo, pero mi razón sacó fuerzas de alguna parte para enfrentarse a aquel descalabro neurológico que me hizo terriblemente fuerte unos cuantos días, proporcionándome energía para maquinar mi plan para vengarme y hacerlo desaparecer, y poder así recuperar mi vida.

El sujeto se debate entre un conocimiento imaginario de sí mismo, propio del yo, y el conocimiento simbólico, propio del sujeto. De esta manera, conocimiento y desconocimiento se funden en el conflicto de identidad que padece el sujeto, lo que Lacan llama «conocimiento paranoico», porque considera que en el ser humano una de las condiciones de todo conocimiento es «la alienación paranoica del yo»15. El sujeto tiene serios problemas de comunicación consigo mismo, es ineficaz en el manejo de la relación emisor / receptor,

15 D. Evans, ob. cit., p. 29.

experimenta la imposibilidad y la imprecisión en el mensaje que emite y en el destino del mismo. De allí que la verdadera preocupación del analista al respecto sea «hacer posible que el analizante oiga el mensaje que está dirigiéndose inconscientemente a sí mismo». Si ello no se logra, el resultado es fatal. El sujeto ha de tomar una decisión definitiva, irrevocable, que no admite el cedazo de una reflexión última:

> No me fue fácil elaborar el plan. Consideré todas las probabilidades para llevar a cabo mi objetivo, pero finalmente me decidí por el convencional pero efectivo medio del arma de fuego, una pistola que tenía guardada hacia años en el armario, descargada, más bien como un objeto curioso, una Beretta muy bonita de color plomizo brillante y cacha negra que había adquirido en mis tiempos de estudiante y que de vez en cuando sacaba de su funda para limpiarla y tocarla, acariciarla más bien, obedeciendo a mis impulsos de coleccionista enfermizo, quien profesa una extraña pasión fetichista por los objetos bien diseñados y fabricados. Mientras miraba la pistola veía también dentro de mí y atisbaba un ser oscuro vencido por el miedo, dando los primeros pasos hacia la locura. Ya no podía hacer nada para detener un impulso que sobrepasaba todo lo vivido anteriormente. Solo tuve que ir a la tienda a hacerme de las balas, que no tuve problema alguno en adquirir. Las llevé a casa, las puse dentro del peine cargador y probé el arma hasta que emitió ese sonido crispante del metal pesado, y luego la coloqué de nuevo en su funda hasta el día elegido.

Lacan se opone firmemente a asumir el concepto del *cogito* en el sentido que lo han asumido otros pensadores y analistas. Si para Descartes era «pienso, luego existo» y en la filosofía occidental se le ha asumido como sinónimo de autoconciencia, autotransparencia de la conciencia y autonomía

del yo, Lacan subvierte todo esto. Argumenta que el *cogito* encierra «la falsa ecuación sujeto= yo= conciencia», opone el sujeto al yo y «propone que el sujeto del *cogito* cartesiano es en realidad uno y el mismo del sujeto inconsciente»[16]. Así, aceptando el modo cartesiano, se va de la duda a la certidumbre, pero no partiendo del enunciado «pienso» sino de que algo desdibujado, inasible, incierto, indefinido, inacabado, que es el hombre, el humano, «*eso* piensa». El sujeto, determinado en su propósito, cumple con lo que le aconsejan su paranoia, su neurosis, su incomunicación consigo mismo, su *cogito*. Y va al rescate de todo lo que es su vida, su realidad, sin sospechar siquiera las consecuencias de su acto, que es lo humano, porque lo que se define como conducta es lo animal:

> Se detuvo el intruso justo en la esquina de la calle del café cercano al edificio donde habitaba Cristina Sofía y esperó a que escampara antes de cruzar, me acerqué al para verlo mejor sin que él pudiera percatarse de mí y detallé las líneas de su rostro, sus orejas y una cabeza rasurada como la mía, pero era más joven y en su boca se dibujaba un rictus perverso, malévolo, que me llenó de valor y me hizo salir del lugar; yo llevaba ya el arma en el bolsillo de mi chaqueta y la saqué para descargarla contra su cuerpo, haciendo tres certeros disparos. Antes de efectuarlos lo miré de frente y vi en sus ojos un fulgor espantoso que me llenó de valor para ejecutar mi objetivo, ahí en plena calle. Él también llevaba un arma y la sacó en el mismo momento en que me vio: ambos disparamos casi al unísono nuestras tres balas, que dieron cada una certeramente en su blanco respectivo.
>
> Lo vi caer primero. Se palpó el pecho antes, comprobando el flujo de sangre que brotaba. Al instante sentí las balas fatales dentro de mí, pero estas no me impidieron caminar, cruzar la

16 D. Evans, ob. cit., p. 51.

calle para ir al último encuentro con Cristina Sofía, que venía atravesando la avenida en medio del tumulto, abriendo los brazos para encontrarse conmigo.

De esta manera ha atentado contra su mismidad, ha matado todo lo que ama, y queda demostrado que «eso piensa».

Nos sucede lo mismo que con las antologías: cuesta dejar de lado algunos textos, ya que son muchos los que debieran ser nominados, pero ni el espacio breve de un prólogo ni la terna amplia de textos elegibles da para cumplir ese deseo. Tampoco es este un espacio para hacer gala de tantas citas de los textos y de los críticos; preferible es remitir a los lectores estudiosos de la literatura a acompañar el análisis con obras como las de Víctor Bravo, Carmen de Mora Valcárcel, E. Anderson Imbert y otras que se referencian en las notas finales. Toda esta riqueza nos lleva a pensar que este libro es una suerte de «muela del juicio» del arte de Jiménez Emán, una prolongación, un legado, un linaje de aquella fecunda fiesta de iniciación ficcional de 1973 con la cual se anunciaba todo esto que hoy le es reconocido: una obra sólida, sostenida, incesante y cuyos aportes han sido fehacientemente develados y revelados por los críticos y por el mismo autor, dado que confluyen en él al narrador, el poeta y el ensayista.

No es necesario ponerse un disfraz, una máscara, para parecer «intelectual» y sobrevivir flotando en una tabla sobre el mar de vanidades; tantas máscaras se han caído ya que lo único que queda es el rostro blanquecino, de tanto haber sido ocultado. Nuestra tragedia universal y local no necesita de más simulación y fingimiento. La marea ha traído a la playa las verdaderas perlas con las cuales sortear —diría Nietzsche— «la enfermedad histórica», «el conocimiento exasperado del carácter devenido y deviniente de todas las

cosas, que ha vuelto al hombre incapaz (…) de crear verdaderamente historia, de producir asuntos nuevos en el mundo»[17].

Los creadores están llenando el espacio de la verdad histórica, apelando siempre a nuevas formas de expresión, a la potenciación de nuevas ideas, de todos los géneros, incluso del lenguaje y la ficción misma. Es algo patente en las últimas artes y la poesía, más allá de que algunos cataloguen el arte moderno como un «arte feo» que

> destruye los valores pictóricos en la pintura, el sentimiento y las imágenes cuidadosas y coherentes de la poesía, y la melodía y la tonalidad en la música. Implica una angustiosa huida de todo lo agradable y placentero, de todo lo puramente decorativo y gracioso[18].

Vacío, una simulación inauténtica, una caricatura de sí mismo, según lo expresado por Baudrillard en *La ilusión y la desilusión estética*[19] acerca del «complot del arte moderno». Constituye esta la verdadera lucha de todos nuestros legionarios, la mejor forma de distinguir entre «el ser y la apariencia», así como el campo de respuesta, de batalla, y un refugio ante la falacia generalizada.

Y luchamos en la medida en que enaltecemos el mensaje, el instrumento, la obra; y tenemos conciencia de quién será el mejor receptor de todo ese desempeño espiritual, artístico y moral que significa crear y creer en el arte como vía de redención y fuerza para la esperanza de un mundo a la altura del hombre y la mujer que están aún subterráneos, porque la

17 Gianni Vattimo, *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*, Ediciones Península, Barcelona (España), 1989, p. 21.

18 Arnold Hausser, ob. cit., p. 278.

19 Jean Baudrillard. *La ilusión y la desilusión estética*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1997, 119 pp.

humanidad no ha logrado hallar *el estado de coincidencia absoluta entre el ser y la conciencia*, como bien dice Nietzsche.

En medio de esa dialéctica, estamos atrapados en esta insuficiencia de la realidad, y la creación seguirá siendo la llave que abrirá definitivamente esa puerta que le dé al hombre el verdadero sentido y justifique su derecho a existir sobre la tierra. Celebremos que exista tanto cine como antes realidad, que haya tanto libro como pensamiento no escrito, tantas posturas como miradas. Eso es un Mundo, no una mimesis, sino una revelación. Es lamentable que Platón no entendiera que la Escritura y la plástica no falsean la idea absoluta y esencial ni la copian burdamente, sino que son una alternativa hacia el descarrilamiento de la realidad, cualesquiera sean la forma, la razón y sus responsables como esto sucede.

Estamos en presencia de una obra que aprovecha todo, de un autor que no desecha nada de lo bueno que ha existido, que hace crónica y ficción nutrida de la tradición, y la innovación, la imaginación al límite —especie de René Magritte o Edward Hopper literario—; y el razonamiento en sobrevuelo por todos los territorios de la actividad intelectual y creadora. Un autor que se pasea por todos los géneros y puede ser leído de múltiples maneras por aquellos que gustan de aplicar el canon crítico, el norte interpretativo, la diversidad hermenéutica de su preferencia: recepción, narratología, estructuralismo, semiótica o psicoanalítica; o estudiar en él el despliegue de recursos como la intertextualidad, la mimesis, el palimpsesto, la metaficción, la autoconciencia, la ironía, el *désir*[20] o el *acting out*[21], la paradoja, los distintos tipos y manejos del hablante poético o narrativo, así como sus temáticas más sólidas.

20 *Désir* (deseo). «El deseo es al mismo tiempo el corazón de la existencia humana y la preocupación central del psicoanálisis». Lacan no se refiere a cualquier clase de deseo, sino siempre al deseo inconsciente. Esto no se debe a que considere que el deseo consciente carece de importancia, sino sencillamente a que el deseo inconsciente es el que constituye el interés central del psicoanálisis.

Basta leer ciertos ensayos, reflexiones y esas ricas entrevistas, para conocer sus centrados juicios sobre asuntos de extrema urgencia e importancia tanto artística como social.

Cada hombre es un destino: a veces buscamos un camino, pero al final hallamos un destino, algo que nos encuentra más allá de cualquier previsión que hayamos tomado. El destino de Gabriel Jiménez Emán ha sido convertirse en un escritor reconocido y querido intensamente por tantas mentes lúcidas, de tantas formas, ¡y con argumentos tan brillantes! Él ha sabido jugar la partida, con preferencia desde lo fantástico; en el limo de sus profundidades, ha movido sus fichas, la sombra de las jugadas, hacer oportunos y pertinentes enroques ante esos dos grandes Maestros que son el tiempo y la adversidad; coronar su peón, conservar intacta su dama y sus torres. Y ha vuelto a colocar las piezas en el tablero, porque desea seguir el juego; como bien lo señala Spinoza, «el deseo es la esencia del hombre»; y el juego para él no acaba nunca.

Gabriel Mantilla Chaparro

Mérida, Valle de Santa Rosa, 8 de febrero de 2020

21 *Acting out*. Uno de los temas más importantes que recorren toda la obra de Freud es la oposición entre la repetición y el recuerdo. Por decirlo así, estos son «los modos contrastantes de traer el pasado al presente» (Laplanche y Portalis, 1974,4): «Si se reprime el recuerdo de los acontecimientos pasados, ellos vuelven expresándose en acciones; cuando el sujeto no recuerda el pasado, por lo tanto, está condenado a repetirlo en el *acting out*. (…) Aunque en casi toda acción humana puede encontrarse un elemento de repetición, la expresión *acting out* se reserva habitualmente para las acciones que presentan "un aspecto impulsivo relativamente inarmónico con las pautas motivacionales habituales del sujeto" y que por lo tanto son "muy fáciles de aislar de las tendencias generales de su actividad"» (Laplanche y Portalis, 1967,4).
El sujeto mismo no logra entender los motivos que tuvo para su acción. «Desde una perspectiva lacaniana, esta definición básica del *acting out* es correcta pero incompleta, ignora la dimensión del "Otro". Si bien Lacan sostiene que el *acting out* resulta de la imposibilidad de recordar el pasado, subraya la dimensión intersubjetiva, del recuerdo. En otras palabras, el recuerdo no involucra solo recordar algo a la conciencia, sino también comunicarlo a otro por medio de la palabra» (D. Evans, ob. cit., 2003, p. 29).

Bibliografía

AA. VV. (2012). *Gabriel Jiménez Emán. Literatura y existencia. Valoración múltiple de su obra,* Mérida, Imaginaria, 293 pp.

AA.VV. (2019). *Nueva valoración crítica de la obra de Gabriel Jiménez Emán*, Santa Ana de Coro, Fábula Ediciones.

Baudrillard, Jean (1997). *La ilusión y la desilusión estética*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Evans, Dylan (2003). *Diccionario introductorio de análisis lacaniano*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

Freud, S. (1978). Obras completas (T. III), Buenos Aires, Amorrortu.

Hausser, A. (1974). *Historia social de la literatura y el arte* (vol. 3), Madrid, Ediciones Guadarrama.

Jiménez Emán, G. (1973). *Los dientes de Raquel y otros textos* (Ilustraciones y portada de Vladimir Puche), Mérida, Editorial La draga y el dragón.

Schopenhauer, Arthur (2008). *Aforismos sobre el arte de vivir*, Madrid, Alianza Editorial.

Vattimo, Gianni (1989). *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*, Barcelona (España), Ediciones Península.

Nuestra alma está hecha para pensar, es decir, para percibir; ahora bien, semejante ser debe tener curiosidad: pues como todas las cosas están en una cadena en la que cada idea precede a otra y es precedida por una más, a uno no le puede gustar ver una cosa sin desear ver otra; y si no tenemos para esta última tal deseo, no habremos tenido ningún placer en la primera. Así, cuando se nos muestra una parte de un cuadro, anhelamos ver la parte que se nos oculta, en proporción al placer que nos haya causado la que hemos visto.

Montesquieu

Día tras día los hechos capitales de la vida humana se ocultan a nuestros ojos. De repente se levanta la niebla y los revela, y pensamos en cuántos buenos momentos han desaparecido, y en qué podríamos haberlos conservado de poder intuir todas estas cosas. De repente hay una cuesta en el camino y vemos la cadena montañosa y las cumbres, que todo el año habíamos tenido igual de cerca, pero sin que les prestáramos atención. Pero todas estas alternancias tienen su orden y algo tenemos que ver en nuestra diversa fortuna. Si la vida parece una sucesión de sueños, también en los sueños hay justicia poética. Las visiones de los hombres buenos son buenas; es la voluntad indisciplinada la que se ve azotada con malos pensamientos y mala suerte. Cuando quebrantamos las leyes, perdemos el control de la realidad fundamental. Como enfermos de hospital, simplemente cambiamos de una cama a otra, de una locura a otra; no puede significar gran cosa lo que les pase a esos desgraciados —criaturas quejumbrosas, estúpidas, comatosas— que llevan de cama en cama, de la nada de la vida a la nada de la muerte.

Ralph Waldo Emerson

El bolígrafo asesino

El bolígrafo se mueve como un lápiz, el lápiz se mueve como una pluma fuente, la pluma fuente se mueve como un marcador, el marcador se mueve como el dedo sobre la tecla, el dedo de la tecla en el *software*, el *software* digital en la portátil liviana, el dedo sobre la superficie ergonómica, el suave toque sobre la superficie lisa de la tableta, la tableta como el bolígrafo que sirve para encajarlo en la garganta del escritor cuando ni siquiera una sola línea aparece para justificar su falta de inspiración.

Exprimido

Exprimió hasta la última palabra aquel texto remendado, que de tanto ser corregido se caía a trozos sobre la página blanca hasta esfumarse completamente en el aire, incluso antes de pensar en ser escrito, y así entonces, solo así, cumplió el prodigio de terminar en el pensamiento la más grande obra maestra de la literatura.

En la biblioteca

Estaba quieto, casi oculto, mirando desde la biblioteca el ambiente del cuarto de estudio, a medida que se iluminaba desde el exterior con los rayos del sol que empezaban a penetrar por las ventanas entreabiertas. Una suave brisa matutina entró por las ventanas y removió algunas hojas en los escritorios cercanos. La luz hizo un movimiento repentino y cubrió con fuerza casi todo el estudio, dejando ver los estantes de libros.

La puerta principal del estudio comenzó a abrirse, empujada por la mano del hombre que entró en ese momento, y entonces lo percibió de cuerpo entero. Se le quedó observando: lo veía débil, cansado, quizá enfermo, incluso abatido. El hombre se sentó en la silla giratoria del escritorio principal y estuvo tentado a encender un cigarrillo pero lo dejó, triturándolo contra el cenicero sin encenderlo.

Tomó un control remoto que estaba cerca y lo accionó para encender el tocadiscos empotrado en la biblioteca, de donde surgió el sonido tenue de una música de guitarras. Fue hacia

la ventana y terminó de abrirla, para respirar mejor el aire de la mañana y observar un rato el jardín donde había distintas flores, caminerías zigzagueantes y pinos perfectamente podados. Se escuchaba a lo lejos el canto de los gorriones.

Se devolvió en dirección a una pequeña nevera de donde sacó un vaso, le colocó hielo y vertió de una botella un chorro de whisky hasta la mitad, que luego removió con el dedo índice y probó, con gesto de satisfacción. Se quedó mirando las estanterías de libros y detuvo la mirada justo en la que sabía se encontraba lo que buscaba. Se acercó a ella y sacó sus lentes del bolsillo para verlo mejor.

Lo tomó y abrió. En ese instante el libro comenzó a leerlo.

Las argumentaciones convincentes

Las argumentaciones breves no sirven. Siempre lo he dicho y pensado. Las argumentaciones, para poder ser argumentaciones convincentes, profundas, de peso, han de ser largas. Estoy plenamente convencido de ello, hasta la muerte. Incluso hasta la muerte misma de las argumentaciones.

Un día en la vida

Al abrir los ojos esta mañana se apoderó de mí la sensación, y en pocos minutos la convicción de que había llegado mi día final. No era capaz de recordar nada y tampoco podía imaginarme otro día y menos tener la voluntad de hacer algo significativo; apenas mitigar la sed con algunos sorbos de agua. El hambre había desaparecido. La noche anterior no había soñado nada y mis esperanzas —si las tenía— se habían reducido a mirar por la ventana hacia el azul del cielo y hacia las nubes arreboladas, acompañada esta visión del sonido de las risas de algunos niños en el edificio y el ruido de motores lejanos.

Morir no me causaba temor y seguir viviendo me era indiferente, puesto que ni siquiera el penetrante olor de los huevos fritos del apartamento vecino estimulaban mi apetito. Por más que me esforzaba, no recordaba a ninguna mujer. Pensé por un instante en las maravillosas piernas de mi vecina y en la tierna sonrisa de una niña que hubiese podido ser mi nieta, pero nada de aquello logró sacarme de la modorra y la indiferencia.

Me empeñé en mirar hacia el pasado y no lo conseguí; tampoco pude atisbar nada futuro y el presente se me presentaba como una informe masa adiposa. La posibilidad del suicidio me parecía grotesca, casi indecente, mientras que la idea de Dios, en vez de presentárseme como una posibilidad de respirar mejor, me asfixiaba con su grandeza omnipotente. No atinaba a hacer nada y al fin la inacción se posesionó de mí, bajo la forma de un calambre paralizante que me obligó otra vez a cerrar los ojos y a sumergirme en un sueño autoprovocado que tampoco terminaba de perfilarse.

Al fin aparecieron unas vagas sombras sobre mis parpados y me entregué a ellas con el mismo desconcierto que había acumulado durante toda aquella existencia que esperaba sorprenderse de sí misma a la primera oportunidad.

El hombre sin atributos

Después de leer la novela de Musil, o más bien el ensayo de Musil; mejor dicho, el tratado de Musil, en verdad ya no sabía bien qué clase de literatura era aquella de Musil, concluyó que de veras él mismo era un hombre sin atributos, un ser que encarnaba de modo perfecto el personaje que andaba buscando y jamás encontraría, pues carecía de verdaderas cualidades.

La novela inmortal

Me dijo el otro día el eminente profesor Zénemig Namé, a quien suelo consultar cuestiones difíciles, que la clave para escribir una novela inmortal consiste en planificar un libro que, después de uno dejar este mundo, pueda ser valorado por lectores adiestrados en el arte de sobrevivir que, aún sabiéndose mortales, lean el libro como si los personajes allí presentes fuesen ellos mismos moviéndose dentro de la obra y, fijados allí por sus propios ojos y sus propias palabras, se conviertan en los habitantes de un tiempo indefinible.

Hombre TV

Lo que más le atraía de convertirse en él era la capacidad que poseía el aparato para contener la mayor cantidad de historias posibles o imposibles sin tener que comprometerse con ninguna de ellas, sin tomar partido con ninguno de los personajes que vivían y se proyectaban desde esa caja electrónica hasta los sentidos y percepción del espectador, y sin experimentar ninguna culpa.

Blow up

Tomás al fin dio con la chica deseada en Internet; buscó hasta encontrar a la muchacha de sus sueños, completamente desnuda. Su cuerpo sensual se ofrecía en la pantalla en toda su frescura. La foto tenía tan alta definición que podían apreciarse claramente los dorados vellos de la piel y las gotas minúsculas de agua refrescándola. El rostro, el pubis, las nalgas, los pezones, irradiaban todo su esplendor. La reproducción fotográfica era tan diáfana que bien hubiera podido pensarse que era real. No había casi diferencia. Solo necesitaba el tamaño adecuado para alcanzar una dimensión corporal a escala de la suya. Como no podía lograr tal cosa con la foto, amplió la imagen de los senos en detalle y los acarició, los besó deseoso. Luego hizo lo mismo con el pubis: amplió sus dimensiones para lamerlo e internarse con su lengua atravesando los pliegues ofrecidos de la valva. Después de esto, debía besarla en la boca. Agigantó el rostro, miró los bellos ojos; debía besarla con fruición, hacer suyos los labios carnosos y rosados, la tersa piel más, más cerca, más; siguió agrandando la imagen

para acercarse, pero en este punto los poros de la imagen se atenuaron y difuminaron.

Tomás se encolerizó. No podía lograr su objetivo completo. Siguió, desesperado, ampliando la imagen del rostro hasta tenerlo frente al suyo, pero solo consiguió desvanecerlo, perdiendo sus rasgos originarios con la cercanía de la pantalla recalentada, la cual de inmediato comenzó a absorber ojos, boca, nariz, pómulos, poco a poco, con fruición, saboreándolos hacia su interior, hasta apropiarse por completo de la cabeza con el sonoro chasquido de un beso con el que deglutía la testa de Tomás, para apoderarse luego, con supremo éxtasis, de aquel cuerpo remojado en el líquido del amor.

Menú cinco estrellas

Empecé por beber aquel licor, luego consumí una fresca ensalada, después degusté de un jugoso filete de carne de res, y de ahí a saborear unas papas salteadas de mantequilla y queso derretidos, junto a variados contornos y salsas; todo ello rociado de buen vino. Luego vinieron los melocotones en almíbar y el queso cremoso, el café aromático, y más tarde un trozo de chocolate acarició mi paladar y un licor de naranja vino a asentar mi estómago. Después de una buena siesta, me levanté liviano con un nuevo apetito que me permitió complacerme con un pollo dorado con aroma de tomillo, acompañado de una suculenta yuca bañada de salsa verde, todo ello en medio de un par de espumantes cervezas heladas.

Luego de haber andado un buen trecho por la ciudad, distrayéndome en las esquinas con algunos conocidos, el calor y la inquietud me hicieron detenerme en un lugar donde ofrecían un menú interesante, consistente en un suculento pescado al horno relleno de mariscos, rodeado de tostones de plátano crujientes y una ensalada aderezada con vinagreta de mayonesa

y mostaza dulce. Luego el mesonero me recomendó un soberbio vino blanco que, unido a aquel conjunto gozoso de sabores, me fue separando de la mesa donde estaba para hacerme levitar en un espacio de vientos purísimos donde comencé a flotar libremente, hasta irme desmembrando en partículas esparcidas en una región donde mi cabeza se fue haciendo independiente de mi cuerpo, hasta irse alejando en un cielo anaranjado en plena tarde crepuscular, donde el resto de mi cuerpo me hacía un guiño para invitarme a continuar ascendiendo en una nueva condición que me permitía disfrutar de otros manjares, especialmente de un crocante chicharrón ahumado de cerdo que me aguarda cerca de aquel dorado crepúsculo, donde la línea del horizonte marino se junta al final de la bóveda celeste, en medio de la cual asciendo en un aroma de mermelada que se va deshaciendo en mi olfato, mi paladar y acariciando mi piel, hasta disolverse completamente en el recorrido hacia un punto donde me espera la redención definitiva, la liberación total de las ataduras terrestres, y convierten mi cuerpo y mi ser en una exhalación liviana que adquiere forma de vapor en medio de una reunión de brisas, hasta quedar completamente compenetrado con la transparencia de la tarde.

Nuevas razas

En el espeso silencio de la noche el hombre miró al gato. El gato miró el callejón. La mujer miró al perro. El perro miró al hombre.

Cuando se hubo cumplido este ciclo de miradas, todos miraron al unísono al callejón por donde se acercaba un automóvil a toda velocidad, que frenó bruscamente frente a ellos con un sonido chirriante, haciendo salir humo de los cauchos. De la parte trasera del auto salió una mujer vestida de negro que se dirigió al gato, lo tomó y lo llevó dentro del auto, el cual inmediatamente arrancó y volvió a desaparecer del callejón dejando una estela de monóxido.

El hombre se dirigió al perro y le hizo señas de que lo siguiera a lo largo del callejón hasta llegar a un local, donde se sentó a una mesa. Pidió al dependiente una cerveza para él y una salchicha jugosa para su perro, que les fueron servidas al momento. Mientras tomaba su cerveza y el perro devoraba su salchicha polaca, se les acercó con cautela el dependiente del bar. En una de las mesas cercanas se hallaban varias

mujeres vestidas con faldas cortas tomando cerveza, fumando y riendo frenéticamente entre ellas.

—Este perro blanco —dijo el dueño del perro, dirigiendo la frase al dependiente— acaba de copular con una gata negra. Creo que va a ser un alumbramiento afortunado.

—Así creo yo, señor —respondió el dependiente, trayendo una nueva cerveza.

—¿Y tú qué piensas, perrito? —inquirió el hombre al animal.

—Sí, creo que sí, esta noche se han producido varios cruces interesantes —respondió el animal, viendo cómo al hombre le habían crecido unos senos enormes.

Foto en el álbum familiar

Mirando la fotografía en el álbum familiar se dio cuenta de que aquella niña era parecida a ella. Después de observarla varias veces se identificó tanto con la imagen, que su mente y todos sus sentidos concurrieron en esa imagen de ella ahí sentada, tomando el ramo de flores y sonriéndole a un fotógrafo que terminó siendo ella misma, inventando esa foto el mismo día en que cumplió los dos años de edad tomando en sus manos el ramito de flores amarillas, con un vestido rosado que su madre le había comprado el mismo día de su cumpleaños, sin el que hubiese sido imposible reconocerla formando parte del grupo de niñas esa tarde en que se regocijaban por la distinción hecha a ellas por aquel padre que hacía tantos años las había abandonado.

Pensamientos de una cucaracha

Me encontraba en mi cuarto observando mis libros con ganas de leer algo nuevo, sabiendo que en cada uno de aquellos volúmenes había algo distinto, una página que me iba a sorprender, una expresión brillante, una idea notable o quizá un nuevo personaje, un hombre o una mujer moviéndose en las páginas de una novela sorprenderían mi sensibilidad o mi imaginación, quizá un poema o un cuento lograrían introducirme en un nuevo universo. Mis libros se me presentaban como pequeños mundos maravillados de sí mismos y yo estaba ahí para disfrutarlos. Acaricié los lomos de unos y las tapas de otros; mis dedos rozan sus páginas, quito el polvillo de sus portadas.

De pronto veo salir de una de las filas de libros una pequeña antena marrón, luego unas patas frágiles con pequeñas puntas y luego aparece ella con toda su fuerza animal: una cucaracha se planta frente a mí y me observa, tanteándome con sus antenas y calibrando mí presencia como si yo fuera el extraño. Viene de viajar por mis libros mordiendo viejas migas

de pan o insectos secos, trozos de papel viejo, hormigas diminutas, qué se yo qué comen estos repulsivos animalejos. Se acerca de repente a una gota de agua que ha caído de mi vaso y la absorbe por completo. Es la absoluta dueña de la situación, se ha apoderado del espacio de mi cuarto y anda a sus anchas por los rincones; regresa rápido, pasando cerca de unos zapatos viejos, después sube por la pared y se ubica cerca de unos cuadros; y ahí duda si ir hacia la izquierda o hacia la derecha, adelante o atrás, hasta que finalmente lo precisa bien y se da la vuelta completa para verme de frente. Justo en ese instante siento que todo mi cuerpo se llena de crispación, cuando el bicho parece tener control sobre mí, hasta el punto de impedirme que tome un zapato o una chancleta para descargarlo con toda mi fuerza sobre su asquerosa costra. Pero me echo hacia atrás, tratando de salir de su campo de acción y ella sigue avanzando hacia mí; entonces saco fuerzas para mover las piernas y espantarla.

Después de este movimiento, la cucaracha pone a funcionar sus alas y sale volando por el cuarto. Trato de espantarla agitando los brazos, pero ella llega hasta el techo y se pone a girar alrededor del bombillo, emitiendo sonidos pavorosos. Tomo una franela que estaba sobre el espaldar de mi silla de trabajo y empiezo a agitarla para sacarla de mi cuarto, pero la cucaracha se dirige de nuevo hacia los estantes y se interna en las hileras de libros. Se ha burlado de mí.

No sé qué hacer para sacarla de ahí pues son tantos los volúmenes que ignoro sobre cuál de ellos estará parada, cuál es su lomo predilecto, y hasta es posible que la muy cochina esté considerando los pensamientos de algún filósofo, pavoneándose como una triunfadora por entre las obras completas de Víctor Hugo, o quizá se deslice con torpeza por entre las tapas de Platón o sienta una simpatía natural por alguno de los libros de Kafka. La verdad, no sé cuáles pueden ser sus

pensamientos, y no me importa. Lo único que sé en este momento es cuánto deseo destriparla la próxima vez que salga de mis libros. Voy a sacar fuerzas de donde no las tengo para deshacerme de sus antenas, de su mirada y sus repulsivas alas. La voy a perseguir hasta darle alcance y destriparla, hasta hacer crujir su caparazón, preferiblemente bajo la suela de mi zapato; entonces oiré el sonido crocante de su cuerpo aplastándose contra el piso, hasta apreciar cómo salen de ella esos líquidos que como absurdos pensamientos me han tenido casi toda la noche en vela.

El hombre de la barra

Para salir de la rutina de jubilado del Ministerio, iba casi todos los días a aquella barra en otro sector de la ciudad a compartir cervezas con parroquianos que ya le tenían como uno de los suyos, beodos habituales que le consideraban uno de la familia con quien podían hablar de fútbol, béisbol, política, dinero, negocios, o enterarse de los infinitos chismes del barrio, que eran la comidilla cotidiana del bar donde además se jugaba a las cartas, al dominó, se estudiaban las carreras de caballos y los posibles ganadores en la lotería, incluidos ellos. Ahí pasó los mejores y últimos años de su vida, hasta la noche aquella en que regresaba al departamento donde vivía con su mujer y su hijo imaginarios, quienes lo esperaban con besos y afectos inventados y también, sobre todo, después de acostarse, con infinitos sueños repletos de pesadillas.

El Siervo de Dios

José Gregorio Hernández tenia tal magnetismo personal, que el único automóvil que había en Caracas lo buscó por toda la ciudad hasta que lo encontró en una esquina del barrio La Pastora y se abalanzó sobre él para que el Siervo de Dios lo bendijera, pero José Gregorio no estaba al tanto de que el aparato tenia los frenos malos, lo que no fue tomado en cuenta por el conductor del automóvil en el momento en que el Siervo de Dios se colocó frente a él para bendecirlo y evitar así los posibles accidentes en la ciudad y en el país, suceso que fue considerado por la sociedad y la opinión pública un signo nefasto de los nuevos tiempos que se avecinaban.

Encuentro con G. J. E.

El otro día un conocido profesor fue a hacerle una entrevista y lo encontró desprevenido en su casa, regando las matas del jardín. El académico le hizo varias preguntas relacionadas con su vida y él no sabía qué contestarle; hizo referencias librescas acerca de su obra que no acertó a entender bien; cuando citó unos fragmentos suyos de poemas o cuentos, estos no le convencieron del todo, por lo cual se sintió intranquilo, al punto de hacer sentir un tanto incómodo al profesor, quien venía a expresarle su admiración y agradecimiento por permitirle hacer una tesis sobre su obra y tener acceso a su persona.

Pero Gabriel Jiménez Emán estaba verdaderamente confuso porque él en ese momento no se sentía autor, escritor y mucho menos alguien digno de ser entrevistado; ni siquiera estaba seguro de haberse convertido en creador de tramas o versos, aunque podía admitir el haber escrito algo con la voluntad de modificar una mínima parte de la realidad, o de haber redactado algunas páginas válidas alguna vez. Le interesaba más viajar, cocinar, andar con su mujer, acariciar

a su perro, regar las matas del patio, esperar a sus hijas y nietos para compartir con ellos, escuchar música y contar y oír anécdotas divertidas de la gente y, eventualmente, seleccionar algún poema o cuento para leer a otros, que no fuesen precisamente suyos.

El profesor siguió preguntándole cosas acerca de su vida intelectual y su obra, y Gabriel Jiménez Emán no pudo contestar nada acertado o dotado de sentido. Solo le pidió que se sentara, le invitó a tomar un café y le habló de cualquier otra cosa menos de literatura, con lo cual ambos fueron sintiéndose mejor, y el profesor y él se dedicaron a disfrutar del rato hablando de las cosas que les rodeaban, de otras incidencias comunes y a saborear sus tazas de reconfortante café, mientras caía la tarde.

El cineasta

El cineasta vive en cuartos destartalados, duerme sobre colchones vencidos, traga comida rápida, fuma colillas de cigarrillo, bebe ron malo, se acuesta con prostitutas deprimentes. Pero el cineasta inventa tramas extraordinarias, historias interesantes, anécdotas chispeantes, diálogos graciosos; tiene un humor fino e inteligente, en sus historias aparecen rubias deslumbrantes, escritores exitosos, policías honestos, empresarios millonarios que sobornan policías corruptos, políticos que explotan a miles de obreros, productores de cine que se aprovechan del talento de actores y escritores, de cineastas que se hunden en su miserable vida mientras derrochan imaginación en guiones hasta el punto que, ayer mismo, llamaron de la gerencia de los estudios para decirle al cineasta que la última película escrita por él había generado una buena suma de dinero de donde era justo deducirle una cantidad considerable, con la cual podría recomponer su vida y habitar en una casa decente, tener una tierna esposa y unos hijos obedientes. Con el inconveniente de que ya no podría escribir más guiones de cine, cosa que al fin y al cabo —y viendo cómo andaba el mundo últimamente— le importaba un verdadero rábano.

Tratamiento

Con solo escribir la palabra *catarsis* ya siento una notable mejoría, un gran alivio.

Generaciones

Mi abuelo le dijo a mi padre que tuviera un hijo que se pareciera a él, y yo, siguiendo esa respetable tradición, he tenido un niño que viene ahora a reclamarme el porqué de este comportamiento suyo tan parecido al mío, donde al final no puedo reconocer otra cosa que un yo que desea desprenderse de una persona muy distinta a mí, y sin embargo posee una serie de rasgos comunes que me mantienen en este insoportable estado de inercia.

El oficio de escritor

Si alguien desea hacerse un buen escritor es preciso que no siga casi ninguna recomendación, como no sea la de cultivar un poderoso olfato y una intuición enorme que puedan dar primero al traste con la idea misma de escribir, para luego dar el paso siguiente: convertirse en una bestia egoísta. Después de haberse liberado de esta bestia podrás entonces seguir alguna recomendación útil para este inútil oficio.

Ulises

El Ulises griego descrito por Homero duró varios años en una aventura por el mar Egeo, enfrentándose a todo tipo de monstruos y encantamientos, antes de regresar a Ítaca a encontrarse con su mujer Penélope y su hijo Telémaco. El Ulises irlandés que describe Joyce vivió su odisea en un solo día en el centro de Dublín; un amigo mío cumple la hazaña diaria de recorrer en dos horas doscientos kilómetros para ir a su puesto de trabajo en otra ciudad, y yo cumplo en media hora la obligación de escribir un relato que alguien leerá en exactamente un minuto si lo hace de manera reposada. Con ello doy por realizada la odisea de un personaje que ha venido leyendo buena parte de la literatura universal solo para no repetir las otras odiseas cumplidas por héroes que le antecedieron en diferentes gestas épicas o cotidianas, con mayor suerte que la mía.

Androide

Finalmente lo lograron: fabricaron el robot, el androide perfecto. Puede pensar, razonar, sentir, recordar, escribir, amar. El androide soy yo mismo y no tengo hasta ahora ni un solo punto débil. Salgo a caminar por la calle y todo se desarrolla normalmente, desde el primer café de la mañana hasta la cena por la noche, incluidos traslados, conversaciones, labores cotidianas y trato con personas. En mis minuciosas instrucciones de uso me percaté, tarde, de uno de los puntos más importantes, razón por la cual me he empezado a sentir mal, mis órganos a debilitarse y mis circuitos a interrumpirse: en cuanto el calor me sofocó, en vez de lubricarme, me di el primer y último baño bajo la ducha.

El anillo de Platón

A Ludovico Silva

Había hecho un largo recorrido desde su mundo hasta Grecia, a encontrarse con el filósofo que admiraba y necesitaba conocer. Cuando estuvo frente a él le dijo:

—Divino maestro —y se inclinó ante él—, vengo a oír sus palabras orientadoras.

Platón colocó dulcemente su blanca mano sobre la cabeza del Hombre Invisible, donde relucía el dorado anillo en el dedo anular. Este, prosternado de admiración ante el maestro, le miró y le dijo:

—Maestro, le ruego me permita un momento su anillo, ya se lo devuelvo —le solicita el Hombre Invisible.

Platón saca de inmediato de su dedo anular el anillo de Giges y se lo tiende al Hombre Invisible, diciéndole antes:

—Con una condición, amigo: primero debes mirarte al espejo.

—Sí, claro —dijo el Hombre Invisible.

Se acercó al espejo más próximo y se paró frente a él.

—Ya ve por qué necesito el anillo —dijo el Hombre Invisible.

—Ya lo sabía —dijo Platón—. Has hecho ese largo viaje y ese penoso camino para llegar hasta aquí a conocerme y a conocer el secreto del anillo.

—Sí, ya lo sabes, vengo atraído por la filosofía que contiene ese anillo.

—Sí, eso pensé, Giges, pero si te devuelvo el anillo y te lo colocas en un dedo desaparecerá la filosofía.

—Entonces es preferible dejar las cosas así, porque sin la filosofía no se puede vivir —le respondió el Hombre Invisible.

El Hombre Invisible se alejó del espejo y dejó solo a Platón frente al objeto refulgente.

Platón miró su propio rostro y vio al Hombre Invisible alejarse por el camino que había salvado a la filosofía, viendo cómo los hombres iban a estar ocupados, pensando el resto del tiempo.

Entonces sonrió, al ver al Hombre Invisible alejarse por el camino, de regreso a su mundo.

El mundo se acaba

Acaban de darme la noticia: el mundo se está acabando, el casquete polar se descongela, la lluvia ácida cae, el calentamiento global se apodera del planeta; huracanes, inundaciones y tormentas azotan países y ciudades. Ya no hay escapatoria. Por la noche, hombres y mujeres salen a asaltar establecimientos, como animales se pelean entre sí por raciones de alimento y agua. No hay ninguna autoridad sobre la Tierra. Vamos todos contra todos, respondiendo a la ley animal del más fuerte. Miro la luna por última vez. Allá está, redonda, brillando con su luz azul. Es una posibilidad. Con un telescopio veo en su superficie formas cambiantes, cohetes que alunizan en su extensión desolada, llevando seres que desean comenzar una nueva existencia, una vida donde quizá pasaremos más de la mitad del tiempo flotando.

Oxímoron

Hoy me levanté con la alegría de poder llorar al final del día, con la nostalgia de vivir lo aún no acaecido, y de ahí iniciar mi periplo de estar acongojado de tanta felicidad, de ponerme a trabajar después de haber mostrado vergüenza de tanto esfuerzo, pero sobre todo de estar enamorado de esta falta de voluntad para iniciar un romance con una mujer que todavía no conozco, o de tenerle afecto a mi peor enemigo, en virtud de lo cual tal vez sí beba agua hasta mitigar esta angustia insaciable, este orgullo de ser el perdedor más feliz de todos, el flojo incansable, el perfecto incrédulo que cree fervientemente en un cambio que me lleve a un estado en el que pueda moverme a mis anchas por este departamento, donde me siento apoderado de una libertad sin límites para recorrer la cocina, el balcón, el recibo, el cuarto de estudio y el dormitorio, donde finalmente voy a conducir mi cuerpo a un sueño sin descanso, pues las imágenes del delirio comienzan a aparecer como burbujas en el interior de mi cabeza, de donde surgen seres que no me dejan en paz ni siquiera para levantarme con la alegría de poder llorar al final del día.

Adiós a los libros

Actualmente me encuentro bastante deprimido por el hecho de tener que renunciar a mi biblioteca de libros impresos. Se han puesto viejos y ahora me producen alergia, los hongos me dan escozor en la nariz y la piel, me pican en los dedos; sus páginas amarillentas y manchadas me causan una tristeza indecible.

Acabo de dar instrucciones para que se los lleven embalados en cajas. Ya no caben en el departamento, crían telarañas, acumulan polvo, pesan demasiado, nadie los consulta ni lee, mi mujer necesita espacio para poner un cuarto de huéspedes.

Se llevan los libros y con ellos se van mis mejores recuerdos, mis lecturas, mis ojos en sus líneas, mis emociones, el pulso de mi escritura en sus márgenes, las observaciones que hice a todas y cada una de las ediciones que dentro de pocas horas serán llevadas a grandes depósitos de objetos de remate. Dios mío, creo que esta noche no dormiré, me veré obligado a entrar al cuarto de estudio donde están y tomar cualquiera de ellos para sentirme acompañado y ponerme a leer hasta el amanecer, hasta que lo concluya y pueda así pagar de una

vez la deuda que de por vida he contraído con ellos, mis hermanos incondicionales que hasta ahora han impedido mi fatal decisión de quitarme la vida lanzándome desde edificios, precipicios, o de tomar píldoras para acabar con todo de una buena vez.

¿Qué voy a hacer con mi colección de yoes destruidos, de personajes energúmenos que pasaron por mi propia personalidad, por mis insoportables manías ególatras? Lo dejo todo por ahora en manos de la providencia, en manos del destino que ya sabrá qué hacer con las inmensas ganas que tengo de lanzarme desde este hermoso edificio de oficinas de la gran ciudad de Nueva York.

De cualquier cosa

Podía hacer un cuento de cualquier cosa. Cualquier motivo era bueno para comenzar una historia y concluirla, con lo cual el oficio de escritor se le estaba haciendo tremendamente monótono, al no ofrecerle ningún nivel de dificultad. De una simple mirada, de una imagen elemental partía para construir una anécdota, urdir un relato, estructurar una narración o concluirla a las pocas horas si se trataba de un cuento breve o de una historia que requiriese de mayor nivel de complejidad: igual todo surgía, los personajes brotaban de su pulso como por encanto, las descripciones salían como si estuviesen dadas de antemano. Él mismo se preguntó al cabo de tantos años de tanto escribir relatos, cómo era posible que Dios le hubiese dado ese extraordinario don que le permitía hilar historias para el solaz o el interés de los demás, sin mayores inconvenientes.

Meditó bien acerca de qué tema podía faltar en el repertorio de su medio siglo en el oficio, un tema que él no hubiese abordado nunca, y después de darle vueltas a la cabeza concluyó que había uno: nunca había escrito un relato acerca

de si mismo, acerca de su propia vida. Se dispuso entonces a iniciarlo en ese mismo momento. Tomó la pluma y el cuaderno y cuando estuvo frente al reto de desarrollar el tema, descubrió que su vida no tenía ningún interés desde el punto de vista literario. Procedió entonces a dirigir su pluma directamente a su ojo izquierdo tal y como se maneja un puñal, introduciendo con fuerza el objeto puntiagudo en la pupila y descubriendo con regocijo —al ver el chorro de sangre derramarse sobre las páginas del cuaderno— que la mejor de sus historias acababa de cumplirse.

Desobediencia civil

Único método efectivo de practicar la convivencia.

Dios le escribe a Pascal

Dios estaba especialmente pensativo ese día. Miraba a todos lados de reojo, desconfiado e irritable, hasta que por fin decidió enviarle a Pascal un mensaje, a fin de que escribiera la frase donde él aparecía como protagonista.

Se percató entonces de que Pascal andaba muy distraído y resfriado esos días, por lo que le proporcionó un día soleado, buen vino, rebosante salud, abundante comida y la compañía de una mujer hermosa.

Pascal entonces, después de haber escuchado en la tarde un concierto de Juan Sebastián Bach, escribió: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo».

Contemplación

Me embebí de tal modo en la contemplación de aquel maravilloso paisaje de cielo despejado que, llegado un momento, pensé que el paisaje me contemplaba a mí con tal intensidad, que me absorbió hacia él y me convirtió en lo que siempre quise ser: nube.

Progreso

En realidad, el mundo no ha progresado. Lo que han progresado son los objetos. Los hombres y las mujeres siempre seremos los mismos y, como los animales, árboles, plantas y flores, seremos los mismos pese a las estaciones, la lluvia, el frío, el recalentamiento y las sequías. El cielo, los ríos y el mar no progresan nunca, el arte y la poesía tampoco, y por eso siempre estarán ahí, sin tiempo, ocupando el espacio que les pertenece y les pertenecerá, aunque por ley natural deban desaparecer algún día, o algún descreído diga por ahí que no han progresado en lo absoluto.

Bucólico

Era tan extraordinario el paisaje que tenía ante mí aquella mañana, tan vasto, hermoso y sugerente, que lo único que podía expresarlo era un poema, pero aunque dispuse de mis mejores destrezas verbales en la composición de ese poema, luego lo leí y era pobre; este no podía expresar con eficacia lo que tenía ante mis sentidos, por lo cual apreté en mi mano la hoja de papel donde lo había escrito, y con la mayor delicadeza lo coloqué en la rama de un árbol cercano. Cuál no sería mi alegría cuando vi que un pajarito lo tomaba en su pico y lo llevaba a su nido.

Hijas y nietos

Cuando veo en los ojos de mis nietos las figuras de mis hijas y después en los ojos de mis hijas veo los ojos míos mirando los ojos de mis nietos, reconozco de veras que para poder mirar mis ojos en el espejo debo primero refrescarlos con agua, ponerles colirio y despabilarme bien, tomarme un buen café antes de cargar a mi nieta para darle un beso y luego mirar sus ojos. Después de lo cual sí puedo andar tranquilamente silbando por la calle.

Cuenta regresiva

Voy siguiendo mis huellas de regreso una por una, las voy recorriendo desde hoy hasta ayer y anteayer y trasantier y hasta la semana pasada y hasta el mes pasado, y después paso al año y de ahí al lustro y sigo hasta alcanzar la década y voy con paso seguro hacia el medio siglo, y en ese medio siglo me introduzco hasta llegar con mucho cuidado al año preciso y luego voy entrando al mes, a la semana y al día de mi nacimiento, y en ese día puedo descubrir con mucha cautela la madrugada y la hora justas, y al llegar a la hora entro al preciso instante en que nazco y entonces sí puedo reconocerme como tal y relatar mi vida del modo más rápido que pueda para que esta no se extinga tan pronto, tenga al menos algún sentido y todos ustedes, amigos míos, sepan de una vez por todas quién soy.

Narración extraordinaria

Después de releer casi todos los cuentos de Poe no me he sentido muy bien; ando por ahí mareado, desconectado de la realidad; me tiene sin cuidado el tiempo, tropiezo con objetos a cada rato; por la calle la gente me saluda y ni siquiera sé quiénes son. Me ha costado acostumbrarme a mi cotidianidad, olvido hacer diligencias rutinarias, me quedo demasiado tiempo contemplando el cielo y por la noche me cuesta conciliar el sueño, bebo copiosas tazas de café y té, fumo gruesos habanos y cigarrillos aromáticos, ingiero ron y vino en cantidades considerables y me dedico a garabatear extraños poemas en viejos cuadernos.

Intento leer a otros autores, pero las historias y personajes de Poe surgen en mi mente a cada rato: ahí está la máscara roja de la muerte; veo derrumbarse la Casa Usher en cámara lenta; oigo los alaridos de un enterrado vivo o contemplo con melancolía el rostro de Leonora en la tiniebla de mi cuarto de estudio; en los rascacielos de enfrente descubro, colgado de las cornisas, el cuerpo de un gorila; un gato negro se desliza sigiloso por el filo de mi ventana.

He tenido que consumir la garrafa completa de vino que guardaba para mis eventuales invitados; ahora mismo me gustaría drogarme con ajenjo, marihuana, opio o hachís para pasar al plano donde ingresó mi querido Edgar para lograr sus mágicos cuentos; hago todo lo posible por trasponer esos umbrales con las sustancias o drogas que tengo a la mano y al fin logro, a duras penas, apoderarme de algunos estados interesantes, los cuales me gustaría prolongar por más tiempo. En este instante comienzo a lograrlo: más que escribir, deseo procurarme un estado artificial que pueda mantenerme en una región de la mente donde me sea posible acceder al cerco del aparecer, al universo de las visiones, al inefable estado de alucinación a donde he arribado al fin: aquí veo nubes color naranja de donde salen arcoíris, trenes de mermelada roja, lunas verdes saltando contra un cielo blanco, árboles azules de donde penden manzanas bermejas, lechuzas con ojos de rubí, leones con anteojos leyendo gruesos volúmenes y monos oyendo música, cebras aladas que corren por un lago de queso y mantequilla, elefantes en miniatura flotando en jardines púrpura, flores en cuyos pétalos hay ojos que parpadean, tiburones jugando partidas de póker, gallinas plateadas en amena conversación con zorros eruditos.

De esta selva de imágenes maravillosas veo salir a un señor andando, quien se acerca desde un bosque donde todos estos animales y seres le rodean o le hacen compañía: el señor Edgar Allan Poe viene vestido con un atuendo principesco y un libro en la mano derecha; en la otra sostiene una copa con una bebida chispeante que me ofrece y yo la acepto, un vino champán que bebo gozoso y él, al verme tan feliz, sonríe y luego pasa a leerme la narración extraordinaria de los hechos que componen el texto que el lector ha venido leyendo hasta este momento.

El pacto secreto

—Ve, amigo, y con este dinero compra suficiente papel para escribir el libro.

—Con estas monedas no alcanza, señor, el pergamino se ha puesto muy costoso últimamente.

—Entonces tendremos que inventar algo para conseguir más dinero —dijo Jesús—. Es importante.

—Queda muy poco tiempo, señor, pronto vendrán a buscarlo.

—Ve entonces y diles que tengo una información muy valiosa, que guardo un secreto muy importante que solo yo conozco y debo transmitirte antes de morir.

—Me parece muy buena idea, señor, realmente muy buena.

Judas fue y se los dijo. Los enviados del César le creyeron. Regresó con más monedas, muchas más. Le dio un abrazo a Jesús y le estampó un sonoro beso en la mejilla izquierda.

—Vendrán por mí de seguro —dijo Jesús—. Me apedrearán y maldecirán y luego me llevarán al calvario, de seguro. Así hemos escrito.

—Adiós, mi señor —dijo Judas con lágrimas en los ojos—. Ahora sí puedo escribir el libro convenido en la Pascua, el evangelio que usted mismo me ha venido dictando en las últimas semanas. Delo por hecho.

—Así sea —dijo Jesús.

—Nos vemos en el cielo —dijo Judas.

—Sí, en el cielo —dijo Jesús—. Y que Dios te bendiga, amigo mío.

—Amén —dijo Judas.

La brisa

La brisa es lo mejor que hay, lo máximo que puede uno llegar a experimentar cuando no se tiene absolutamente nada que decir.

Lectura final

El condenado a muerte está sentado en la litera de la celda hojeando un libro, pocos momentos antes de ser llamado a su ejecución. Rechaza a un sacerdote para hacer su confesión final; desprecia la oferta de un último deseo mundano, de un capricho, de una última voluntad para probar la tentación de un vino, un bocado, un cigarrillo. Solo pide que le dejen terminar la novela que ha estado leyendo en las últimas horas. Está a punto de concluirla, pero siempre tiene interrupciones. Ha rechazado todo tipo de ofertas para poder lograr la completa concentración en su objetivo. El carcelero le insiste en que tiene poco tiempo para ser conducido a la silla eléctrica y el reo le suplica que lo deje solo unos instantes; el guardia lo complace y se marcha por un momento.

El reo se concentra en la historia, se abstrae totalmente del entorno y logra introducirse por completo en el final de la obra literaria. Cuando el carcelero regresa a buscarlo, encuentra el libro abierto contra el piso y que el reo no puede ser conducido a la silla eléctrica. Ni siquiera su liviana ropa ha podido ser hallada en el pequeño espacio de la celda.

Vida civilizada

Nací en un pueblito de Venezuela llamado Los Abrojos, un pueblo casi borrado del paisaje. Ahí me confundía con animales: perros, chivos, loros, gatos, lagartijas; ya tenía la piel curtida por el sol y los zancudos ya no molestaban mi piel. Andaba semidesnudo, jugando, bañándome bajo la lluvia, en el río o en el mar. A duras penas fui a la escuela a aprender las primeras letras, y luego de un difícil proceso de adaptación a los profesores aprendí a leer y escribir, luego de lo cual me fui a un pueblo más grande a aprobar el bachillerato, donde a pesar de las malas notas me sentí exaltado por los libros y la música; aprendí a darle al cuatro y la guitarra, a escribir cuentos, poemas y finalmente me dediqué a cantar en bares para ganarme la vida, luego de lo cual enseñé música en escuelitas de barrio. Después, poco a poco fui llenando cuadernos con cuentos y poemas. Publiqué algunos en la prensa regional. Envié un cuento a un concurso literario y lo gané, después de lo cual me concedieron una beca para escribir un libro que fue publicado por una editorial de la ciudad. Allá

me invitaron a leer mis cuentos en la Sociedad de Escritores, y alguien me dijo que merecían ser publicados en España.

Me mantuve por un tiempo haciendo lecturas de cuentos y cantando en auditorios de liceos y universidades de mi país. Me hicieron muchas entrevistas y reportajes para algunos diarios. Viajé a España a cantar y leer mis piezas literarias, y a los pocos meses conocí allá a una mujer blanca y educada: me sentí seducido por su belleza y educación, sus buenas maneras... Me casé con ella y antes de que pudiera procrearle un hijo, murió y me dejó en su departamento, el cual heredé de ella con una finca en el campo cercana a la ciudad. Allí me entregué a los placeres de la bebida, la comida y el sexo con mujeres de gran belleza física. Fui ingresando en el vicio del alcohol, la abundancia y los placeres, me gustaban los quesos, habanos, jamones y vinos de todo tipo.

En la casa de campo contraté a una mujer criolla muy trabajadora, llena de destrezas físicas y de un maravilloso cuerpo que llenó mis días de placer; me hice su amante y a los pocos meses me dio un hijo que criamos allí mismo en medio de la naturaleza, los animales y un buen clima, respirando aire puro, trabajando la tierra y comiendo de sus frutos. Un día regresaba de la finca a la ciudad en mi auto, y al llegar a la casa encontré que mi mujer estaba metida en la cama con otro hombre. Razón por la cual los despaché a ambos de la casa, montado en cólera.

Viví un tiempo solo. Era tal mi aburrimiento que ni el alcohol ni la música ni la literatura colmaban mis ansias ni mi soledad. Puse a mi hijo en manos de una hermana, quien terminó de criarlo y de darle una buena educación, mucho mejor que la que yo podía ofrecerle. Vendí todo y regresé a mi pueblo natal.

Al llegar a Los Abrojos noté que el pueblo era mucho más pequeño que antes, aunque el paisaje era el mismo pero un poco

más opaco, con menos animales y menos personas, cuestión que me intrigó mucho. Las casas y las gentes eran más tristes y empobrecidas; el sol caía más fuerte sobre la tierra; el agua era muy difícil de hallar y algunos animales morían de hambre o de sed. Me fui acercando a la gente a ver si podía hablar con algunos de los habitantes del pueblo, pero nadie me reconocía ni quería hablar conmigo, lo cual me parecía natural. A lo lejos estaban un viejecito balanceándose en un chinchorro, una mujer madura pilando maíz y otras cargando agua con cántaros de un pozo, y unos niñitos persiguiendo unas cabras, mientras las gallinas y los pollos chapoteaban en los charcos de agua de los patios soleados. Los niños corrían y jugaban con una pelota un fútbol primitivo, donde el arco de goles era imaginario. Estuve un rato viéndoles jugar y me llamó la atención el más chico de ellos, un muchachito de pantalones cortos y alpargatas rotas que me sonreía con simpatía. No distinguía bien el rostro del niño, pero cuando me le acerqué pude advertir que tenía el cabello lacio y la espalda quemada por el sol. Golpeaba la pelota con los pies y le gritaba a otros niños mientras lo hacía. Me acerqué más para ver su cara y cuando volteó hacia mí pude apreciar que el rostro de aquel niño era exactamente el rostro mío.

Morir de viejo

Aquí estoy al fin, muriendo de viejo, expirando de tanto haber vivido, sintiendo esta experiencia de morir de tanto existir, de ir desapareciendo de tanto haber estado presente en este mundo, y ahora el mundo me paga en buena ley con el mejor de sus gestos, sacando la cuenta final de estos días que ya se han cansado de mí.

Motivos de inspiración

No se preocupen, amigos míos, que siempre va a haber nobles motivos de inspiración para no tener que pasar por la vergüenza de decirle al señor de la funeraria que no podemos pagar la deuda adquirida por la compañía de seguros.

Origen de los sueños

Uno de estos días me puse a pensar de dónde provendrían los sueños, y no hallé la respuesta sino después de un sueño profundo: cuando varias personas se duermen simultáneamente en varias partes del mundo y los fantasmas que pueblan sus mentes se despiertan a la vez, todos ellos, en el mismo instante, empiezan a moverse y conversar. Se tejen ahí las infinitas situaciones y diálogos posibles e imposibles, movimientos, acciones y palabras de estos fantasmas que pueden convertirse en personas conocidas y desconocidas, encarnando en personajes creados por cerebros y mentes de personas que son liberadas en el preciso instante de quedar profundamente dormidas, no importa si es de día o de noche, para ir a encontrarse y compartir las vidas que les corresponden, librarse de la cárcel donde la razón los quiere mantener, liberar la mente de los seres humanos de las tribulaciones y despropósitos de la realidad cotidiana. Los personajes de los sueños —nosotros mismos aventurándonos en otros territorios— son completamente libres y se desplazan sin fronteras, tiempo ni espacio;

no aceptan ninguna moral ni restricción y tampoco reciben órdenes directas de nadie; pueden caminar, correr o volar a cualquier velocidad o traspasar mundos distintos unos de otros en un instante si así lo desean.

Poco a poco, los durmientes o soñantes empiezan a despertar, y los fantasmas vuelven a esconderse en sus sitios originarios y se van interconectando secretamente entre ellos con el fin de descansar hasta el otro día, donde les espera de nuevo su trabajo como personajes, pues es ese el trabajo que desempeñan a diario y por el cual pueden obtener dones muy grandes de manos de los dioses.

Pobreza crítica

Río hasta las lágrimas cuando las autoridades dicen que van a acabar definitivamente con la pobreza crítica, cuando en verdad es la pobreza crítica la que tiene la obligación de acabar con las autoridades.

Poema contra cuento

El otro día un colega de mi oficina que se cree poeta me dijo que escribir un poema implicaba un proceso mucho más difícil que el de escribir un cuento. Me quedé pensando un rato en lo injusto de esa afirmación, de modo que lo invité a discutir el tema en mi departamento tomando unos tragos y escuchando música, cita a la que él acudió de inmediato guiado por su vanidad, con un buen número de poemas suyos. Lo fui llevando poco a poco hasta el balcón y cuando estaba en el punto más emocionado de su lectura poética, le di un fuerte empujón y lo lancé desde el décimo piso.

Todavía recuerdo con placer cómo su rostro se fue borrando en el vacío.

Solo

No es bueno ni malo estar solo. Puede ser una ventaja cuando la ausencia del otro se ha agrandado tanto que termina por apoderarse del espacio y el tiempo propios, y cuando el cúmulo de soledad se va convirtiendo en un vacío y ese vacío se hincha hacia todos lados y se esparce por los ojos y la piel del solitario hasta corporeizarse como un ser invisible.

Lo otro es que la soledad no sea tal sino un mero aislamiento ensayado para hacer literatura o filosofía del desamparo.

Solo, lo que se dice solo, se da uno cuenta de estarlo sobre todo cuando nos miramos al espejo por más de veinte minutos y concluimos que no es más que un animal. Si alguien es capaz de mantenerse frente a ese cristal azogado por este espacio de tiempo sin experimentar una angustia automática e insoportable, significa que no es humano sino una suerte de robot.

Un solitario es alguien que hace las cosas por sí mismo, alguien que casi no necesita de la ayuda de otro, excepto para hacer cosas básicas: es capaz de hacérselo todo con el único objeto de que lo dejen en paz. De lo cual se infiere que su mayor

triunfo es la tranquilidad. No la felicidad ni la alegría, ni el amor ni la amistad, sino la más pura y elemental tranquilidad.

Pero estar tranquilo tiene su costo. No es suficiente con aislarse. Para estar tranquilo es necesario convertirse en una especie de criminal, cuyo objeto consiste en asesinar sistemáticamente a los adversarios: a los ingenuos felices, los superficiales que se divierten, los tontos útiles, los imbéciles enamorados, los artistas ilusos, los pragmáticos crueles, los políticos insensibles, los funcionarios burócratas, los profesionales ambiciosos, los banqueros hipócritas, los comerciantes estafadores, los empresarios explotadores, las mujeres infieles, los hijos desagradecidos. Nadie se salva en esta jungla de especímenes excepto los santos, los guerreros y los poetas, como nos dijo Baudelaire. Unos se conforman con sobrevivir; otros no se dan tregua hasta no colmar sus ganas insaciables de apoderarse de todo.

Yo me conformo con estar solo y contemplar esta rebanada de espacio que me ha tocado en el tiempo. Lo demás se lo dejo a ustedes, seres gregarios que nacieron para compartir instantes con el montón de solitarios que se hacen pasar por seres sociables y habitan esta tierra sin otro norte en la vida que morir algún día.

Troya arde de nuevo

El día en que arde Troya, Aquiles viene saliendo de la ciudad en llamas, luego de los conocidos acontecimientos de traición entre griegos y troyanos, originados por el rapto de Helena, la controversia entre Paris, Héctor y Aquiles, ignorando los intereses del pueblo de Troya y de su patriarca Príamo, quien presencia el combate frente a frente entre su hijo Héctor y Aquiles, donde el invencible Aquiles le da muerte al noble contrincante.

Aquiles corre por la ciudad salvando llamaradas y se encuentra con Ulises, quien viene de otra parte de la ciudad donde acaecen acontecimientos fatídicos, y le pregunta cómo salvar a las mujeres y los niños del sorpresivo incendio. Aquiles, que ya ha sido engañado por Ulises cuando aquel se disfrazó de mujer en una subasta de esclavas para convencerlo de ir a la guerra con él, le responde que nada de eso importa ya: cada quien salvará su vida como pueda.

—Es menester salvar a las mujeres y niños inocentes, Aquiles, ellos no son culpables de este espantoso accidente, producto de un error.

—Esto no fue un error, Ulises, esta fue una trampa armada con un caballo de madera, y tú lo sabes bien.

En ese momento Aquiles recibe un flechazo en el talón del pie derecho, que le deja herido.

—¡Déjame ayudarte! —exclamó Ulises.

—¡No te acerques! —respondió Aquiles—. El destino ya está trazado. Homero escribirá algún día una saga sobre nosotros y sobre Troya.

—Homero es gran caminante y gran escritor, lo conozco bien —dijo Ulises.

—¡Así que conoces a ese viejo zorro! —logró decir Aquiles, con gesto de dolor, sacando luego la flecha de su talón, del que manaba la sangre.

—¡Allá creo que va el viejo Homero! ¡Mira, allá en la colina! ¡Oíd, viejo Homero, oíd, aquí estamos!

—¿Quiénes van ahí? ¡No puedo verles, el fuego me ha quemado los ojos! —logró oírles Homero.

—¡Somos nosotros, Aquiles e Ulises! ¡Aquiles está herido!

—¡Hijos míos! ¡Vuestras vidas ya están salvadas por mí!

—¿Cómo…?

—En dos narraciones protagonizadas por ustedes. ¡Gracias a Zeus me encontraron! Ahí les otorgo nueva vida a ambos. Al abrir el manuscrito se verán allí. Al terminar de leerlo comenzará una nueva vida para ustedes. Ahora estoy ciego, es el fin de Troya y ya no deseo ver nada más de hoy en adelante. Es el fin de la guerra y el fin de nosotros, como humanos.

Aquiles yacía agonizante en tierra. Sin embargo, no permitía que Ulises se le acercara a ayudarlo o consolarlo.

—Debo marchar a reunirme con mi familia —dijo finalmente Ulises.

—Así está escrito en el poema, hijo, debes hacerlo —dijo Homero—. Busca tu nave y que los vientos te sean propicios para el regreso. Ahora toma este libro antes de que arda

también, toma tu barco y haz conocer el contenido del libro al mundo entero.

—Llevaré el libro a Ítaca —dijo Ulises—. Mi hijo Telémaco se encargará de él.

—Debemos llegar al mar antes de que las llamas acaben con todo.

Aquiles finalmente expiró. Ulises envolvió el cadáver con su túnica y lo colocó cerca de unos farallones cuando estaba anocheciendo. Homero se había quedado rezagado en el camino, resbaló cerca de un risco y cayó hacia lo profundo de un acantilado.

Ulises lloró frente al mar por aquellas dos muertes súbitas; luego se encaminó a una lejana playa donde lo esperaban su navío y su tripulación. Navegaron por varios días con sus noches por el océano furioso hasta llegar a Ítaca, donde lo aguardaban su mujer Penélope y su hijo Telémaco.

Estaba consumido por la nostalgia y deseoso de ver y acariciar a su mujer, Penélope, quien lucía más hermosa por los efectos de la tristeza. Finalmente se encontró con su amada y la abrazó, transmitiendo en su abrazo el calor de la nostalgia, el deseo transfigurado de la melancolía convertido en apasionada ternura.

Telémaco lloró de amor al abrazar a su padre y se entregó días después a la lectura del manuscrito de Homero, que le había sido confiado por su padre.

Ulises estrechó a su amada entre los brazos y luego, haciéndole el amor en el lecho, su emoción fue tal que su corazón se detuvo por completo; sonrió por última vez y expiró entre las frescas sábanas tejidas por Penélope, en aquella casa de montaña situada entre los viejos olivos de su natal Ítaca.

Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del *Quijote*

Cide Hamete, autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* escribió un diálogo para este libro que hasta ahora no se había dado a conocer, y es dado hoy a la luz con la intención de agregarlo a la célebre obra, y así todas las villas y lugares de la Mancha, de España y del mundo compitan entre sí por divulgar y hacer suyas su fama y su memoria. Dicho episodio comienza cuando Sancho Panza se encuentra ahogado en mares de llanto, viendo a don Alonso Quijano postrado en su lecho, pocas horas antes de morir.

En una de esas pausas de llanto en que Sancho fue a procurarse un poco de vino para mitigar su sed, don Alonso sorpresivamente se inclinó, le vio a Sancho y le hizo señas de que se acercase a su lecho. Sancho, ni corto ni perezoso, se acercó a su amo; aquel le tomó de un brazo y con una sonrisa pícara le susurró al oído:

—Sancho, de haber nacido otra vez, ¿quién habrías querido ser?

—¿Yo, mi señor?

—Sí, Sancho, dime quién.

—Pues usted, mi señor, en otra vida me gustaría ser usted y cabalgar por los campos de Castilla y de España junto a Sansón Carrasco y Sancho Panza.

—¿Estás hablando en serio, Sancho, o de nuevo estás diciendo disparates?

—No, mi señor Alonso Quijano, ya que usted recuperó la cordura y ahora se arrepiente de sus locuras, yo le digo que si mi Dios Jesucristo me permitiera nacer otra vez, me gustaría ser Don Quijote de la Mancha y volver a recorrer los caminos del mundo y ganar batallas y los amores de bellas mujeres. ¿Y usted, señor mío, si a usted le dieran la oportunidad de vivir su vida otra vez, quién le hubiera gustado ser?

—Pues tú, Sancho, me hubiera gustado ser Sancho Panza, un buen hombre que se atrevió a creer en la locura de otro hombre porque sí, sin más esperanza y herencia que ser gobernador de una isla que no existe.

—Pues entonces estamos a mano, amo y señor mío, nuestras vidas están cumplidas y nuestros destinos realizados, creo yo.

—Así es, Sancho, así lo quiso nuestro señor Jesucristo, que es grande y sabio.

Alonso Quijano dijo esto y después expiró. Sancho tomó el brazo de su amo —que había permanecido hacía pocos segundos temblando sobre su hombro— y lo colocó suavemente en el pecho exánime de don Alonso.

Cide Hamete, el escritor, y el bachiller Sansón Carrasco los contemplaban a ambos cuando esto tuvo lugar; ellos fueron únicos testigos de las postreras palabras que cruzaron Sancho Panza y Alonso Quijano. Entre Hamete y Carrasco hubo el acuerdo tácito de que tales palabras debían ser insertadas en la novela, pero por algún desconocido percance el diálogo no pudo ser incluido en la edición que el impresor

Juan de la Cuesta hizo de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* en 1615.

Mientras se dirigían a hacer los preparativos para dar cristiana sepultura a don Alonso, Sansón Carrasco preguntó a Cide Hamete Benengeli cuál de los tantos personajes que había creado la febril imaginación del Quijote, y que él había recogido en su pluma, le habría gustado ser.

—Me habría gustado ser el Caballero de los Espejos, que es justamente el personaje que tú creaste disfrazándote, para divertirte y darle más vida a Don Quijote. Ese es un invento genial, te lo aseguro. Por ello te doy las gracias. Fue el único Caballero que logró vencer en batalla limpia a Don Quijote. ¿Y usted, Sansón, quién le habría gustado ser de entre todas esas fantásticas aventuras imaginadas por Don Quijote?

—Pues le digo con toda sinceridad que más bien me hubiera gustado ser un escritor diestro como usted, maestro Hamete, con tanta facilidad para manejar esa pluma, la misma que parecía decir «para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solo los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido».

—Le agradezco mucho su elogio, bachiller, pero me parece que otorga usted más honores a esa pluma que a mi persona —replicó Cide Hamete, sonriendo apenas y al unísono con el bachiller Carrasco, mientras se encaminaban ambos a contribuir con los arreglos del sepelio. Hamete recogió estos hechos y palabras postreros y los mantuvo largo tiempo consigo, atesorados en un manuscrito de pergamino. El mencionado manuscrito fue hallado hace poco en el anaquel de una vieja posada de Madrid, donde un tal Miguel de Cervantes solía pasar largas horas descansando o escribiendo, por aquel año de 1615.

La mano de Cervantes

Aquella tarde de verano el sol hacía brillar el mar de Italia, donde las naves se preparaban a enfrentarse en batalla. Soldados españoles e italianos se disponen a medir fuerzas contra los turcos en Lepanto, y luego abren fuego desde sus respectivos barcos, cuyas flotas desde lejos semejan dragones que escupen llamaradas de fuego por las bocas de sus cañones. Mientras más se acercan las naves entre sí, cañones, pistolas y arcabuces son disparados sobre sus contrarios. Miguel de Cervantes es un soldado que hace lo suyo ese día en Lepanto: ataca, se defiende, se mueve de popa a proa, se empina sobre babor para disparar. De pronto, siente dos fuertes impactos de arcabuz en el pecho, y luego uno en la mano izquierda, que le hacen perder el equilibrio. Se tambalea herido, luego rueda por el suelo del barco. Dos amigos, los soldados Luis y José, le ayudan a incorporarse y le llevan a un lugar donde puedan detener la hemorragia, la sangre que fluye del pecho y de la mano. Intenta seguir en la refriega, pero el dolor en las heridas aumenta y debe retirarse de la escena activa. La lucha

continúa y Miguel ve, en medio de la niebla del humo y del dolor, que la contienda va siendo ganada por los suyos, y ese será uno de sus recuerdos más felices.

Sin embargo, su mano izquierda queda anquilosada, sus dedos inermes y deformes; pero él sigue con su vida combatiente, de soldado y de escritor. El «manco de Lepanto» un día está durmiendo y sueña que su mano derecha ha desaparecido. Da un grito de horror y despierta de la pesadilla, comprobando con alivio que su mano derecha está en su sitio, sana y salva; entonces le da la orden de escribir *Don Quijote de la Mancha*. Mientras tanto, la mano izquierda se ha puesto muy contenta por el acontecimiento, recobra algo de su vida pasada por un momento, y estrecha la mano derecha para darle ánimos. Cervantes ve cómo la mano guerrera y la mano escritora conversan y se hacen amigas; observa, sentado en su cama, los hermosos sucesos que sus manos recuerdan sobre grandes batallas en Lepanto y la Mancha.

La confesión de Shakespeare

Mi nombre es William Shakespeare y me dedico a escribir y representar obras de teatro. Más que dramaturgo, aclaro, soy actor y director de escena en la compañía de teatro El Globo, donde las obras disfrutan de la aclamación general. A continuación narraré un incidente que cambió mi vida por completo.

Una tarde me encontraba sentado a una de las mesas de una taberna corrigiendo una pieza teatral, cuando mi amigo Christopher llegó con un grupo de beodos que, además de libar copiosamente haciendo alboroto e interrumpir mi trabajo, se pusieron a cantar en voz alta y a bailar con unas mujeres. Luego se cansaron y sentaron a otra mesa, exhaustos. Me acerqué a saludarlos, y al poco rato Christopher me llamó aparte del grupo para manifestarme su contento por una pieza teatral que había concluido, y me invitó a leer otra que llevaba consigo, diciéndome que desconocía a su autor. Me entregó el manuscrito con mucho cuidado y yo lo introduje en mi alforja, lo llevé a casa y lo leí por la noche. Se trataba de una de

las piezas de teatro más fascinantes que hubiese leído. Pasé la madrugada pensando en quién podía ser aquel genio.

A la mañana siguiente me dirigí a casa de Christopher con la intención de indagar más acerca de la autoría de la pieza, y este me dijo que la había recibido, tal cual, de la mano del Conde de Southampton, amigo de la corte y amante del teatro, pero ignoraba si este la había escrito. Días más tarde busqué una ocasión para estar cerca del Conde, cosa difícil tratándose de un noble, pero le conocía de trato y logré una entrevista con él después de mucho esfuerzo. Le inquirí acerca del origen de aquel manuscrito y me respondió que lo ignoraba, lo había recibido en su casa de manos del mensajero de un autor anónimo, quien lo envió a nosotros con la intención de que la obra fuese representada en algún teatro de la ciudad, y dirigida por Christopher o por mí en el teatro El Globo, compañía donde trabajo junto a un grupo de actores extraordinarios. Le dije que estaba impresionado con la pieza y, si me autorizaba, me dispondría a montarla en la próxima temporada. El Conde me concedió la venia para negociarla y la presenté a uno de mis asociados principales en el teatro El Globo, el señor Fletcher, quien después de leerla me instó de inmediato a dirigirla.

La comedia fue todo un éxito, y el público se reía a más no poder. Durante toda la primavera se representó en distintos lugares de Londres, con asistencia de todo tipo de personas, incluida la nobleza; se propagó incluso el rumor de que la reina de Inglaterra en persona había manifestado la intención de ir a verla, por lo cual los actores estaban muy estimulados. Pasé todos aquellos días con la inquietud acerca de quién podía ser su autor, no descansaría hasta averiguarlo. Hostigué hasta lo indecible a mi querido amigo Christopher Marlowe —a mi parecer el mejor dramaturgo de Inglaterra—, pero este nunca me dio una respuesta satisfactoria (me pareció

incluso que Chris me estaba gastando una broma pesada, que él era su autor y quería divertirse un poco); hasta que un día en una taberna, de nuevo entre tragos efusivos y mujeres alegres, me habló del poeta Benjamin Jonson, cuyas obras había leído, quedando impresionado con su talento satírico. Reconozco en sus comedias un gran poder argumental, así como para hacer mascaradas y escribir poemas muy originales, pero esto era otra cosa. Christopher me refirió que Ben había estado en la guerra contra los españoles y me pareció tan interesante su vida y manera de ser, que durante los meses sucesivos me acerqué a él: fue creciendo entre nosotros una firme amistad que nos llevó a compartir infidencias personales. Un día le pregunté si por casualidad no había escrito una comedia con el tema de la pieza en cuestión, y le mostré el manuscrito a objeto de descartar su responsabilidad en el asunto. Me respondió negativamente, absorto y desconcertado. Me dijo estar entregado en esos días a la escritura de poemas, estaba pasando por una crisis amorosa con una dama de alcurnia que lo había abandonado; me confesó, además, que andaba metido en problemas de deudas con acreedores.

A raíz del éxito de la pieza en aquel entonces, anduve con el espíritu lleno de desasosiego al no poder hacer justicia al autor de aquella obra genial. Un día, cuando yo menos lo esperaba, se apareció en mi casa Ben Jonson, muy alterado, para decirme que estaba en la ruina y sabía quién era autor de aquella obra, escrita por encargo para el Conde, pero le había prometido a este nunca revelar aquel secreto a cambio de una considerable suma de libras. Me habló, con rubor y casi con vergüenza, de un tal poeta Joseph Hall, que vivía desde hacía tiempo aislado en un mísero arrabal de Londres. Mi curiosidad pasó al estado de emoción al enterarme de aquel dato. Agradecí con otra buena suma de dinero a Ben cuando me facilitó su dirección. Me dirigí allá al día siguiente, muy temprano.

Una paupérrima puerta de pensión se abrió. Un hombre barbado, muy delgado y mal vestido, pero de frente noble y ojos vivaces, estaba frente a mí. Me miró fijamente, preguntó mi nombre y al pronunciarlo, de inmediato me invitó pasar. En la ruinosa habitación había un catre, una estufa, un escritorio de madera rústica repleto de libros y manuscritos desordenados; algunos de estos estaban por el piso, junto a botellas vacías, restos de pan y sobras de comida. En un anaquel se apilaban manuscritos surgidos de su pulso desde hacía muchos años, corregidos por él continuamente, según me dijo, buscando para ellos la perfección expresiva y la profundidad en el sentido. El poeta, pálido, mal vestido, ojeroso, me inspiró piedad. Me mostró algunos de sus poemas y la calidad de estos era sublime, yo jamás había leído algo así, genuino, noble, dotado de una inspiración tan elevada y de una perfección formal completa. A medida que mis ojos recorrían aquellas páginas, mi asombro pasó al rango de éxtasis. Turbado, le manifesté mi admiración.

Le invité a almorzar y beber; lavó su cara con agua de un cántaro y me dijo que poco salía de casa: padecía de un extraño mal, una especie de fobia que le impedía viajar o moverse en grandes espacios, apenas caminaba por las cuadras aledañas a su vivienda o se sentaba en plazas cercanas a leer o a contemplar los árboles, el cielo, las flores o los pájaros. Pero aceptó mi invitación a comer en una posada cercana.

Mientras almorzábamos, le pregunté si no había ido al teatro recientemente a ver su obra representada y contestó que no, me reiteró que no iba al teatro desde hacía años debido a su enfermedad. A medida que avanzábamos en la conversación, crecía entre ambos una especie de complicidad, difícil de explicar.

—Llevo mucho tiempo —me dijo— escribiendo tragedias, poemas, farsas y comedias que guardo en un viejo estante, y son

leídas casi exclusivamente por Christopher y por una mujer letrada llamada Fanny, a quien amo y hace a las obras brillantes observaciones. Las entrego después casi todas a Marlowe a cambio de comida, buen vino y el pago de esta humilde pensión, y este luego las lleva al Conde de Southampton. A mí me domina, como le he dicho, un terrible padecimiento de la mente, una especie de pánico que me impide alejarme del espacio de estas sórdidas cuadras.

Después de comer y beber su rostro se iluminó, y me sentí orgulloso de haberle acompañado. Me tomó del brazo y me condujo afuera, a la calle. Tenía un semblante patético y una voz trémula. Finalmente me hizo la confesión:

—Debo decirte algo, William querido. Estoy muy contento porque al fin has venido a mí. No me llamo Joseph Hall, ese es un falso nombre que le he dado a los demás para protegerte, sino Edward Shakespeare, tu hermano mayor, el hermano que la familia creía muerto. Desde hoy puedes disponer de todas las obras que he escrito para representarlas en el teatro El Globo. Estoy feliz, William. Por fin se ha cumplido mi destino.

El otro Zaratustra

Después de una larga travesía, Zaratustra llegó al pueblo donde le dijeron se encontraba el farsante que se hacía pasar por él, predicando sus ideas en distintas comarcas de Irán.

Se protegió del inclemente sol bajo un ruinoso techo de palmas; calmó su sed con dos tragos de agua de su cantimplora y miró en derredor, divisando un lugar que parecía una taberna. Se dirigió allí a verificar si en verdad andaba por allí el Zaratustra impostor; uno de los dependientes del precario establecimiento le informó que el profeta se acababa de marchar a un pueblo aledaño. Zaratustra se dirigió de inmediato al mencionado villorrio, que estaba como a tres kilómetros de distancia. Se cubrió la testa con un turbante y caminó poco a poco, observando el paisaje y los animales, viendo a la gente trabajar en los campos, y les saludó con afabilidad y dulzura. A uno de aquellos campesinos se acercó a preguntarle si había visto a Zaratustra pasar por ahí, y el campesino comprobó con asombro que quien le formulaba la pregunta era de un parecido enorme con el profeta. Igual le respondió que sí, que el hombre que respondía al nombre de Zaratustra había pasado por ahí acompañado de una multitud, hacía ya un buen rato, hacia el próximo poblado.

Siguió Zaratustra su camino. Iba un poco mareado; en esos días le había estado doliendo un poco la cabeza, sensación que no había experimentado nunca, y lo atribuyó a la aparición de aquel doble que iba por los pueblos de Irán usurpando su persona y sus enseñanzas, aunque en el fondo admiraba la actitud de aquel ser con tantas ganas de parecerse a él, que le intrigaba a lo sumo. Continuó caminando hasta que llegó al pueblo. En efecto, ahí se encontraba el otro Zaratustra predicando ante una multitud que le oía atentamente y le aclamaba. Zaratustra penetró entre la multitud y se acercó poco a poco al personaje, para identificarlo. El hombre poseía un buen semblante, una potente voz, un carisma especial y un parecido impresionante con su persona, aunque pudo notar que en la parte izquierda de la frente tenía un gran lunar que lo diferenciaba claramente de él. Zaratustra lo escuchó, pero sus palabras, aunque encendidas, no eran convincentes. De súbito, desde lo alto de la escalinata donde se encontraba, el falso Zaratustra divisó a su profeta en medio de la multitud, y en cuanto lo reconoció, quedó completamente mudo y absorto. Luego, con lágrimas en los ojos, invitó a subir a la tarima al verdadero Zaratustra para que este se dirigiera a la multitud. El falso profeta presentó a su maestro, diciendo:

—Por fin, señores, ha llegado el momento que había estado esperando en los últimos meses: que el gran Zaratustra en persona se dignara ofrecernos sus profundas enseñanzas. ¡Al fin lo tenemos entre nosotros!

La voz del pueblo se alzó en un murmullo enorme y maravilloso. Zaratustra entonces se dirigió a todos diciendo:

—Señoras y señores, este hombre que bien pudiera ser yo, ha logrado traerme desde muy lejos para ponerme frente a ustedes, y así decirles la verdad. Que Dios entonces lo premie a él, y les bendiga a ustedes.

Entonces el otro Zaratustra desapareció ante la vista de todos.

Idea para un cuento

Estaba esperando que me llegara una idea para un cuento. Bolígrafo en mano, la página en blanco aguardando, mientras miraba por la ventana y veía delante de mí un inmenso terraplén marrón, y la brisa que silbaba entre los cables de los postes de alumbrado. Al final se veían los edificios, los bloques dispuestos simétricamente, y más allá los cerros. De vez en cuando cruzaba una persona, o aparecía un perro merodeando, o un niño con una pelota; o una mujer colgaba ropa en una cuerda atada en su ventana, y abajo en el estacionamiento alguien se montaba en su auto, lo encendía y arrancaba. De pronto apareció un hombre en silla de ruedas y una pareja tomada de las manos cruzó el estacionamiento frente a mi ventana, en el tercer piso. El niño que va con la pelota se la lanza a otro niño, que la ataja y se va con ella al gran terraplén, mientras el otro niño lo sigue.

La brisa sopla más fuerte y se lleva consigo una camisa roja de la cuerda de la ventana de la mujer que cuelga la ropa y la eleva por los aires. La camisa roja vuela lejos y después cae

sobre el piso del estacionamiento, donde es divisada por el perro, que la huele un rato y luego sigue de largo.

Hasta ahora no ha ocurrido nada digno de una historia. Tampoco se me ocurren otras ideas. El paisaje no tiene nada de especial, es un paisaje monótono, más bien aburrido. Los personajes no hacen nada que llame la atención. No llega por ninguna parte una idea para una historia. Busco dentro de mi cabeza, en mis recuerdos, aguardo algún dictado de la imaginación, cualquier señal para avanzar.

Nada surge.

Nada aflora.

Incluso, los personajes de afuera han desaparecido de repente. No hay nadie, ni siquiera autos o animales. Solo viento, sol, nubes, cielo, edificios. Y un calor enorme.

De súbito aparece un pájaro negro y se posa en uno de los cables de luz. Es un tordo enorme, que emite varios graznidos y se va volando. Es acaso la única presencia misteriosa o poética en todo este espacio. Quizá es el cuervo que se escapó por un momento del poema de Edgard Poe, pienso. El cielo se aclara y las nubes se ven más blancas, casi con aureolas. El sol se pone más fuerte, quemante, y provoca un sopor inmenso. Un calor que reduce aún más las ideas; ahora hay menos posibilidad de que surja una para un cuento, ni siquiera para una crónica, para una narración simple.

Abandoné el proyecto de escribir esta tarde. Coloqué la libreta en el escritorio, perfectamente vacía. Me puse a hojear un viejo periódico, pasé con desgano las aburridas noticias de siempre. Vi los libros en la biblioteca, contentivos de cientos de historias escritas por los más diversos autores. Tomé uno al azar e intenté leerlo, pero la frustración pudo más y lo devolví a su lugar. Después me vine al cuarto a mirar la televisión, más aburrida aún, con sus programas serializados y repetitivos.

Necesito a toda costa una historia mía, propia; incluso pensé en producirme las ideas por medio del ron o del vino, oyendo música y encendiendo un cigarrillo. En alguna parte debía estar la historia, escondida en las raíces de mi cerebro o allá afuera en algún pliegue de la realidad. Cómo era posible que con tantas experiencias y tantas anécdotas que me habían referido, no fuera yo capaz de urdir una historia. En qué estado de abulia me encontraba que no era capaz de tejer, con unas simples palabras, una narración interesante. Pensé que había llegado a mi fin como escritor. Pensé muchas cosas: que mi imaginación estaba bloqueada, mi voluntad había llegado a su punto crítico o me estaba pareciendo a un ser de mente vegetativa, o había perdido interés por la vida, o llegado a mi limite como ficcionador. Todo ello era posible.

Lo peor de todo era que sí estaba ocurriendo algo. Dentro de cada uno de esos departamentos se desenvuelven las historias más sutiles o más siniestras, más hermosas o sórdidas. Dentro de cada uno de aquellos espacios había niños, ancianos, mujeres y hombres haciendo el amor, comiendo, discutiendo, haciendo proyectos. Se comunicaban entre ellos las cosas más elementales pero también las más insospechadas. Incluso cabria robarme una idea para explotarla como mía, pero eso no me lo podía permitir. Podía incluso tejer una historia con los personajes que habían aparecido en escena esa tarde. Por ejemplo, los dos jóvenes enamorados se dirigen hacia otro edificio del mismo conjunto residencial, a encontrarse con otra pareja para tener allí una celebración; comienzan a beber en exceso y uno de los hombres se propasa con la mujer del otro y esta se lo reclama, lo cual origina una reacción violenta por parte de su pareja, quien le propina un fuerte puñetazo que lo derriba; al caer se lleva por delante una mesa de vidrio que termina partiéndose en pedazos y hiere en la cara a su propia mujer. El niño que va con la pelota es el hijo de ambos y va

para la casa de un amigo suyo del vecindario a jugar, pero al llegar al estacionamiento lo está esperando un chico mayor que él, un chico cruel que le quita la pelota y sale huyendo, lo cual origina el llanto del niño y el reclamo de su pelota a otro hombre en el edificio, un hombre que es el dueño del perro que ha olido la camisa roja y va con el perro a buscar la pelota del niño, y cuando cruza la calle viene un automóvil a toda velocidad que atropella al perro y lo deja tendido, aplastado, sangriento. O la mujer a quien se le ha volado la camisa roja se apura a recogerla, y cuando va urgida a recogerla, bajando muy rápido por las escaleras, pierde pie y cae por ellas hasta fracturarse el tobillo. Una vecina la ayuda, la lleva a su casa, le da unos calmantes y le aplica una crema para la hinchazón, mientras la camisa sigue arrastrada por el viento hasta la avenida, por donde viene por casualidad pasando un obrero que la recoge y ve que puede servirle, y como nadie lo está viendo en ese momento la recoge y se la lleva, se monta rápido en un bus que va pasando y se la lleva a su casa, y en su casa su mujer le pregunta dónde ha comprado una camisa tan bonita. Pero todas estas son historias forzadas, historias que no tienen ningún interés humano real, y por tanto, inútiles.

En cada departamento ocurre algo menos en el mío, ocupado por un ser contemplativo sin capacidad de contar algo distinto, algo propio, sin otro personaje que yo mismo.

Espera inacabada

Tal como habíamos acordado, acudí a la cita con aquella mujer que tanto me gustaba o, para ser sincero, de la que había empezado a enamorarme. Me parecía casi un milagro que ella hubiese aceptado aquella cita, de modo que contaba los minutos para ir al encuentro de Luciana. Ahorré cuanto pude, compré buena ropa y me puse en forma, reuní una buena suma para invitarla a cenar, a tomar unos tragos o a bailar por ahí. Ahora mismo estoy aquí en el restaurant esperándola, por sus puertas entran clientes conocidos y desconocidos, entre ellos una mujer nerviosa que se sienta sola frente a una mesa situada en una de las esquinas del local, desde donde me mira nerviosamente y me contagia a mí sus nervios, pues fija en mí su mirada de una manera terminante. Ahora enciende un cigarrillo y sin dejar de mirarme lo aspira largamente, despide el humo en volutas, sorbe un poco de café y finalmente se decide a levantarse y venir hacia mí.

Su presencia me perturba. Ni siquiera me permite indicarle que no puede sentarse, que no es invitada a mi mesa.

De inmediato toma mi mano y con un gesto patético me comunica su desasosiego. Suelto su mano y le dirijo una mirada casi nociva, un gesto amenazante, pero la mujer insiste y vuelve a tomar mi mano apretándola y luego se viene en lágrimas, gimiendo sin parar. Lo siento mucho, señora, yo no la conozco, tiene que retirarse, no puede estar aquí, estoy esperando a alguien, debe marcharse inmediatamente. Pero la mujer continúa gimiendo y yo me levanto. Ella deja de sollozar por un instante, levanta el rostro y me dice, José Gabriel, su madre ha muerto, acaba de fallecer hace media hora en su departamento, creo que debe saberlo. La noticia me deja estupefacto, no puedo creer que sepa mi nombre, no sé qué hacer o responder, el corazón se agita, la cabeza me va a estallar, mi pulso se acelera y ella dice que lo siente, que ya ha cumplido con su misión y debe irse. Espere, le digo, ¿por qué le afecta tanto esto?, es la primera vez que la veo a usted en toda mi vida. Perdóname José Gabriel, pero debo decirte la verdad: soy hermana tuya, me llamo Ana María y hasta ahora no te había visto; soy hermana bastarda fuera del matrimonio.

Lo que me faltaba ahora, protagonizar una telenovela, pienso, y le pregunto el nombre de mi madre para descubrir la impostura, pero me dice el nombre de mi madre, Josefina. Me dice su edad, setenta y cinco, y la dirección del edificio donde vive mi madre en San Bernardino. Entonces rompo en llanto y le digo a Ana María que aguarde un rato, estoy esperando a alguien importante, pensando de una vez presentarle mis disculpas a Luciana, que se halla ciertamente retrasada para la cita. Son exactamente las 4:23 minutos de la tarde y la cita estaba prevista para las 4 en punto. Hago tiempo, le pregunto a la desconocida que dice ser mi hermana cómo ha muerto mi madre y me dice que la han asesinado de un golpe en la cabeza. ¿Quién querría asesinar a mi madre y por qué? No tenía enemigos, que yo sepa. Me avergüenza tener

que hacer tiempo con estas preguntas tontas, y además llorando. Quien dice ser mi hermana está avergonzada por mi reacción. Entonces debe usted haber llamado ya a la policía, le reclamo. Ya lo he hecho, me dice Ana María, la policía está en el departamento y exige verlo a usted, y justo en el momento en que vamos a salir, entra por la puerta Luciana, la mujer de mi vida, que al verme con otra se llena de vergüenza, y sin darme tiempo a explicaciones se devuelve y sale a toda prisa. Intento detenerla, debo correr para alcanzarla. Una cuadra más adelante logro asirla de una mano. Me haces daño, me dice, déjame que te explique, le digo, no hay nada qué explicar aquí, exclama, han asesinado a mi madre, le recalco, ella se paraliza por un momento, y esa mujer quién es, inquiere, dice ser mi hermana, le respondo, nunca la había visto. Pero cómo puedes creer esa patraña, me explica. Esa mujer asesinó a tu madre, eso es lo más probable, y ahora intenta hacer lo mismo contigo. Dudo de ambas. Corro inmediatamente al departamento de mi madre. Voy por el auto que guardo en el estacionamiento cercano; lo tomo y atravieso raudo avenidas y calles hasta llegar al edificio, subo por el ascensor y toco a la puerta del departamento donde están los agentes de policía revisando todo, pero donde brilla por su ausencia el cuerpo de mi madre. El inspector de policía me pregunta dónde la pueden haber llevado, quiénes eran los enemigos, los posibles móviles, actitudes sospechosas, etcétera. Yo caigo desgonzado sobre un mueble y me echo a llorar como un niño, mis gemidos rompen el silencio, se deslizan por los muebles, trepan por las paredes, se internan por las habitaciones del departamento donde mi madre vivía sola desde la muerte de mi padre, y luego desde la muerte de mi hermana mayor. Por cierto, de dónde sacó Ana María que a mi madre la habían matado de un golpe en la cabeza. Sí, me digo, ella fue seguramente la culpable, ahora lo que

falta es saber dónde demonios habrá metido el cadáver. Le comento al detective el detalle y la sospecha de mi supuesta hermana Ana María y mis sospechas de que ella puede ser una de las culpables o al menos está implicada en el asunto, y el detective me dice que él no ha visto a nadie con esas características de Ana María por ahí; le explico que hace un par de horas encontré a esa mujer en un restaurante, volvemos rápido ahí y solo vemos a Luciana sola, hojeando una revista y tomando un café y le digo hola Luciana, qué tal, quiero que conozcas al detective que está averiguando la muerte de mi madre. Oiga señor, creo que está equivocado, yo no sé quién es usted, y mucho menos su madre, no me llamo Luciana y no tengo idea de lo que me está hablando, de modo que le voy a pedir ahora mismo que se retire de aquí. Quiere decir que no conoce a esta persona, se dirige al teniente de policía, no señor, no lo conozco, ahora si me lo permiten déjenme sola porque estoy esperando a alguien y no quiero ninguna interrupción cuando llegue. El detective me toma del brazo y pide disculpas a la señora que yo pensaba era Luciana. Yo la miro lleno de impotencia, es una maldita mentirosa y no puedo creer que me esté haciendo todo esto a mí en mi propia cara. Pido un trago de ron y me lo lanzo a la garganta de un solo jalón. El alcohol me marea, me turba pero me conforta. Tenemos que volver a la escena del crimen, me dice el detective. Diciendo esto él, yo miro hacia la puerta del local y descubro que ahí viene haciendo entrada mi madre, viene acompañada de mi hermana Ana María. Ambas pasan de largo sin advertirnos y se sientan al lado de Luciana, están hablando las tres de lo más animadas, no lo puedo creer, tomo otro trago, saco un cigarrillo del paquete y cuando voy a encenderlo descubro que no hay ningún detective a mi lado, el comedor está enteramente vacío, excepto por las mujeres situadas a la mesa que ahora hablan, pero de las cuales no

puedo oír ni un ápice de conversación, ni siquiera una mínima palabra, sus figuras se van desdibujando y borrándose hasta desaparecer.

Entonces me dirijo a la mesa y me siento ahí tranquilamente.

A esperar.

Poesía

Primero, poesía está sentada a mi lado como una presencia real. Puedo sentir su cuerpo, aunque no verla claramente; de hecho, su rostro es lo más difícil de advertir en ella. Cada vez que volteo para verla, ella vuelve la cara hacia otra parte. Lleva ropas holgadas, no suntuosas aunque tampoco humildes, de un color azul pálido. Intento tomar su mano y apenas la rozo, poesía entra en mi mano derecha apoderándose de mis poros, va subiendo por mi brazo, espalda y pecho hasta causarme un efecto reparador en todo el cuerpo. Después el efecto pasa de ser corporal y se traslada al ánimo: poesía ha cumplido una vez más conmigo mejorando la percepción de las cosas, abriendo así mis ojos y potenciando mi olfato; mis oídos se aguzan hasta percibir los sonidos que aguardan dentro del silencio, y desde el silencio se abre una nueva forma de cercanía, y yo permanezco sumido en una especie de regazo donde me bamboleo a mis anchas, con la ayuda de la brisa vespertina que mueve las hojas de los árboles, y los árboles también se muestran formando parte de esta condición peculiar, elevada

diría yo, de formar parte de la naturaleza, y esa misma naturaleza me habla con un lenguaje distinto, que es el de poesía, y no exclusivo mío, sino una lengua que revuelve también una serie de sonidos que hacen parejas, viajan apareados en armonía a través de mis oídos y entran a mi alma convertidos en gotas que suenan cada una de ellas distinto al caer, incluso al formarse como gotas.

Voy andando por la calle y poesía forma parte de mi andar; escribo una carta y ella fluye de mi pluma; beso a mi novia y sus labios me reciben con un entusiasmo dichoso. Al hacer el amor con ella mis poros explotan en mi cuerpo como una celebración extasiada. Poesía está haciendo de las suyas y debo aprovecharla porque esto no durará mucho tiempo, le digo a mi amada.

Antes de dormir me pongo a hojear libros donde ella campea o deja sus señas; y me pongo a leer hermosos versos o a decirlos en voz alta; sus autores están sumidos en ella tanto como yo, diría que se ahogan voluntariamente en cada sílaba, en cada frase, y yo al pronunciarlas las hago completamente mías. De alguna manera me siento un ser universal, un ente cósmico que por momentos se torna inmortal. Al tocar tierra después de un breve pero intenso viaje por el espacio, sigo considerando los dones de poesía, que son a menudo efímeros y no pueden contarse o medirse; son como entes o insectos frágiles parecidos a abejas o mariposas, que solo pueden contemplarse o compartirse con los ojos. Me voy adecuando a sus sopores benignos, sus efluvios fugitivos me van abandonando y me despido de ellos con una marcada tristeza que para ella es el mejor signo de su verdad y también de la verdad de mi sentimiento. Todo ello lo atisbo desde un atardecer que muestra un notable crepúsculo donde las nubes arreboladas viajan en un fondo naranja se deshilachan en fondos de color índigo y turquesas y las titilantes luces de las barcas y buques lejanos.

Poco a poco el día se va hundiendo en el horizonte mientras poesía tiende sus dedos violáceos sobre el cielo, y vuelvo a experimentar un sentimiento de *saudade* que me impulsa a beber un vino de oporto y a fumarme un cigarrillo mientras camino por la arena de la playa, deslizo mis pies descalzos en las últimas espumas de las olas que danzan en su resaca infinita.

Cuando la noche ya es la dueña absoluta de todo, poesía insiste en acompañarme mientras ceno, y luego, cuando me voy a la cama, ella aún existe en forma de susurros; al abrigarme con mi manto en la cama siento que anda por ahí de puntillas, y al cerrar los ojos para entrar en el sueño, me envía mensajes cifrados que no logro comprender.

Nadando ya por mis laberintos órficos, me atrevo a decir que poesía ha tomado una nueva forma de expresarse aún más inextricable, que jamás puede interpretarse con la razón; aquí razón y poesía parecen antagónicas, pero esto no puedo asegurarlo. Luchan arduamente en las aguas de mi sueño, pero ninguna de las dos logra imponerse.

Al abrir los ojos, poesía me ha abandonado, y en todo el día no he hecho sino acordarme de ella. Solo espero que ese recuerdo no se borre de mí demasiado pronto.

Los niños

A mis nietas María Auxiliadora, Alma y Victoria
A mi nieto Emiliano

Los niños y las niñas juegan en el patio, corren, ríen, gritan su alegría a los cuatro vientos. Elevan cometas azules, salen corriendo y se internan por los corredores del jardín jugando a las escondidas. Con picardía, los niños se acercan a las niñas para mirar sus sonrisas, sus bucles, sus vestidos, sus palabras de niñas que no pueden descifrar del todo, como ellas tampoco las de los varones; ellas sostienen en sus manos muñecas o flores, golosinas o almendras, y los niños elevan sus cometas y sueltan yoyos, aviones o carritos, o se llenan de tierra las manos al jugar a las metras. Avanzan en círculo por el patio riendo entre ellos; las niñas cantan canciones, saltan la cuerda y se mecen en los columpios, se deslizan tobogán abajo dando asustadizos gritos de placer. Dos niñas hablan entre ellas. Una dice: «Vamos a jugar a que somos grandes y tenemos una casa en las nubes y por la mañana vamos a pintarlas de colores en los bordes; después iremos a pasear entre una lluvia de caramelos y trocitos de chocolate; los recogeremos y nos sentaremos a comerlos al borde de la ribera del cielo por donde cruzan las aves y dejan pedazos

de ala flotando en el aire, un aire que se vuelve viento fresco para acariciar nuestros rostros», dice la niña, y el niño toma de nuevo su mano y entran a un bosquecillo donde vuelan pájaros y palomas, turpiales, canarios y tórtolas que circulan por los claros del bosque; luego ellos también se vuelven pájaros y levantan el vuelo. Atraviesan el firmamento asidos de la mano hasta que se detienen a mirar hacia abajo y observan las calles, edificios y plazas, árboles, ríos corriendo bajo los puentes, pueblos junto al mar.

Los niños ven todo esto con ojos absortos y comparten su asombro inocente entre ellos mismos, ascienden y descienden con miradas que arrebatan un trozo de paisaje a las geografías que miran. De pronto, un niño le dice a una niña:

—Vamos a jugar que tú eres un cielo y yo soy una nube.

Y la niña le responde:

—No. Mejor jugamos a que tú eres el cielo y yo soy una nube.

El niño cavila un momento y luego acepta. Le parece bien. A él le queda mejor el papel de cielo. Entonces la niña se empina y comienza a pasar a través de él con tanta suavidad y dulzura que él se conmueve con esa alegría, y toma tres suspiros con su mano derecha y se los lanza a la niña nube. Luego ambos descienden de las alturas lentamente, para ir a jugar con el resto de los niños. Abajo, los demás niños y niñas los aguardan para jugar con ellos. Uno de ellos le dice al otro:

—Vamos a jugar a que yo soy un príncipe que puede dar saltos de país en país y de comarca en comarca para alojarme en grandes castillos, y que tú eres el dueño de esos castillos y me recibes en ellos.

—Sí, me parece bien, adivinaste. Siempre me ha gustado ser dueño de grandes castillos. Te espero entonces en mi primer castillo encantado, aquel que está al lado del lago donde navegan los patos anaranjados.

—Sí, me gusta mucho ese castillo, porque también está poblado de hadas y de espadachines, de payasos, enanos y abuelos que hacen piruetas locas para hacernos reír.

De repente una niña pelirroja oye la conversación, se acerca y dice:

—Yo también quiero jugar con ustedes cerca de ese lago, porque me gustan los patos anaranjados y los conejos color violeta, y también me gustan mucho los abuelos divertidos que hacen chistes y bromas y narran cuentos absurdos a las niñas.

—Sí, yo seré el príncipe espadachín que pelea por la niña pelirroja —dice el segundo niño. Y el primer niño dice:

—Yo también defenderé a todas las niñas de los peligrosos rayos que surgen de las tormentas, de los truenos que retumban en el cielo, y también las defenderé de todos los desastres que puedan destruir el mundo.

Mientras dicen esto, los demás niños corretean y saltan yendo hacia un lago del parque en cuyo centro hay una casa roja donde venden bocadillos de queso y jamón tierno, tortas de chocolate, bizcochos de fresa y algodones de azúcar que se evaporan en la boca, como suspiros de ángel.

Se les unen otros niños que van cantando tonadas, baladas embrujadas que hablan de países donde hasta las mariposas pueden hablar.

—¿Y tú has hablado con las mariposas?

—Sí —responde el niño—. Anteayer hablé con una legión de mariposas amarillas que salieron de la copa de un árbol florecido.

—¿Y qué te dijeron?

—Me dijeron que los niños buenos como nosotros nos merecíamos estas vacaciones, porque hemos obedecido a nuestros padres. Por eso ellos nos hacen esta fiesta y nos invitan a jugar en este jardín.

—Sí, tienes razón.

Los niños montan en ponis; otros en bicicleta, triciclo o patines y pasean por los vericuetos del jardín. Las niñas juegan con muñecas rubias o morenas, las visten y acicalan y les dan teteros de leche condensada. Les cocinan pequeñas tartas achocolatadas que quedan regadas por todas partes, y son un maravilloso desastre.

Los niños han construido una casa entre las gruesas ramas de un árbol, donde han venido a comer los pájaros. Los niños les colocan en las ramas trozos de guayaba, mango, mandarina, y los pájaros acuden a picotearlas y luego alzan sus piquitos y cantan melodías que alebrestan el corazón de todos. Empieza entonces a lloviznar y salen de los matorrales del jardín ranas verdes, sapos gordos, iguanas y lagartijas. Cuando la llovizna cesa aparecen las hormigas voladoras, las abejas y las avispas zumban en el aire haciendo ruidos graciosos. Un poco más allá, en un árbol más grande, han comenzado a llegar arrendajos, turpiales, canarios, ruiseñores y cardenalitos a adornar con sus plumas y sus livianos cuerpos las copas de los árboles, y también donan raciones de felicidad al corazón de cada niño. Las flores de cayena roja se doblan de costado para encontrarse con las cayenas rosadas, y estas se doblan para tratar de encontrarse con las amarillas.

—¡Miren! —dice una niña—. ¡Esas cayenas están enamoradas!

Cuando la niña advierte esto, los demás niños comienzan a enamorarse entre ellos y a cantar baladas, tonadas tristes que causan alegría y canciones alegres que luego producen tristeza. La leve tristeza de estos también es hermosa, muy parecida a aquella tarde en el jardín.

En los alrededores de los jardines habitan los espíritus malos y los espíritus buenos; ellos vagan por el aire y se introducen en todas partes, en las hojas y ramas, en las casas y calles, en el aire y hasta en el pensamiento de las personas

si se lo permiten; pueden apoderarse de las almas débiles y de las almas fuertes, de las almas puras y de las impuras de acuerdo al grado de debilidad o fortaleza de cada una. Las de los niños son especialmente fuertes a veces, pero los espíritus pueden apoderarse de cualquier cosa de acuerdo al alma de cada quien, y esas almas se vienen construyendo desde hace siglos, atravesando las edades, desde aquel lejano día en que las primeras ranas sagradas presenciaron el diluvio. Los niños no saben nada de esto, pues sus almas, aunque buenas, no saben que lo son (en cada cuerpo habitan el mal y el bien simultáneamente, y esto tampoco lo saben), de modo que estos espíritus permanecen alertas ante cualquier debilidad humana, aun cuando no han podido penetrar en el jardín de aquella casa. Tampoco saben los niños que sus almas están custodiadas de antemano por los espíritus de los santos, los poetas, los filósofos y los guerreros nobles, y que todas las batallas justas que se han librado en la historia han acaecido por ellos, han estado destinadas a proteger su inocencia, más allá de la voluntad de los padres que los engendran o crían. De esto tampoco tienen plena conciencia los padres, aunque a veces puedan intuirlo o preverlo, pues ciertas costumbres perversas de la sociedad intentan borrar la dignidad infantil que habita en los mayores, olvidando casi por completo que algún día fueron pequeños.

De pronto la voz de una mujer adulta, la madre de una de las niñas y dueña de la casa donde se celebra la fiesta, los llama para que entren a comer y luego, después de charlar un rato con sus padres, vayan a dormir, pues ya se ha hecho de noche, hace frío y parece que va a llover otra vez.

Los niños miran el cielo y despiden al sol mirándolo de reojo. Algunas gotitas de rocío caen sobre sus frentes y mejillas. Todos ven que el sol se está despidiendo por allá lejos detrás del horizonte, emitiendo destellos naranja que colorean

las nubes. También descubren que en el otro extremo del cielo la cara tímida de la luna empieza a asomarse; una luna tornasolada, entre turquesa y verde, parece sonreírles de manera distinta. Cerca de ella Venus, lucero de la tarde, empieza a emitir rayos azulados que los niños miran con alegría: los destellos caen en los ojos de ellos para que vayan a dormir profundamente, a soñar toda la noche con jardines y países imposibles, a veces tan hermosos como aquellos que ellos han visto en ese jardín a donde han sido invitados.

—Los niños se han portado bien hoy —dice el padre a la madre.

Es el matrimonio anfitrión de aquel encuentro para premiar a los niños por su buen comportamiento y para celebrar el cumpleaños de su hijo, uno de los pequeños que ahora miran el sol y la luna.

—Sí, se han portado muy bien esos muchachos —dice el hombre—. Se veían tan contentos, nunca los había visto tan felices como hoy. Ni siquiera han querido ver televisión, ni jugar a policías y ladrones, ni a los vaqueros e indios, utilizando pistolas o flechas.

—Sí, mi amor, yo también pienso lo mismo —dijo la mujer.

—Creo que le hemos ofrecido un bonito día a todos.

—Vamos a acompañarlos a la cama y a contarles unos cuentos para dormir, ¿te parece?

—No lo creo necesario, mi amor —responde la mujer—. Creo que ellos se irán a dormir sin necesidad de contarles un cuento.

—Entonces démosles la bendición y un beso en la frente a cada uno.

La pareja de anfitriones se acerca a ellos cuando ya están metidos en sus camas y les dicen:

—Se han portado muy bien hoy, niños, que Dios les bendiga siempre —dijo el padre.

—Que dios les cuide, niños bellos y buenos —dijo la madre.

Entonces los niños cerraron los ojos… y soñaron.

Teorías sobre Dios

Dios existe, pero no sabemos cómo es, qué aspecto tiene. Dios existe, pero no sabemos cómo existe, cómo se comporta, dónde está y quién le acompaña a tomar sus decisiones, o si está completamente solo cuando las toma. Dios existe, pero no sabemos hasta cuándo, si él inventó el tiempo o es hijo del tiempo. Dios existe, pero no sabemos cuánto espacio ocupa, si es inmenso o es tan pequeño que no le vemos. Dios existe, pero existe de modo distinto para cada religión, para cada tradición y para cada uno de nosotros en particular. Dios existe, pero no sabemos si solo está ahí para probarnos con su inteligencia cruel que seamos más despiertos. Dios existe, pero no sabemos si nos va a revelar sus secretos una vez hayamos dejado este mundo. Dios existe, pero no sabemos por qué decidió crearnos y hasta cuándo nos permitirá estar aquí. Dios existe, pero no sabemos si nos permitirá conocer lo que hay en otros planetas u otras galaxias, o quizá estemos en una galaxia desconocida para ser imaginados por habitantes de otros planetas. Dios existe, pero no sabemos casi nada de

él, excepto por algunos libros o algunas versiones imaginarias o inspiradas que nos hablan de una sabiduría difícil de alcanzar, una sabiduría que nunca está completa.

En conclusión, si es que pudiera haber una conclusión acerca de Dios, seguimos sabiendo poco acerca de Él, por aquello que nos hace afirmar que no sabemos, lo cual no nos permite aproximarnos a ninguna conclusión pues ni siquiera sabemos si es Él o Ella, o si es un Él-Ella que desintegra su identidad hasta perder el sexo y dejarlo indefinido o fundido en uno, sumergido en una indefinición permanente que nos lleva a hacernos preguntas acerca de dónde está sembrado: preguntas sin respuesta, respuestas que no requieren de interrogaciones o afirmaciones, de negaciones, ni de sus contrarios o semejanzas, lo cual nos induce a dudar firmemente, al final de todos los razonamientos, que poco importa si existe o si su existencia es relevante en el momento de escribir ese vocablo monosílabo que pretende contenerlo todo, y al fin no contiene ni siquiera un concepto incompleto de la Nada, porque la Nada no es Dios, ni Dios puede ser la Nada, aunque ambos existan como palabras, como Verbo, como Principio que según libros sagrados como la Biblia y otros, estaban en el inicio de todo, allá en el Génesis de los génesis.

Paseo por el camposanto

Salí del sarcófago apenas pude y me puse a caminar por las veredas del cementerio. Era un domingo claro y me sentía muy bien saludando a los personajes que habitaban en sus moradas horizontales. Se oía el cantar de algunos pájaros y el chillar de las cigarras; un gato amaríllenlo cruzó raudo frente a mí y me preocupó no fuera a traerme mala suerte; todo lo contrario, fue de buen augurio, porque una mujer de luto, muy elegante, me hizo una seña buscando compañía y yo la seguí por una de las zonas verdes del camposanto; se detuvo en una esquina, se quitó las gafas negras y me guiñó un ojo con picardía. Nos sentamos en un banco y pude apreciar su bello rostro y sus lindas piernas: me ofreció un cigarrillo, que yo acepté, pero al comenzar a fumar empezamos a volvernos transparentes y cada uno trató de volver a su respectiva morada antes de que fuera demasiado tarde. Ya había recorrido un largo trecho, y aproveché esa mentira para salir de ahí y dirigirme al mundo real, pero mi sorpresa fue enorme al cobrar conciencia de que el mundo exterior

tenía menos vida que el del cementerio. Las gentes iban metidas en una suerte de escafandras con tubos que salían de aquellos extraños cascos hacia otras partes del cuerpo; ya no había autos ni ruido de coches, solo se veían transeúntes adormecidos o asustados llevando aquellos cascos a manera de globos transparentes: los veía desde los pequeños bosques cercados que me separaban de aquellas calles, casas, establecimientos y edificios tan tranquilos donde casi no había ruidos ni voces; la gente casi no hablaba, seguían de largo sin saludarse siquiera. Hacia el extremo de la calle salía de la iglesia un niño con su padre y su madre; venían bien vestidos y enmudecidos, y de pronto el niño se despegó de ellos y echó a correr avenida abajo y los padres siguieron tras él muy conturbados, gritando frases entrecortadas.

El día comenzó a nublarse pero no hacía frío. Yo disfrutaba de un cierto calor reconfortante. Me concentré entonces en los árboles del cementerio, tratando de oír o ver más pájaros, pero no logré divisarlos; en cambio, algunas pequeñas mariposas surcaron el aire y yo me sentí mejor. Otros compañeros iban saliendo de sus sarcófagos y se juntaban para pasear, manejar bicicleta o charlar sentados en los bancos o la grama del parque, en una lengua casi inaudible. Yo hice lo mismo: me senté en un banco a mirar los pocos rayos de sol que aún se filtraban entre las ramas y las copas de los árboles, constatando que el día se había terminado muy pronto y posiblemente tendría que regresar de nuevo al sarcófago. Pero la mujer de luto apareció otra vez y me dio esperanzas. Esta vez venía acompañada de una mujer vestida de rojo, una mujer muy esbelta y sensual que caminaba bamboleando el cuerpo. Se detuvieron a poca distancia y quise abordarlas, pero cuando estaba a punto de hablarles corrieron a esconderse detrás de un mausoleo muy suntuoso ubicado cerca de unos pinos. Después vi algo extraño: un perro y un gato

paseaban juntos y sentí que hablaban mi propio idioma, intercambiaban susurros y se relamían los cuerpos el uno al otro. Esto me excitó y me llevó a seguir la pista de la mujer de rojo y la mujer de negro, para ver cuál de las dos se decidía. La mujer de rojo vino de un lado y la mujer de negro del otro y me agarraron cada una de un brazo hasta conducirme cerca de una tumba nueva. Les dije que ya tenía tumba propia y ellas rieron. No se burlaban; simplemente retozaban por mi respuesta. La mujer de negro comenzó a desnudarse y la mujer de rojo comenzó a bailar en torno a la mujer desnuda, cuyo cuerpo blanco y maravilloso ejecutaba unas piruetas muy graciosas; luego, la de rojo también se desnudó y se subió a la rama de un árbol con una agilidad sorprendente. Tomó un fruto amarillo, un mango, creo, o una naranja, no pude ver bien, pero no lo mordió, sino que lo mostró en su mano derecha por un rato, como un símbolo, hasta quedar paralizada, como congelada en un gesto de éxtasis en la rama de aquel árbol. Luego la mujer de negro comenzó a danzar, dio un salto y cayó en su sarcófago, petrificada.

Yo seguí mi camino por la avenida principal de aquel cementerio, que no pensaba abandonar nunca. Preferí seguir los pasos del gato y el perro, que continuaban en su enamoramiento; después, un pequeño gorrión se detuvo sobre mi cabeza y me regaló un poco de su estimulante excremento, prueba de que aquellos animales venían cruzando las edades desde épocas arcaicas, cuando eran monstruos antediluvianos, y ahora estaban reducidos a un tamaño y agilidad perfectos, prueba de que todo iba a destruirse pronto y a resucitar algún día de sus cenizas. Quedé complacido por esto y por su canto, casi feliz, esto demostraba que el mundo del cementerio estaba mucho más vivo que el de la ciudad, y que en adelante ya no tendría tantas preocupaciones para sobrevivir o pensar sobre otros universos de posible

trascendencia. Me encontraba al fin conmigo mismo y con mi destino, y las posibles preguntas sobre mi existencia estaban casi todas respondidas.

El argumento

No podía dormir. Ni de noche ni de día podía conciliar el sueño; de día hacía mis diligencias habituales, cumplía con mi rutina de asearme, vestirme, comer, ir y venir por la ciudad haciendo esto o lo otro, leer el periódico, saludar a los vecinos y algunos conocidos, acariciar al gato, llamar por teléfono a mi novia dándole excusas para no verla, para poderme concentrar en aquel encargo que nunca acaecía.

Buscaba sin suerte el nuevo argumento para la historia que debía escribir. Ya había adquirido el compromiso con la editorial y recibido un pago por adelantado que me obligaba a entregar por lo menos un avance de la obra que había prometido, pero no encontraba una buena historia, ni encontraba la manera de narrarla, de exponerla al interés del lector. Estoy convencido de que si los lectores no leen más narraciones es porque los escritores no sabemos exponerlas, no les imprimimos el suficiente encanto para que ellos se muestren cautivados, nadando como están en un mar de informaciones banales, un océano de mensajes manipulados transmitidos

por todos los medios posibles. Sin embargo, los libros dan aún la batalla contra los medios audiovisuales, la música y el espectáculo, formas ruidosas y superficiales de comunicación que no poseen ni la mitad de la delicadeza ni la eficiencia de la palabra escrita.

Doy vueltas por el estudio. Me siento frente al computador o frente al cuaderno en blanco y nada surge, porque no hay ninguna motivación profunda. Mi mente está menguada, ahíta de ideas raídas; mi cuerpo ha vivido en exceso, mi memoria no quiere ni puede recordar nada importante. Después del nacimiento de mis nietos y la separación de mi esposa quedé como en un limbo, pensando, leyendo, pero sobre todo escribiendo cosas insignificantes. Acabo de asomarme por la ventana del edificio y miro hacia abajo: ahí está de nuevo mi amigo el librero Juan José, vendiendo revistas y libros usados en el quiosco en la calle. Se pone a hablar con algunos transeúntes: unos adquieren libros, otros simplemente conversan con él. Me interesa saber qué leen y por qué leen. Entonces bajo.

Me siento en un banco cercano al quiosco de libros a oír las razones de por qué tal o cual historia vale la pena ser leída, y me parecen válidas algunas de ellas, aunque no muy convincentes. ¿Por qué yo no puedo conseguir mi argumento si otros lo hicieron? Me acerco más al grupo de lectores asiduos que recorren quioscos y ventas callejeras de libros. Veo llegar a un hombre vestido con gabardina azul oscuro y sombrero del mismo color; viene tosiendo bajo la llovizna, se detiene bajo uno de los aleros del quiosco, enciende un cigarrillo y llama con picardía a Juan José, mi amigo el vendedor, para decirle algo al oído, luego se echa a reír con una sonora carcajada al ver la sorpresa dibujada en el rostro de Juan José, quien le palmea la espalda en señal de aprobación. Me interesa la escena y salgo inmediatamente al ruedo.

Llego hasta el quiosco y le pido a Juan José el periódico de la tarde. El hombre de la gabardina azul termina el cigarrillo, echando la bocanada hacia los libros; entonces puedo ver sus ojos saltones tras los lentes empañados por el vapor de lluvia, su barba hirsuta, sus manos descuidadas, manchadas por la nicotina, su desaliño de días. Tritura la colilla de cigarro contra la acera húmeda y se larga, cubriéndose con un papel periódico. Le pregunto a Juan José quién es el tipo y me lo dice rápido: un escritor fracasado que trabaja en una editorial como corrector de estilo. Se veían muy entusiasmados, le digo, algo se traen entre manos ustedes dos. No, qué va Reinaldo, me dice, solo me estaba comentando que tiene una idea muy buena para un libro y la quiere desarrollar pero no tiene tiempo para eso, además se siente fatigado, está enfermo y encima debe pasar todo el día corrigiendo libros de otros para ganarse la vida.

Siento un fuerte mareo. No resisto la tentación de preguntarle a Juan José a qué argumento se refiere. No me lo dijo el argentino, me dice Juan José. Se lo tiene bien guardado, pero no sabe qué hacer.

Me parece una coincidencia digna de una novela, algo casi increíble, un azar casi monstruoso. Justo el argumento que yo estoy necesitando ahora, quizá. El asunto sería cómo sacárselo, cómo convencerlo a través de mi amigo Juan José. Pero no puedo comentarle a Juan José mi patética historia, mi ridículo drama inverosímil. De modo que debo ser hábil para lograr mi fin. Lo primero que hago es invitar a Juan José a comer en casa. Le llevo a mi confortable departamento y le convido allí unos platillos árabes que he solicitado por teléfono a un restorán. Le agrego unas copas de vino que le aflojan la lengua. Me dice que el argentino, así lo llama, regresará mañana a buscar una información. Sigo inquiriendo. Sirvo más vino para Juan José, más música de jazz, chistes,

cuentos jocosos. No te preocupes, Reinaldo, mañana nos vemos y te lo presento. Despido a Juan José, que se marcha silbando, mareado, por el pasillo hacia el ascensor.

Regreso más tranquilo a mi habitación. Yo también he ingerido vino más de la cuenta, y me acuesto. Logro dormir por primera vez en días; por la mañana mi cabeza está embotada por la resaca. Ingiero agua y pastillas, me ducho con agua fría, desayuno mi acostumbrado sándwich de queso, jugo de naranja y café. Me pongo a pensar cuál pudiera ser el argumento del argentino, empresa absurda e inútil. Me dedico a algo más inútil aún, ver televisión un rato, jugando con el control remoto para mirar fragmentos de películas o noticias, lo mismo de siempre: noticieros, crisis, accidentes, elecciones, declaraciones, foros, bla, bla. El periódico casi lo mismo; mi novia me llama por teléfono, le doy nuevas excusas. Llamo a mi hijo para preguntarle por mi nieto, todo bien, todo bien, por suerte.

Ya se acerca la hora, las cuatro de la tarde. Bajo hacia el quiosco de Juan José. Buenos los vinos de ayer, me dice con picardía, que se repita. Sí claro, Juan José, cuando gustes. El argentino estará por llegar, pienso. De nuevo la llovizna con sus gotas pertinaces, su lengua mínima lamiendo dentro de nosotros; para ella no tenemos respuestas, apenas algunos gestos truncos que nos toman por sorpresa.

Me pongo a garabatear líneas en una libreta. Nada sale, solo frases inconexas, sin sentido alguno. Increíble el marasmo en que me encuentro sumido. El pensamiento se niega a transmitir algo significativo al pulso; el bolígrafo resbala borracho por las líneas del cuaderno. Mi imaginación está como cercada por una malla de pensamientos imbéciles, por una escalada de recuerdos que se muerden unos a otros, como si fuesen animalejos depredadores. Los mismos que probablemente me dejaron en ridículo con la editorial y el público.

Comienzo a fastidiar a Juan José, preguntándole por qué no llega el argentino. Será por la llovizna o el tráfico, no sé, Reinaldo, deja los nervios, no jodas tanto, carajo. Me tranquilizo pero nada, el argentino no llega y yo estoy al borde de un colapso neurótico. El límite de mi paciencia parece llegar a un punto máximo cuando de súbito el argentino aparece en el quiosco disculpándose por llegar tarde, dando no sé qué excusas. Juan José me lo presenta y él apenas repara en mí, tan perturbado se ve. Pretendo entablarle conversación pero él apenas me advierte. Llama a Juan José a un recodo del quiosco y le dice algo al oído. Después se marcha bajo la llovizna. Me quedo tiritando, sin saber qué hacer o decir.

No hay problema, Reinaldo, me consuela mi amigo, nos vamos a su casa dentro de un par de horas, cuando escampe y yo haya vendido más libros. El tiempo, relativo siempre, pasa más lento que otros días, se detiene en las agujas de mi reloj con un peso fantasma, haciendo que cada segundo que avanza en la aguja coincida con la sístole de mi ritmo cardíaco. Transcurren los minutos como pesados lingotes de instantes y el argentino no aparece, qué habrá pasado, se pregunta Juan José, lo llamo por teléfono y no responde, si no vamos a su casa. Sí, a su casa, le digo yo, qué buena idea. Juan José cierra el quiosco y nos dirigimos a su dirección, mientras me pregunta por qué estoy tan ansioso, a qué se debe tanto nervio, y yo no sé qué contestarle en ese momento, de modo que decido decirle la verdad. Voy a pagarle por su argumento, le respondo, si él no tiene tiempo para desarrollarlo, eso es lo que me sobra a mí, me vende la idea y listo, así salimos ganando los dos, yo veo cómo la trabajo, pues estoy en una época difícil, créemelo, ya no soy el mismo escritor de antes que vendía novelas a granel, los años no pasan en vano, amigo mío. Buena idea, Reinaldo, buena idea, yo creo que eso es posible, entonces démonos prisa.

Tomamos un taxi que nos llevó al lugar, después de atravesar un tráfico terrible. Llegamos a la puerta de un viejo edificio, a la que nos cansamos de tocar. Por fin abre una señora mal encarada y nos pregunta qué queremos. Efraín el argentino, pregunta Juan José, y la señora nos dice acaba de salir, iba muy agitado, y decidimos entonces dirigirnos a la imprenta donde trabaja.

Tomamos otro taxi para que nos llevara allá, casi al otro extremo de la ciudad. Mientras íbamos en el taxi el chofer nos puso una conversación insoportable sobre política con quejas y más quejas sobre todo, y nosotros rogábamos a Dios llegar pronto a nuestro destino, mientras el conductor se deshacía en improperios contra la humanidad terrestre. Tocaba la corneta del carro haciendo un ruido tremendo en la autopista. Por fin salimos de aquel infierno dejándole el cambio, y al fin estuvimos frente a la imprenta Euclides.

Oye, qué casualidad, le digo, aquí imprimen los libros de una editorial que conozco, justamente es la editorial que publica mis libros. Sí, claro, yo también vengo por aquí a veces a comprar libros viejos en remate para revenderlos en el quiosco. A la oficina de corrección donde laboraba no había llegado el señor Efraín, nos dijeron, tiene días que no viene por aquí y estamos preocupados, ¿ustedes lo conocen?, ¿son sus amigos? Juan José y yo nos quedamos con la boca abierta mirándonos a los ojos. Tuvimos que esperar al día siguiente y luego al otro y al otro, y mi intranquilidad se convirtió en un síndrome peligroso, según me hizo notar Juan José. El argentino Efraín se había convertido en mi obsesión. A tal punto había sustituido la búsqueda del argumento, como si el argumento fuese él mismo. Lo veía en mis noches insomnes con su gabardina azul oscuro, encendiendo su cigarro, mirando hacia los lados como si alguien le persiguiera. Juan José ya estaba bastante preocupado conmigo, me veía ahora como

una amenaza enferma, como un ser agobiante y trastornado, hasta el punto de rechazar mi presencia en el quiosco.

Entonces me dirigí de nuevo a la dirección del argentino y ahí recibí la noticia: lo habían hallado muerto en el cuarto víctima de un infarto, causado al parecer por la ingesta de píldoras con alcohol. Cuando se lo notifiqué a Juan José, me dijo que eso era algo sospechoso. Entramos a su habitación con el pretexto de dar información a la policía, pero en verdad estábamos buscando entre sus cuadernos algunas pistas que nos condujeran al argumento. Vivía solo en aquel departamento descuidado, era de origen judío, músico y periodista, consumidor de grandes cantidades de café, alcohol, tabaco, anfetaminas. Su mujer y su hijo habían desaparecido durante la dictadura de Videla en Argentina. ¿Cuál dijo que era el argumento que iba a trabajar para venderlo a una editorial?, le pregunté a Juan José otra vez sin necesidad, recalcándole que estaba dispuesto a llegar hasta el fondo de todo aquello.

Pasamos por la editorial Euclides, Juan José a comprar libros con precios de oferta y yo a cancelar mi contrato editorial por haber incumplido mi compromiso. Después, Juan José no lograba vender más libros en el quiosco y quebró, cerró el local y se dedicó a vender dulces y chucherías en otra esquina. La editorial me demandó por incumplimiento de contrato y quedé arruinado. Para colmo, me dictaron sentencia de un año de cárcel, donde me preparo a imaginarme o inventar más argumentos o historias, sin presiones editoriales, sino obligándome a extraer mis propias obsesiones: siento, por ejemplo, que al pobre argentino del argumento perdido, a mi amigo Juan José el librero y a mí, alguien nos está escribiendo en este momento.

La réplica

Cuando cruzó la esquina hacia la calle Solano vi su cabeza por un instante, la parte del cuello y el cabello cano, la calva incipiente. Doblé rápido hacia la izquierda, y cuando me asomé para intentar seguirle, ya había desaparecido de mi campo visual. Eché a andar por la calle Solano y me detuve a mirar viejos volúmenes en la vidriera de la librería La Tuna de Oro; luego me senté a tomarme un café y a hojear una revista literaria, fumé un cigarrillo y despedí, lento, el humo por la nariz, sin abrir la boca. Empezó a hacer un calor agradable y pronto apareció el tráfico en la calle, con frenazos y sonidos de bocina y gritos de niños montando bicicleta. Iba detallando la vida en la calle mientras organizaba mis pensamientos para concluir el día y empezar otro, ocupado como estaba en esos días corrigiendo exámenes y realizando mis tutorías de literatura en la Universidad; por otro lado, haciendo diversos trámites administrativos, diligencias bancarias y papeleos.

Saliendo del Banco Central ayer, volví a verlo mientras abordaba un taxi. Cerró rápido la puerta y el auto arrancó sin

que pudiera detallar nada preciso en sus facciones, pero en el movimiento que hizo su cuerpo mientras iba hacia el auto y abría una de sus puertas para montarse, pude precisar en él un gesto familiar que me dejó perplejo, casi paralizado.

Hice mis diligencias más urgentes. Atendí hasta buen término los cursos en la Universidad y las obligaciones con mis estudiantes, asesorándolos sobre sus tesis y orientando sus conocimientos hacia temas específicos (más que en la odiosa labor de corregir exámenes) quedé un poco más libre para descansar, y luego salir con una mujer que me gustaba mucho y tenía tiempo sin invitar. Cristina Sofía se llama. Estuvo de viaje haciendo un doctorado en filosofía. Su belleza y su delicadeza me asombran. La admiro y me atrae, pero todavía no la amo y creo que ella tampoco a mí, pero ahí estamos intentándolo, sin forzar la barra pero adelante, ganando terrenos afectivos e intelectivos.

La vida en la Universidad también puede volverse monótona, pese al buen estatus que brinda; el mundo universitario se cierra sobre sí mismo y se convierte en una aldea autosuficiente, con sus pequeños universos burocráticos y académicos, mientras el de los estudiantes crece por su lado hacia terrenos del sexo, deportes, drogas, diversiones, juergas interminables de fin de semana de donde surgen las historias más extrañas y sórdidas. Se pasa uno el tiempo en cada uno de estos mundos hasta que lo agota y sale asfixiado, pidiendo un poco de aire fresco hacia el mundo real, más allá de todo esto.

Ayer, mientras estaba esperando en el aeropuerto a Cristina Sofía, quien venía de regreso de México, lo volví a ver cargando unas maletas por un andén, y esta vez sí pude precisar más el parecido, razón por la que perdí la concentración necesaria para recibir debidamente a mi novia. Lo seguí un buen trecho por el aeropuerto y caminaba como lo hago yo; mi réplica tenía la misma pisada, el mismo porte, la misma

complexión. La sensación de estar vigilado por alguien que puede ser tú mismo no tiene explicación ni comparación con nada, lo aseguro.

Tomó una escalera mecánica y arrastró la maleta con ruedas hasta un cafetín y ahí se detuvo a tomar una gaseosa; luego le vi, de perfil, alzar una taza de café y no quise acercarme mucho porque no creí soportar el impacto, constatar algo que había venido sospechando desde hacía tiempo, desde que viajé a España el año pasado y lo vi sentado en una plaza en Salamanca. Me coloqué detrás del tronco de un árbol de pino para ver cómo lanzaba granos de maíz a unas palomas que picoteaban en el césped; después vi que abría un libro que parecía una guía de viaje. Llevaba un abrigo, una gorra de cuero marrón y se levantó para tomar hacia abajo, en una calle inclinada que iba a dar a dos plazoletas cerca de unas pequeñas iglesias. Lo seguí a una distancia prudencial, hasta que de improviso él aceleró la marcha y su descenso se hizo tan veloz que le perdí definitivamente en las próximas cuadras. La visión perturbó por completo mi estadía en esa ciudad y estuve varias noches viéndolo en algunos de mis sueños: almorzando con un profesor amigo en un restorán, hablando con mi madre en una tienda o reclinado en un muro hojeando un periódico; en ocasiones confundía estas imágenes con la realidad. Luego, en una visita a Madrid creí verlo, o lo vi —no lo sé bien— en una tasca tomando vino y probando tapas con un grupo de amigos míos. En Roma lo vi sentado en la escalinata de la Plaza de Italia, conversando con una chica en actitud seductora. Siempre andaba vestido con la misma ropa, con chaqueta larga, boina y bufanda de cuadros negros y blancos, y estos detalles me hicieron pensar por primera vez que se trataba de un fantasma y no de un doble, mucho menos de un clon.

Esa tarde en la Plaza de Italia fue la imagen suya más clara que obtuve. Pude ver que se trataba de una persona que tenía

el mismo cuerpo que yo y mi rostro duplicado, pero no conseguí oír su voz. Pude acercarme a una distancia considerable y nunca pareció percatarse de mi presencia, y tampoco quise arriesgarme más.

Desde ese día tuve la certeza de que se trataba de la misma persona, que andaba en distintas partes haciendo cosas similares a las mías, aunque no precisamente tenía el don de la ubicuidad; consideré incluso la posibilidad de que yo fuese el doble suyo, cosa que me llenó de horror y me dejó cavilando acerca de la probable circunstancia de ser yo una creación irreal, un ser soñado o inventado por alguien, una entidad ficticia o novelesca que se encontraba protagonizando la comedia siniestra de algún escritor alucinado o desquiciado, llevando una existencia injustificable o imposibilitada de dejar una huella en la vida de las personas que le rodeaban; incluso, también la vida de estas personas pudiese ser algo inventado, lo cual traspasaría toda mi realidad a la existencia de aquella imagen replicada, empeñada en aparecer en mi camino.

Luego de mi regreso de Europa, y de concluir un curso de verano en literatura francesa del siglo XIX, me costó mucho adaptarme a mi rutina de profesor; empecé a padecer mareos y jaquecas continuas. Es curioso notar cómo la literatura va ganando terreno dentro de nuestra cabeza, cómo personajes a veces se instalan en nuestra memoria de modo insano y cómo ciertos temas fantasmales de la literatura decimonónica se adhieren a los intersticios de nuestra sensibilidad. El tema del doble es uno de ellos, y en verdad nunca llegué a imaginar que algo inventado por la imaginación del hombre pudiera llegar a encarnar en ciertos niveles de nuestra psique. En un momento dado llegué incluso a odiar la literatura y los estudios que venía realizando.

Hube de solicitar un permiso en la Universidad para seguir tratamiento médico, tratamiento que logró establecer en mí

ciertos niveles de raciocinio que me permitieron algún grado de identidad con lo que hacía. A ello se agregan varias diferencias que tuve con Cristina Sofía en nuestra relación, las cuales vinieron luego a procurarme estados depresivos prolongados; me hundía en territorios de letargo o me sumía en zonas de errancia mental donde mis pensamientos y sentimientos vagaban confundidos por espacios ilusorios e interminables. Tuve que ingerir numerosos barbitúricos para compensar las jaquecas, mejorar mi sueño e incrementar mi voluntad. Con los debidos tratamientos logré salir de aquel estado de abulia e inacción e ingresé lentamente en lo que conocemos por normalidad, hasta que pude recuperar mi cátedra universitaria y presentar mi trabajo de ascenso.

Cristina Sofía me consideró y ayudó notablemente en este proceso de recuperación, y mi relación con ella comenzó a tomar un cariz más estable y de mayor dimensión real; comenzamos a salir a cenar, bailar y divertirnos hasta que una noche, luego de una velada extraordinaria, logramos enlazarnos en el generoso abrazo desnudo del amor sexual, que nos trasportó a las regiones del estallido sublime. En los días siguientes fuimos protagonistas de una idílica relación, íbamos juntos a todas partes y disfrutábamos de los mínimos detalles de la vida, como si fuese la primera o última vez en experimentarlos, asombrándonos de las cosas más simples y compartiéndolas por igual en su despliegue irrepetible.

De esos días maravillosos surgió la idea de contraer matrimonio, casarnos legalmente para consumar nuestra unión; sin embargo, antes debíamos solventar varias cuestiones prácticas y profesionales para establecer nuestra relación por completo.

Surgió la lamentable circunstancia de la enfermedad de la madre de Cristina Sofía; luego un hijo mío tuvo un accidente automovilístico que por poco le cuesta la vida, y hube de trasladarme a otra ciudad a atender sus requerimientos médicos

y de salud. La agonía de la madre de Cristina Sofía se extendió por más de ocho meses; mi hijo se recuperó con dificultad al cabo de cinco. Al término de este lapso mi amada y yo atravesamos períodos largos sin vernos, nos comunicábamos solo por teléfono o correo electrónico. Las ocasiones en que acordábamos encontrarnos, en vez de aprovecharlas para nuestro amor, las malgastábamos en detalles de enfermedades, accidentes pueriles, hechos insípidos, médicos, dinero. Luego nuestras vidas fueron recuperando poco a poco el vigor de la pasión recién descubierta, y charlamos con entusiasmo del feliz recomienzo de nuestra relación.

Fue justamente en aquellos días que volví a ver a mi réplica en las calles de la ciudad, de improviso se presentaba en cualquier parte. Mientras más trataba de evitarlo, sus apariciones se hacían más frecuentes, aunque también más breves. Esta vez mi doble andaba en ropa deportiva, fresca, lucía más joven que yo y andaba acompañado de otras personas; primero de un hombre mayor que parecía familiar suyo; después, de una adolescente con todo el aspecto de una prostituta de cabaret; otro día conduciendo un auto acompañado de un hombre elegante, todos desconocidos.

En otra ocasión lo vi cerca de la Universidad, hablando con una de mis estudiantes, lo cual constató su entrada definitiva en mi realidad; ya no podía ser producto de mis desvaríos o delirios especulativos ni una construcción de mi mente febril, sino un ente palpable, pues tuve la oportunidad de constatar la cita con mi réplica el día anterior. Esta comprobación me aterrorizó, pues ya el ente replicado se estaba acercando a mi mundo. Me prometí que la próxima vez que se aproximara a un conocido mío me adelantaría a presentarme, para llevar a cabo la fatal aclaratoria.

Desapareció por varias semanas, en las que pude trabajar mejor, impartir mis clases, ver a mi novia y hasta salir con

amigos o colegas a compartir copas por ahí; me di tiempo para retomar mis lecturas de novelas y cuentos, de escribir mismo unos textos de ficción narrativa no del todo inconvincentes, dotados de un cuidadoso lenguaje y de tramas interesantes, que podrían ser embriones nada desdeñables de trabajos futuros. Me estaba recuperando y las cosas comenzaban a salirme bien, hasta que llegó el día…

Me dirigí a ver a mi novia para decirle la fecha en que pensaba podía celebrarse nuestro matrimonio, cuando noté que ella venía saliendo del edificio y él se le acercaba, llamándola: las piernas me temblaron. Retrocedí y desvié mi rumbo hacia el café de siempre, lugar que me servía de observatorio. Estaba débil y con náuseas; me senté en el lugar habitual del cafetín, mi visión estaba nublada y casi me desmayo cuando vi cruzar la réplica ante mis ojos junto a Cristina Sofía, mientras yo permanecía sentado, haciendo el papel de espía. Se despidió de ella en la esquina con un beso en la mejilla y mi piel se erizó, mi corazón palpitó fuerte, mis orejas se abrasaron y un dolor me subió por el cuello hasta la base del cráneo, acompañado de un sopor compuesto de rencor y miedo. Nunca lo había visto tan de cerca: él era mi cuerpo pero no era yo, es decir, no contenía mi yo dentro de sí y ya se había convertido en mi enemigo. Tenía dos opciones: retarlo para desenmascararlo y luego quitarle la vida, o que él me asesinara a mí; ese podía ser su objetivo último para suplantarme, y ese sentir profundo del odio, aquel rencor implicaba una angustia de proporciones brutales: el desquiciamiento de mi psique era agudo en extremo, mi razón sacó fuerzas de alguna parte para enfrentarse a aquel descalabro neurológico que me hizo terriblemente fuerte unos cuantos días, me proporcionándome energía para maquinar mi plan para vengarme y hacerlo desaparecer, y poder así recuperar mi vida.

Primero hablé con Cristina Sofía y ella me confirmó el «maravilloso día de ayer contigo» como si se tratara de algo memorable;

intenté decirle, sin suerte, que aquel no era yo, explicarle por cualquier medio racional la anomalía profunda que estaba experimentando, poder aclararle aquella situación absurda, pero no encontraba el modo de hacerlo, no tenía suficiente valor, no después de haberme comprometido con ella; y de hacerlo, lo más seguro era que me considerara un desquiciado.

Esperé ver a la réplica para enfrentarla, por lo que aguardé toda una tarde en el acostumbrado café cercano al edificio donde vivía mi prometida. En algún momento debía llegar, bajar de un auto, aparecer en la esquina; iba todos los días y parte de la noche al café, mi conducta estaba comenzando a despertar sospechas entre los mesoneros y el jefe del establecimiento; allí leía, comía, bebía, recibía a mis alumnos. Un día recibí una amonestación de la Facultad, pues debía presentar un justificativo médico para mis ausencias de clase; los amigos del restaurante estaban preocupados y los colegas se preguntaban por mis bruscos cambios de comportamiento. Cristina Sofía no se explicaba —y me lo reclamó— cómo un día yo parecía fresco y jovial y al otro inseguro, débil y titubeante: en verdad, él había ganado terreno y ahora mi venganza tenía más razón de ser. Mi contrincante al fin se presentó, en medio de una tarde nublada, cuando me encontraba más agotado y mis nervios y sentimientos confundidos de tal manera que podían compararse a un ovillo de alambre espinoso rociado de veneno activo o gasolina, una bomba de tiempo a punto de detonar; mi organismo se encontraba minado por el café, el alcohol, el cigarrillo y las anfetaminas. Buscaba analogías con mi circunstancia personal en libros y películas en TV que me parecían complementos forzados de mi descabellada situación, la cual ahora sí se asemejaba a una ficción inverosímil dictada por algún dios miserable, un mandato ineluctable que había caído sobre mí arrastrándome a aquellos límites.

No me fue fácil elaborar el plan. Consideré todas las probabilidades para llevar a cabo mi objetivo, pero finalmente me decidí por el convencional pero efectivo medio del arma de fuego, una pistola que tenía guardada hacia años en el armario, descargada, más bien como un objeto curioso, una Beretta muy bonita de color plomizo brillante y cacha negra que había adquirido en mis tiempos de estudiante y que de vez en cuando sacaba de su funda para limpiarla y tocarla, acariciarla más bien, obedeciendo a mis impulsos de coleccionista enfermizo, alguien que profesa una extraña pasión fetichista por los objetos bien diseñados y fabricados. Mientras miraba la pistola veía también dentro de mí y atisbaba un ser oscuro vencido por el miedo, dando los primeros pasos hacia la locura. Ya no podía hacer nada para detener un impulso que sobrepasaba todo lo vivido anteriormente. Solo tuve que ir a la tienda a hacerme de las balas, que no tuve problema alguno en adquirir. Las llevé a casa y allí las puse dentro del cargador; luego probé el arma hasta que emitió ese sonido crispante del metal pesado, y luego la coloqué de nuevo en su funda hasta el día elegido.

Se detuvo el intruso justo en la esquina de la calle del café cercano al edificio donde habitaba Cristina Sofía y esperó a que escampara antes de cruzar. Me acerqué al cristal del cafetín para verlo mejor sin que él pudiera percatarse de mí y detallé las líneas de su rostro, sus orejas y una cabeza rasurada como la mía, pero era más joven y en su boca se dibujaba un rictus perverso, malévolo, que me llenó de valor y me hizo salir del lugar. Yo llevaba el arma en el bolsillo de mi chaqueta y la saqué para descargarla contra su cuerpo, haciendo tres certeros disparos. Antes de efectuarlos lo miré de frente y vi en sus ojos un fulgor espantoso que me llenó de valor para ejecutar mi objetivo, ahí en plena calle. Él también llevaba un arma y la sacó en el mismo momento en que me vio: ambos

disparamos casi al unísono nuestras tres balas, que dieron cada una certeramente en su blanco respectivo.

Lo vi caer primero. Se palpó el pecho antes, comprobando el flujo de sangre que brotaba. Al instante sentí las balas fatales dentro de mí, pero estas no me impidieron caminar, cruzar la calle para ir al último encuentro con Cristina Sofía, que venía atravesando la avenida en medio del tumulto, abriendo los brazos para encontrarse conmigo.

Los olvidos

—Gracias a Dios que estás de nuevo aquí —le dijo Estela a su esposo Rolando, quien reposaba en la camilla del hospital.

Él la miró un tanto sorprendido, abriendo los ojos a la luz de un día que se colaba entre las persianas de la ventana, proyectando sombras alargadas en la pared blanca de la habitación.

—Sí —contestó Rolando, tiritando de frío—. Dios ha sido bueno conmigo y me ha permitido estar aquí un poco más. Pero igual saldremos pronto de este hospital. Prepara las cosas, mi amor. ¿Ya hiciste la maleta?

Estela procedió a doblar unas cuantas camisas, franelas, pantalones y calcetines; los introdujo en una pequeña maleta junto a cepillos de diente, colonias y otros afeites. Le pasó a Rolando la ropa para vestirse; una camisa manga larga, una chaqueta y zapatos nuevos, ropa para abrigarse del frío. Después de vestirse, ambos salieron de la habitación, tomando un pasillo por donde desfilaban infinidad de pacientes en sillas de ruedas, lisiados en camillas conducidos por enfermeras, médicos portando carpetas. No existía allí un buró de control

atendido por secretarias o asistentes. Al fondo del enorme corredor los esperaba la puerta de salida; se apresuraban en llegar a esta, cuando una doctora los interceptó:

—¿Qué tal amigo Fernández, cómo le fue en la operación?

—Todo ha salido muy bien —respondió Estela por él.

—Tan bien que me han dado de alta esta misma mañana —confirmó él.

—Sí, eso lo sabía —respondió la doctora—. Espero no verlo más por aquí, don Rolando. Ya usted sabe cuáles son las reglas del hospital.

—No es bueno decir cosas tan definitivas —dijo Rolando—. El mundo da muchas vueltas.

—Una vez que salga de aquí no hay regreso posible, usted debería saber eso, señor Fernández. De todos modos, que les vaya bien… Tómense todo con mucha calma, se los recomiendo —dijo ella.

Se despidieron de la doctora y siguieron su camino hacia la puerta. Era una puerta alta y blanca, un portón gigantesco custodiado por un hombre corpulento, de expresión muy calmada, vestido de azul celeste, quien les preguntó de qué parte del hospital venían y que debían mostrarle ahora sus contraseñas. Rolando y Estela no sabían nada de contraseñas hasta ese momento y el hombre corpulento les dijo que debían llevarlas en cualquiera de sus bolsillos. Rolando metió la mano en el bolsillo de su pantalón y palpó allí una tarjeta en la que estaba impreso un código de barra que se activó en cuanto el hombre corpulento la introdujo en una hendidura del gran portón. Estela también llevaba una tarjeta en el bolsillo de su abrigo, que le entregó igualmente al portero para que constatara su identidad. Finalmente, el portero les abrió el gran portón blanco.

Afuera había una luz cegadora que poco a poco se fue disipando hasta dejar ver a la gente, las calles, edificios y algunos

viejos automóviles que circulaban a baja velocidad y con mucho orden, casi sin hacer ruido. Bajaron unas empinadas escaleras y llegaron a una plaza donde hicieron señas para detener un taxi. Era un automóvil negro de modelo antiguo, pero muy bien conservado. El taxista llevaba una gorra, era un hombre delgado de nariz aguileña y grandes cejas. Les preguntó a dónde se dirigían.

Estela y Rolando se miraron entre sí y no supieron qué contestar. Fueron sinceros.

—La verdad es que no lo sabemos con precisión. Dentro de un momento le decimos, señor, discúlpenos usted, vaya ganando tiempo por la avenida.

Rolando miraba a través del vidrio el lerdo movimiento de la ciudad. Nadie tenía prisa; la gente iba con desgano: unos parecían fatigados; otros, desorientados.

Estela bajó la voz dentro del auto para susurrarle a su marido:

—Ahora recuerdo que vendimos la casa para pagar tu operación, Rolando.

Él se quedó absorto, pensando en la certera afirmación de su mujer. Después recordó y dijo:

—Sí, es verdad, ojalá la casa de mi madre estuviera en pie todavía. Pudiéramos ir allá, qué días tan felices…

—No empecemos otra vez, Rolando, con tus ataques de nostalgia, vamos a situarnos en el presente, por favor. Sabes muy bien que tuve que venir aquí desde mi pueblo, cuando mis padres emprendieron su viaje definitivo.

—Sí, estábamos entonces en condiciones parecidas, ¿verdad, mi amor?

—Fue en la misma época en que nos conocimos —afirmó Estela.

—Cuántos años habrán pasado, no lo recuerdo bien… —dijo Rolando.

—No sé, yo tampoco recuerdo ahora —dijo Estela—. Ahora las cosas parecen huir de mi memoria, como si mis recuerdos se fugaran hacia otra parte.

—Sí, es algo muy extraño, a mí también me sucede —dijo Rolando.

—Aunque no siempre fue así. Antes del accidente vivíamos preocupados por ganar tiempo. Pero todo ha cambiado ahora.

—Tuvimos suerte en ese hospital. Buenos médicos, enfermeras atentas, seguridad social eficiente. El Estado se encargó de pagar todo, creo que se han portado bien.

—Sí, es cierto, ¿pero ahora qué vamos a hacer? —interrogó Rolando.

—Tengo apetito, vamos a comernos unas frutas, ¿no te provoca? —propuso ella—. ¿Tenemos dinero? —preguntó Estela.

—Sí, creo que tengo unos billetes por aquí —dijo él, hurgando en uno de sus bolsillos.

—Nos caerían bien unas naranjas dulces a esta hora ¿no te parece? —propuso Estela.

—Sí, buena idea; qué suerte, justo en aquella esquina se ve una frutería. Por favor amigo, —se dirigió el chofer—, deténgase en la próxima esquina. ¿Cuánto le debemos por la carrera?

—Son veinticinco centavos.

—Aquí están, justos… —dijo Rolando—. Tenga.

El taxi negro se alejó. Los automóviles seguían circulando sin hacer ruido. Parecía otoño, el cielo estaba nublado y las hojas caían con lentitud de los árboles, describiendo líneas irregulares, esparciéndose luego por las avenidas, barridas por leves ráfagas de brisa. Casi toda la gente llevaba paraguas o sobretodos para protegerse de la llovizna insistente.

Los establecimientos comerciales estaban casi todos cerrados; podía inferirse que era la hora del almuerzo. Cruzaron la calle, no sin antes cerciorarse de que no venían otros autos o bicicletas: llegaron a la frutería donde las deseadas

naranjas sobresalían con sus cáscaras relucientes, al lado de otras frutas o legumbres; el amarillo intenso destacaba como una luz redonda entre el rojo de los pimientos, el morado de las berenjenas y el verde de las hortalizas. Le entregaron las monedas al frutero y este introdujo las naranjas en una bolsa de papel, que emitió un sonido crocante como si diera breves golpes al aire con sus crujidos secos. Tomados de la mano se dirigieron a un parque cercano donde había pinos, sauces llorones y una grama recién podada recibía la visita de pájaros diminutos y pequeñas mariposas que luego volaban hacia las ramas y se perdían en el apacible verdor.

Estela abrió la bolsa y extrajo las naranjas, le entregó una a Rolando y empezó a quitar la cáscara de la suya con sus uñas casi transparentes, haciendo incisiones en forma de cruz en el perímetro de la esfera frutal; la peló cuidadosamente y puso los trozos de cáscara olorosa dentro de la bolsa de papel; después desprendió los gajos uno a uno para introducirlos en su boca y sorbió el jugo, refrescando su garganta. Rolando vio a Estela hacer esto y luego procedió a consumir su naranja de manera muy distinta, hincando los dedos de su mano derecha en la parte superior de la fruta, sacando la cáscara de manera nerviosa y tirando los trozos a la acera. Después llevó el fruto a la boca y lo mordió directamente, sin desgajarlo, al punto que el jugo chispeó su nariz y se derramó sobre sus labios.

—¡Están dulcitas! —dijo—. ¡Estas naranjas son un almíbar!

—Están deliciosas —dijo Estela, quien en ese instante procedía a introducirse a la boca el último gajo de fruta.

—Ten cuidado de botar la cáscara ahí dentro —dijo, señalando una bolsa de plástico, sin advertir que ya Rolando se había desprendido de ella.

—Estas naranjas son nuestro primer alimento para un nuevo recorrido por el mundo —dijo Estela.

—Sí —dijo Rolando—. Ahora movámonos de aquí, debemos avanzar.

* * *

La nieve comenzó a caer sin detenerse, hasta cubrir las calzadas de la ciudad. Los autos y la gente tenían que desviarse a causa de los montones nevados, de modo que casi todo el mundo permanecía dentro de las casas, en los cafés o los establecimientos, guareciéndose y disfrutando el calor de las estufas eléctricas o a gas. Todos iban tan abrigados que apenas se veían sus siluetas al contraluz turbio de las calles, reflejados en las vidrieras o en los pozos que se formaban en el piso, semejando espejos de agua. Rolando y Estela habían ido hasta una tienda de víveres, donde tomaban calor y solicitaban empleo como dependientes. Estaban dispuestos a hacer cualquier trabajo por un salario mínimo que les permitiera sobrevivir. Ella podía hacer el aseo, enviar recados, cocinar, llevar encargos por la ciudad; él podía redactar oficios, interpretar libros, hacer publicidad y hacer gestiones públicas en oficinas. Se conformarían con una cama para pasar las noches y una comida al día, mientras se organizaban mejor. Así se lo comunicaron a Naser.

—La situación está muy mala —dijo el dueño de la tienda, el viejo Naser, cubriendo su garganta con una bufanda—. No puedo darles empleo ahora. La gente viene poco a la tienda.

—Yo puedo hacerle promoción, una buena publicidad, y ya verá cómo vende más —dijo Rolando—. Soy buen publicista, se lo aseguro. Póngame a prueba, si no le viene la gente con mi publicidad, entonces no me paga —dijo.

El viejo Naser se les quedó observando a ambos con suspicacia; casi tenían la edad suya, denotaban cansancio y fatiga, quizá estaban a punto de ser unos derrotados por la vida.

Les sirvió té de un recipiente, bebieron todos, incluida la anciana Roseta, la mujer de Naser. Cerca había un receptor de radio que dejaba escapar mensajes de voces chillonas, noticias y vagas melodías.

—No los había visto en este pueblo —dijo el viejo Naser—. ¿De dónde vienen? —inquirió.

—Llegamos aquí el año pasado, creo, y nos quedamos por accidente —dijo Estela—. Es una larga historia, que a veces desea borrarse de nuestras memorias, ¿verdad?

—Nuestro auto se dañó en las inmediaciones y tuvimos que pedir auxilio aquí. Así empezó todo, creo —dijo Rolando—. Pero ahora no quiero acordarme de nada.

Terminaron de tomar el té y colocaron las tazas en una mesita redonda que vibraba cada vez que se colocaba un objeto sobre ella. Rolando y Estela se miraron; luego él le extendió unas monedas al dueño de la tienda.

—Vamos a esperar un poco a que escampe para marcharnos —dijo Rolando.

—No importa —dijo Estela—. Tenemos que seguir, para que nos rinda el día.

—Sí, vamos —dijo Rolando, levantándose lentamente de la silla y tomando la mano de su mujer. Se dirigieron a la puerta y la abrieron; una ráfaga de aire helado entró con fuerza al recinto.

—Adiós —dijo Estela.

—Adiós, que tengan suerte —dijo el viejo Naser, tembloroso.

Los vio alejarse tomados de la mano hacia el fondo de la calle; las figuras iban desdibujándose a medida que avanzaban hacia una pequeña redoma donde la niebla arropaba con su denso manto gris los jardines adormecidos que albergaban viejas estatuas, bancos mohosos y personas calladas. Los niños brillaban por su ausencia en aquellos parajes.

Mientras tanto, allá en la tienda el viejo Naser continuaba lavando trastos en la cocina, mientras su mujer Roseta yacía en una cama, aquejada de una dolencia en una pierna.

—¿Ya estás mejor, verdad Roseta? —preguntó Naser.

—Sí, pero todavía me duele —dijo la mujer, palpándose la pantorrilla.

—Te recuperarás pronto, estoy seguro —la consoló Naser—. Ahora voy a encender el televisor para ver las noticias.

—Mejor pon música —dijo la anciana Roseta—, las noticias me enferman.

—Son las mismas noticias de ayer —dijo Naser—. El mismo presidente, la misma hambruna, la misma pobreza, la misma tristeza de siempre. Solo nieve, frío y lluvia, ¡hasta cuándo va a durar esto!

—Y los científicos no pueden hacer nada, según parece —dijo Roseta—. Solo ayer difundieron la noticia del juicio y encarcelamiento del escritor Méndez Amán.

—Sí, pobre escritor, ya lo tenían precisado, él mismo se lo buscó… Por cierto, Roseta, no hemos debido dejar que se fueran Rolando y Estela —dijo el viejo Naser, cambiando el tema de conversación y rascándose la cabeza—. Parecían buenas gentes esos dos. Será mejor que los vayamos a buscar. Pueden ser buena compañía para nosotros, y además de eso tenían ganas de trabajar. Imagínate, tú con esa pierna enferma y yo con mis achaques, pueden sernos de gran ayuda.

—Sí, tienes razón; hombre, ve a buscarlos, yo esperaré aquí. No deben andar lejos, de este perímetro es difícil salir, con lo lento que se está moviendo todo después del cisma climático. El espacio se ha reducido también, pero ellos parecen no saberlo. El Estado lo oculta como puede, pero la gente sabe que ya no se puede esconder lo que está a la vista.

Naser salió en su busca y los trajo de vuelta sin dificultad. No habían podido avanzar ni siquiera tres cuadras. Se habían

acomodado por ahí, en el recodo de una calle mugrienta. Habían intentado cobijarse del mal tiempo en un parque cercano, pero las autoridades impedían a las personas quedarse en plazas o parques.

Estaban sentados otra vez en el interior de la tienda. Naser les dijo que podían quedarse esa noche y al otro día hablarían de la oferta de trabajo. Los hicieron pasar a una habitación contigua, donde les ofrecieron cama. Rolando y Estela se sentaron en la cama, mientras Naser y Roseta permanecieron de pie.

—¿Desde hace cuánto hace que se conocen? —inquirió Naser.

—Ya perdí la noción de las cronologías; quiero decir, ya perdimos el sentido de los días, ni siquiera sé en qué mes estamos, créamelo —dijo Estela.

—Yo tampoco puedo precisarlo, creo que desde hace como veinte años que tengo los mismos sesenta —dijo Rolando.

—Y yo igual, desde hace tiempo siento que tengo los mismos cincuenta y cinco. Eso no lo habíamos hablado desde que salimos del hospital.

—El mismo presidente del Bloque Mundial está ahí desde que tengo memoria, ya estamos cansados de verle la cara a ese señor, alguien debería decirle que renuncie, o hacer de nuevo elecciones, o darle algo para envenenarlo —dijo Naser de modo atrevido.

—Es un pésimo presidente, en verdad, pero igual, si fuera bueno sería lo mismo. Ahora los presidentes ya no importan, ya no hay remedio para nada.

—Ni los mandatarios, ni los científicos, ni los filósofos, nadie puede hacer nada.

—¿Pero por qué no importa? No sé qué quiere decir…

—¿Pero es que acaso no lo saben? —preguntó Naser.

—Tuvimos un accidente —repuso Estela—. Por poco perdemos la vida. Rolando fue el que sufrió más.

—Sí, la única manera de morir es accidentalmente —afirmó Naser.

Luego de esta afirmación de Naser, Estela y Rolando se miraron entre sí, se observaron las manos y luego palparon sus rostros, corriendo juntos a un espejo cercano a observarse.

—No puedo retener bien las cosas —dijo Rolando—. No puedo recordar quiénes éramos antes, Dios mío.

La cara de Rolando se llenó de angustia, de estupor, de miedo.

—Algo debió pasar en el hospital entonces —dijo Naser—. Seguramente les han robado la memoria.

—¡Qué dice! —gritó Estela.

—Sí, para colocársela a otros, a los hijos de los doctores, a gente más joven, a los hijos de los políticos poderosos tal vez —dijo Roseta, imperturbable.

—Ayer mismo el escritor Javier Méndez Amán fue hecho preso por declarar que la única manera de arreglar esto es comenzando a vivir en otro mundo desde el principio, destruyendo todo lo que conocemos por civilización y empezando de cero.

—Quizá tenga razón Méndez Amán —dijo Estela.

—Tal vez sería lo mejor —dijo Rolando.

Naser miró a Roseta y le hizo la seña clave, la seña habitual para comunicarse de inmediato con el Departamento de Policía.

El misterio de Monte Claro

I

No quise creerle a Ana cuando me dijo que la casa estaba embrujada. Le respondí que cosas así ya estaban pasadas de moda y solo se veían en las películas. Ella insistió, con esa manera que tiene de decir las cosas cuando está convencida. Me lo sugirió varias veces y nunca le creí, porque de lejos y a primera vista la casa parecía una casa normal, allí en el barrio de Monte Claro donde estaba situada, en una calle un poco distante de las demás calles de por ahí, un barrio más bien tranquilo de esta pequeña ciudad de Nairamá donde todos hemos aprendido a vivir en estos últimos años, una ciudad pequeña y relativamente sosegada si se la compara con otras. Aquí Ana va a su bufete a ejercer su profesión de abogada, yo a mi clínica a atender mis pacientes, y nuestros niños van a la escuela y han avanzado en sus estudios bastante bien, sin mayores contratiempos. Vivimos en una casa confortable, a Dios gracias no nos falta nada y podemos llevar una existencia digna y sin mayores lujos.

Aquella semana pasamos frente a la mencionada residencia varias veces, cuando veníamos de regreso de hacer mercado, en aquel agosto en que estaban pasando unas vacaciones con nosotros Doris, la hermana de Ana, y su esposo Francisco, que son ambos personas muy joviales y siempre están dispuestos a reunirse para charlar, cocinar, pasear o divertirse, bailar, ir al río o al cine. Vinieron con sus pequeños hijos Claudia y Tito, que hacían compañía a los nuestros, Ramón y Josefina, en aquellas vacaciones que hubieran podido merecer el calificativo de perfectas de no haber sido por la presencia de aquella casa. Tito, que tiene nueve años, está ilusionado con mi hija Josefina, de diez. Por lo demás, es buen compañero de Ramón, de su misma edad, y tienen nuestro permiso para ir en bicicleta por el barrio.

Un día en que veníamos del mercado acompañados de Doris y Francisco pasamos frente a la casa en la calle 22, Ana volvió a mirarla y se detuvo un rato frente a ella. Era de construcción moderna y ostentaba una fachada amarillenta, con unas rejas pintadas de rojo y puertas de madera color caoba de un estilo bastante torpe, lo cual producía un contraste grotesco. Había un porchecito con materos y unas mecedoras y adornos de Navidad, extensiones de luces intermitentes y algunas muñecas de vestidos raídos. Doris llamó la atención sobre el hecho de que era muy extraño que aún estuviesen instalados adornos de navidad en el mes de agosto y que de noche se encendieran luces intermitentes, con el agregado de aquellas muñecas polvorientas con pelucas despeinadas o muñecos calvos a los que se les había caído un ojo o se les habían desprendido brazos, piernas o trozos de vestido. Lo extraño, le dijo Ana a Doris, es que en la casa nunca se veía a nadie y que el porchecito siempre estaba vacío.

Hacía mucho calor y planeamos varias salidas, unas hacia el mar y otras hacia el río. Los muchachos se divertían mucho

en tan fresco ambiente,entre árboles, grandes rocas, pozos cristalinos y pájaros; la brisa se hacía sentir en las copas y ramas de los árboles y luego bajaba y lo encontraba a uno tendido en una hamaca, asando carne o bañándose, y ello hacía que los pensamientos se esparcieran por espacios que pudiéramos llamar «tubos de la cabeza» y salieran otra vez por los ojos, la boca o los oídos.

Luego fuimos unos días a las playas de una provincia cercana, donde nadamos y tomamos sol, trotamos por la playa mientras los muchachos jugaban con otros niños vecinos del lugar, entre chapuzones, paseos en lancha y pescados fritos, con el océano como telón de fondo mostrando su inmensidad, nadamos y disfrutamos del sol. El mar y los ríos siempre están ahí para devolvernos un poco de la antigua frescura que hemos perdido.

Regresamos a Nairamá muy cansados. Dormimos como lirones los primeros dos días, entrando poco a poco en la llamada «realidad cotidiana de la ciudad», la cual a veces consiste en realizar tareas domésticas como arreglar o limpiar objetos, hacer el aseo o el mantenimiento de aparatos. Por la noche, después de refrescarnos, hojeamos el periódico o miramos la televisión, cenamos y luego nos fuimos a la cama a comentar las noticias mientras los muchachos jugueteaban con los perros y gatos del vecindario. Después se dirigieron a sus cuartos a descansar.

El mercado estaba a pocas cuadras de nuestra casa, y la calle más despejada era justamente la número 22, lo cual nos permitía ir y venir a pie.

—¿Ya va a llegar la navidad, papá? —me preguntó mi hija Josefina.

—No, hija, todavía falta mucho.

—¿Entonces por qué esa casa tiene esos adornos?

—No lo sé hija, no lo sé. Vamos, apúrate.

—¡Papi, mira! —gritó Josefina, señalando una de las ventanas de la casa.

—¿Qué, hija?

—¡Allá!

—No veo nada…

—Sí, allá en aquella ventana había una niñita. ¿Tú la conoces?

—No, hija, no la conozco, ahora apúrate.

Ya en la casa, Josefina le comentó el asunto a su tía Doris, y esta le preguntó cómo era la niña. Josefina le dijo que no sabía bien, que le había parecido una niña de cabello rubio trenzado con crinejas, quien se había asomado rápidamente en ese momento. De acuerdo con esto, no teníamos por qué inquietarnos, pues que una niña se asomara por una ventana no tenía nada de excepcional. Sin embargo, algo raro se apoderó de nosotros.

Hay algo en el interior del humano que desea descifrar cosas sin raíz. Lo digo porque comencé a imaginarme cómo era aquella niña en la ventana; también mi mujer se refirió el incidente antes de dormir, hasta el punto de preguntarle a Josefina si estaba segura de haberla visto, a lo que ella contestó:

—¡Pero mamá…! ¿Crees que estoy loca?

Con lo cual mi mujer quedó como clavada al piso, sin poder decir nada más.

Al día siguiente llegaron súbitamente de visita un hermano mío y su familia. Fue muy grato pasar la tarde con ellos, entre anécdotas familiares y comentarios sobre acontecimientos locales. Es increíble cómo los sucesos locales que un día nos parecen importantes, al siguiente mueren, aplastados por nuevos acontecimientos. Declaraciones del gobernador o el presidente, con aparente relevancia, dejan de tenerla para darle paso a otras declaraciones y eventos que alimentan la política de provincia; igual, digo yo, que en todo país donde

presidentes o gobernadores declaran su voluntad de hacer cambios, reformas, revoluciones o lo que sea, entrando en el aluvión de noticias donde accidentes, escándalos, estafas, robos, epidemias, terremotos o golpes de Estado toman la primera página de los diarios por unos cuantos días, y a la siguiente semana son sustituidos por otros similares. Es increíble cómo nos ponemos viejos, nos desgastamos y hasta el tiempo envejece, se convierte en un anciano decrépito y nos vamos disolviendo paulatinamente en medio de chismes, chabacanería, comentarios baladíes y un reciclaje interminable de basura noticiosa. A veces el sentido del mundo o de nuestra vida se diluye en aquel magma de trivialidades y no podemos cotejar nuestros actos ni calibrarlos, no podemos devolver la película de la vida para ver qué hicimos mal o qué hicimos bien, y ahora es imposible resarcirlo. Nuestros empleos en tal o cual empresa o institución se reparten entre una serie de rutinas que al fin van a dar al gran océano del cansancio, el desamor o la traición. Y lo digo, no necesariamente por sentirme un escéptico.

Después que se despidieron mi hermano y su familia (un hombre más próspero que yo, un empresario exitoso con una familia impecable que vive en una casa que es casi una mansión), luego de hacernos prometerles que iríamos pronto a su hermosa residencia a oír música y a tomar buenos tragos, nos quedamos otra vez en casa haciendo tonterías domésticas. Por fortuna, Doris y Francisco son colaboradores y solemos deshacernos de los pequeños desastres que hacemos en la cocina en un abrir y cerrar de ojos.

No sé por qué al otro día sentí una necesidad imperiosa de bajar hacia la casa misteriosa, para comprobar la existencia de aquella niña que según mi hija se había asomado a la ventana. Me escabullí con el pretexto de ir a comprar pan. Eran como las once de la mañana.

Bajé por la calle hacia el mercado, ubicado varias cuadras más abajo, y me detuve en la acera frente a la casa, pero no muy próxima a esta, bajo la sombra de un árbol de mango a cuyo resguardo pude sentarme a hojear el periódico disimuladamente. El sol daba en la fachada de modo directo, hacía mucho calor, pero yo estaba bajo el frescor del árbol y no estaba expuesto. Permanecí ahí casi durante una hora y no vi movimiento alguno. Cuando decidí andar (ya la espalda empezaba a dolerme), un automóvil se estacionó frente a la casa y de este salió una mujer que entró rápidamente, sin que pudiera distinguirla bien. De inmediato, el automóvil arrancó.

Entonces me volví a la sombra del árbol. Esperé a ver algo pero solo escuché algunos ruidos, razón por la cual me acerqué un poco. Los ruidos se oían ahora como una suerte de chillidos. Al rato se hicieron escuchar mejor, cosa que me puso los pelos de punta. Esperé un breve lapso, después desaparecieron y no volví a oír sonido alguno. Me devolví a casa bastante intrigado.

II

Al principio no me atreví a confiarle el incidente a mi mujer. Traté de guardar compostura, pero no pude. Se lo mencioné como una cosa natural, como si no me hubiese causado temor alguno.

—Qué cosa tan rara —dijo Ana—. Yo también he estado nerviosa en estos días.

No le presté mucha atención a sus palabras, para no aumentar mi propia inquietud. Ese día dimos un paseo con Ramón y Josefina por un parque recreativo; después fuimos al cine a ver una película «para niños» que resultó un filme cargado de violencia y mensajes racistas velados. Estuve a punto de salirme de la sala.

—Tranquilo mi vida, ya está por terminar —me calmó mi mujer.

Por el camino de regreso fui haciendo comentarios a mi mujer y a los niños sobre la susodicha película.

—Demasiados efectos especiales —comentó mi mujer.

—A mí no me gustó, papá —dijo Josefina.

—Yo creí que era una buena película —me excusé.

Ramón se quedó callado, con la cara un poco triste.

Llegamos a casa rendidos de cansancio, cenamos y nos fuimos temprano a la cama. Ya en el lecho, mi mujer me dijo:

—Miguel Ángel, estoy orgullosa de ti.

—¿De mí? ¿Y qué he hecho para merecer ese honor?

—Te amo —recalcó. Y me besó tiernamente en los labios.

Hicimos dulce y apasionadamente el amor esa noche.

Al día siguiente mi mujer había hecho planes para ir de compras con Doris; iban a buscar unos zapatos (solo Dios sabe cuán importante es para una mujer adquirir un par de zapatos nuevos) y le dije que Francisco y yo íbamos a refrescarnos con unas cervezas por ahí y las esperaríamos para cenar. Francisco sobrepasó la dosis y sufrió de una jaqueca tremenda —de la que me sentí responsable— y nos fuimos a casa. Entonces me puse a leer un libro de Ítalo Calvino, *El caballero inexistente,* el cual me atrapó, de modo que pasé la tarde sin darme cuenta del tiempo. Eso quizá es lo mejor del arte, que rompe la linealidad del tiempo y te sumerge en otros espacios y dimensiones, a veces muy superiores a las que vivimos en la llamada realidad objetiva o presencial. Me quedé dormido con el libro en las manos y Ana me sorprendió. Desperté de este segundo sueño (nuevo escalafón hacia la alteridad onírica surgida de la novela de Calvino) con la voz de mi mujer anunciándome que, en efecto, Doris y ella habían conseguido unos zapatos preciosos.

Después fui al refrigerador a servirme un vaso de agua, y en ese breve intervalo recordé el sueño que había tenido, un sueño intenso donde yo venía descendiendo de una montaña y empecé a encontrarme algunos amigos fallecidos que estaban ahí. Yo estaba consciente de que se habían ido para siempre, pero podía hablar con ellos y preguntarles algunas cosas. Estaban todos al descampado en aquella montaña. Por ahí bajé directo a la plaza del pueblo de Maiquetía, donde estaban esperándome unos periodistas para decirme que Frank Sinatra no había cumplido con el contrato de cantar ahí y lo iban a demandar. Entonces hablé con Sinatra para advertirle y él me dijo: Miguel Ángel, muchas gracias, excúsame ante ellos pero es que me he enamorado de una muchacha aquí en Maiquetía, y es mejor que tú cantes por mí. Pero Frank, ¿quién soy yo para cantar por ti si a mí nadie me conoce? Te equivocas, Miguel Ángel, canta que todos te aclamarán, te harás célebre y te casarás con una muchacha aquí en Maiquetía como yo. Dicho esto se metió en un taxi bajo una copiosa lluvia, desapareció de mi vista, dejándome con la obligación de cantar en esa plaza. Comencé a hacerlo y entonces desperté.

Es impresionante cómo puede soñarse algo tan complicado en un lapso tan breve de tiempo, y algo tan significativo: hablar con los amigos ya idos y con el cantante que más admiras. Los sueños siempre nos revelan estas zonas secretas, más allá de toda lógica.

—¿Y dónde está Ana? —le pregunté a Doris, preocupado.

—¿No te dije que anda de compras por aquí cerca? Ya regresa —me dijo.

—Ah…

Y volví a sumergirme en la lectura de *El caballero inexistente*.

Al rato llegaron los niños, que andaban en un paseo programado del colegio, con mucho apetito.

—¿Y no les dieron merienda por allá? —preguntó Doris.

—No.
—Entonces les prepararé algo rápido.
Los niños comieron. Yo me detuve en la lectura. Ana no llegaba y yo estaba preocupado. Doris vio el nerviosismo en mi cara y se alertó ella también. Pensamos lo mismo.
—La llamé por teléfono y no responde —dijo Doris.
—Yo también lo hice y nada… —repuse.
—Entonces habrá que salir a buscarla —dijo Doris.
—Vamos.
En ese momento se sintió un ruido en la puerta. Era Ana llegando. Venía con aire tranquilo. Le expresamos nuestra preocupación sobre su ausencia y sobre nuestras llamadas sin respuesta.
—Perdónenme —dijo—, después les cuento.
—¿No has cenado? —preguntó Doris.
—Ya cené —repuso Ana.
—¿Cenaste? ¿Sola?
—No, con la señora Eulalia. Me invitó a una torta con café. Estaba deliciosa.
—¿Eulalia? ¿Quién es Eulalia? —pregunté.
—Ya te he dicho que después te cuento. Estoy un poco acalorada. Iré al baño a refrescarme.
Entró al cuarto de baño y duró ahí un rato. Después se dirigió a la habitación, se puso la pijama y se durmió de inmediato, aunque era muy temprano. To estaba extrañado. Despertó como a las once de la noche, con una sed tremenda. Le llevé un vaso de agua, que bebió con ansiedad hasta la última gota. Después respiró hondo.
—Disculpa, amor —dijo soñolienta y siguió durmiendo.
Pasé casi toda la noche en vela pensando en la tal Eulalia, a quien no conocía. Me quedé dormido tarde, casi al amanecer, y cuando desperté, Ana ya se había levantado. Se estaba dando un baño; después fue a preparar el desayuno.

Fui directo a la cocina: ahí estaba ella, friendo unos huevos y tostando unos panes.

—¿Qué pasó anoche? —me preguntó—. ¿Te desvelaste?

—Sí, un poco —repuse, sentándome en un banco de la barra en la cocina.

—Ahora cuéntame lo de tu cena con Eulalia —dije.

No me respondió. Puso otra cara y pareció ignorar el asunto.

—¿No me vas a decir nada? —inquirí.

—¿Cómo sabes lo de Eulalia?

—Anoche lo mencionaste.

—¿Y qué dije? No lo recuerdo.

Yo le repetí sus palabras y le pregunté una y otra vez quién era aquella mujer. En ese momento llegó Doris. Y Ana por fin nos relató:

—Bueno, les diré que pasé frente a la casa esa, tú sabes, y no resistí la tentación de tocar a la puerta, fingiendo preguntar una dirección. Y salió ella, una mujer vieja bastante desaliñada, a quien pregunté si por ahí cerca no había una cerrajería, buscando un pretexto para conversar. Ella me indicó la dirección de la cerrajería y después comenzó a hablarme sobre cosas del barrio de Monte Claro y a enumerar una serie de inconvenientes prácticos que dificultaban la vida allí, intercalando una cadena de preguntas sobre mi persona, que no respondí. Me invitó a pasar y me ofreció un café. Entré, por curiosidad de ver cómo era el interior de la casa. Estaba llena de gran cantidad de objetos antiguos muy organizados, pero muy descuidados y cubiertos de polvo. El mueble donde me senté era confortable, con olor a chocolate rancio. Después me invitó a tomar café y a pasar a la cocina, donde había una cantidad considerable de cuchillos dispuestos por orden de tamaño, así como platos y sartenes colgando del techo llenos de telarañas.

—¿Y su familia? —le pregunté a Eulalia (ese era su nombre).

—Vienen de vez en cuando mis hijos y nietos… —respondió ella. Luego hirvió el agua en una ollita, le colocó café, lo revolvió y luego lo vertió en un colador. La leche estaba al fuego en otra olla. Los juntó, luego fue a la nevera y sacó de allí un recipiente de vidrio decorado con diminutas flores azules y la mitad de una torta, y colocó sendos trozos de pastel en platos azules, poniendo a los lados pequeños cuchillos. En las tazas de café puso dos cucharadas de azúcar morena y llevó todo en una bandeja a una mesa en el recibo, donde nos sentamos nuevamente en los muebles con aquel desagradable olor rancio. Mordí la torta y bebí el café; de inmediato sentí un mareo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Eulalia.

—Me siento mareada —repuse.

Eulalia comenzó a hablar primero de sus nietos y sus hijos, luego de la ciudad y el barrio, haciendo hincapié en los numerosos problemas de inseguridad que allí había. El escenario del recibo era una habitación atiborrada de cuadros y fotografías desvaídos. Los marcos eran gruesos, de color oscuro, y de las más variadas formas: ovalados, rectangulares, cuadrados, grandes, pequeños, medianos; incluso había miniaturas y mesas redondas repletas de portarretratos con fotos diluidas. Le hice énfasis en lo numeroso de su familia. Doña Eulalia cruzó las piernas en el mueble, orgullosa. No fijaba la mirada en ninguna parte y siempre trataba de arreglarse el cabello, cuyas hebras despeinadas se movían con una fuerza inerte. Después comenzó a hacerme una serie de preguntas que me avergonzaron; tuve que indicarle mi dirección y decirle pequeñas mentiras, cosa que ella percibió, creo. Comencé a sentirme incómoda, así que me despedí. Cuando me levanté del sofá, fui presa de otro mareo. Ella se levantó y trató de asirme. Al rozar mi piel experimenté una sensación espeluznante, que no puedo explicar.

—Ya me siento mejor —dije. Vi de cerca las arrugas de su rostro: eran muchas; sus orejas eran desaliñadas, con muchos lunares y pelillos enroscados y sucios. Sus ojos eran azules y penetrantes.

—Gracias por el café y la torta, estaban deliciosos —dije.

—A su orden por aquí —dijo ella.

No me atreví a besarla. Me infundía respeto y temor. Abrió la puerta y me despidió desde el porchecito. Una vez en la calle me sentí libre, respiré hondo y no me detuve a mirar hacia atrás.

Esto nos narró Ana. El asunto ya había comenzado a adquirir tintes preocupantes; el hecho de que mi mujer hubiese entrado sola a aquella casa a hablar con una extraña, era algo que desafiaba la lógica de nuestra cotidianidad. Ana se excusó por haber obrado así y me confesó que se había dejado llevar por un impulso desconocido.

Se recostó en mi pecho un momento con particular ternura, me dio un beso y me prometió que no lo volvería a hacer.

Pero yo sí debía actuar.

III

Apenas decidí entrar a la casa, empezó a lloviznar. Las menudas gotas caían sobre mi cabeza y mi chaqueta; saqué una gorra de un bolsillo y me cubrí, mientras bajaba unas cuantas cuadras en dirección a mi objetivo. El cielo se había puesto gris y los transeúntes también iban abrigados contra la lluvia: unos llevaban paraguas y otros se cubrían con periódicos; algunos perros callejeros bostezaban en las esquinas y los vendedores ambulantes dejaban ver sus gestos ariscos. A pesar de la llovizna había un calor desagradable, un vapor molesto

se metía en la piel y causaba escozor. Cuando llegué a la cuadra en cuestión el lugar estaba como atravesado por una grisura, una vaga niebla que poco a poco se fue disipando.

Me acerqué al porche y abrí la pequeña puerta metálica; para llegar a la puerta principal había que subir tres peldaños. Accioné el timbre y oí voces adentro. Me abrió una niña vestida como una muñeca; era alta y a ratos parecía una adolescente vestida de modo anacrónico, con uno de esos vestidos que Lewis Carroll dibuja para su personaje de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Dígame, señor, a la orden —me contestó la joven con una voz muy aguda para ella.

—Buenas, disculpe usted, me gustaría hablar con doña Eulalia.

—Eulalia no se encuentra en este momento, está de viaje —respondió ella con voz atiplada.

—Ah, sí, mi esposa estuvo por aquí ayer conversando con ella.

—¿Su esposa? ¿Con Eulalia? ¿Ayer? Eso no puede ser, Eulalia se fue de viaje hace más de dos semanas —repuso.

—Pero mi esposa estuvo aquí ayer con ella, comiendo pastel y tomando el té.

—Pues debe haber algún error, señor…

—Miguel Ángel —confirmé.

—Señor Miguel Ángel, le repito que mi tía Eulalia se fue de viaje y yo estuve aquí ayer todo el día.

Miré en derredor e inspeccioné el ambiente que Ana me había descrito el día anterior. No podía entender qué estaba sucediendo.

—Perdón, señorita, su nombre es…

—Alicia, señor, a sus órdenes, discúlpeme que ahora no pueda atenderle, estoy reunida con unas amigas en el jardín. ¿Le ha sucedido algo a su esposa? —preguntó Alicia, cuya

figura era una mueca distorsionada del personaje de Carroll y ostentaba una expresión nada inocente en el rostro.

—No, nada de eso… Mi esposa está bien; ella me pidió que viniese a ver si por casualidad había olvidado aquí su teléfono celular —acerté a decir. En ese momento *inventé* el deleznable objeto que justifica este relato.

—Me parece muy extraño, don Miguel Ángel —insistió ella—, le repito que estuve aquí ayer todo el día y no vino nadie a visitarnos, excepto el señor del servicio de gas. De todas maneras déjeme preguntarle a los niños. Si quiere, siéntese un momento —dijo, señalándome un mueble.

Alicia entró a una habitación cercana y salió acompañada de un joven en silla de ruedas.

—Jacobo, quiero que le digas al señor si tía Eulalia estuvo aquí ayer comiendo torta con una señora —inquirió Alicia.

Jacobo, un joven raquítico, me dirigió desde la silla de ruedas una mirada punzante. Antes de contestarme deslizó la silla hasta el recibo y colocó, sobre el cuenco de uno de los brazos de la silla, un vaso de agua. Carraspeó abriendo la boca desmesuradamente y dejó ver dos grandes incisivos amarillentos sobresaliendo de su dentadura. Sorbió agua y luego me miró fijamente; después volvió los ojos hacia Alicia, para luego dirigirse a mí.

—Señor…

—Miguel Ángel —repitió mi nombre Alicia.

—Don Miguel Ángel —interrogó Jacobo—, no lo había visto antes en este barrio. ¿Vive usted en Nairamá?

—Sí, vivo aquí desde hace tiempo.

—Mi madre y tía Eulalia nacieron en esta casa —continuó—. Nosotros nacimos en el estado vecino y otros en la capital, y aquí fundamos una fábrica de juguetes y otra de ropa. Tuvimos una época muy buena; hicimos felices a muchos niños y niñas. ¿Su familia a qué se dedica?

—Mi mujer es abogada y yo médico —repuse.

—Ah, qué bueno, unos profesionales… Me dice que su esposa vino a visitar a mi tía Eulalia… ¿Se conocían?

—No lo creo. Se conocieron ayer mismo.

—Eso es difícil. Ya Alicia le ha comentado del viaje de mi tía Eulalia hace varias semanas. Aunque mi tía Eulalia a veces hace cosas insólitas, juega con el tiempo y el espacio cuando se lo propone, cuando está de ganas. Viéndolo bien, no descarto que pueda haber hecho un viaje especial para atender a una persona que le simpatiza, supongo.

—¡Pero Jacobo…! —exclamó Alicia en tono de reclamo.

—¡Es cierto! —gritó Jacobo—. No es bueno que don Miguel Ángel se lleve una mala impresión de tía Eulalia; después de todo, dice que la ha visto y conoce su nombre.

—Bueno, yo no, mi esposa —aclaré.

—Le ruego le diga a su señora esposa que siempre será bienvenida aquí, esta es una familia caracterizada por su gentileza y decencia. ¿Le ofreciste algo al señor?

—¿Desea tomar algo, un té, un café, un refresco? —preguntó Alicia.

—Si no es molestia, me tomaría un poco de agua.

Alicia dio vuelta y se internó por el pasillo hacia la cocina. Antes de que Jacobo pudiera proseguir la conversación, Alicia regresó con el vaso de agua, que bebí ansioso.

—¡Jacobooooooo! —se oyó un largo grito desde una de las habitaciones.

—Perdone usted señor, siéntese por favor. ¿Quiere más agua? Tiene que disculpar los gritos. Son de mi hermana Endrina, que a estas horas siempre requiere de mi ayuda para ir a alimentar a los gatos.

Hizo aparición en la salita una mujer de muy baja estatura, cabello corto, vestida con un pantalón rústico y camisa varonil. Tenía una voz grave y autoritaria. No se había enterado de mi presencia en la casa, y cuando me vio quedó sorprendida.

—Conoce a don Miguel Ángel… Mire, esta es Endrina, mi hermana —dijo Jacobo.

Endrina hizo una reverencia con la cabeza y luego un gesto a Jacobo para retirarse juntos. En ese momento comenzó a oírse un maullido de gato y luego otro y otro, hasta que varios maullidos se sumaron a una especie de concierto espeluznante.

—Dispénsenme ustedes —logré decir, visiblemente afectado—, debo retirarme.

—De todos modos —recalcó Jacobo—, Alicia está dando una mirada por la cocina y los muebles a ver si por casualidad su señora esposa dejó aquí su teléfono móvil —dijo, y yo me ruboricé en mi interior por inventar tamaña mentira. Una excusa infame para regresar a aquel lugar.

—¡Lo encontré! —gritó Alicia—. ¡Encontré el teléfono! —se acercó empuñando el aparato—. Se había caído hacia un lado del mueble, entre los cojines —me dijo, y me lo entregó.

Sentí un mareo, acompañado de frío súbito, al ver que el teléfono era de idéntico modelo que el de mi mujer; por un momento pensé que mi farsa había sido descubierta y que era objeto de una burla. Les di las gracias con un nudo en la garganta y, sudando frío, abandoné aquella casa.

Los tres, Jacobo, Endrina y Alicia, me decían adiós desde la puerta cuando crucé la calle. De toda la cuadra volvió a apoderarse una densa neblina. Fatigado, entré a un bar cercano a mitigar mi sed nerviosa con una cerveza y a investigar el aparato ajeno que tenía entre las manos, pero no encendió, pues ya la batería estaba agotada. Al llegar a mi casa lo primero que hice fue buscar el cargador de mi mujer y conectar el teléfono, a ver quién era su verdadero propietario. No sabía cómo narrarle la situación a mi mujer. El primer día me contuve pero luego no fui capaz, y le referí la situación con lujo de detalles. Mi esposa estuvo a punto de sufrir un colapso neurasténico, dada la suma de absurdos, hechos inverosímiles

y disparates que se sucedían en mi relato, que a la postre le causaron una suerte de trauma. Ana se puso pálida y me reclamó varias veces mi atrevimiento. Me exigió ver el aparato, el cual revisó notando que este, en verdad, no tenía archivados números telefónicos en su directorio, ni contactos, ni mensajes, ni imágenes, solo el número que le correspondía, el cual marcamos desde el verdadero aparato de mi mujer. Yo mismo lo marqué, y al repicar había un mensaje de voz impersonal: «En este momento no puedo contestarle. Por favor, deje su mensaje».

Mi mujer opinó que lo más honesto era devolver el teléfono, decir la verdad y confesar que se trataba de una equivocación, de modo que al siguiente día, temprano, nos dirigimos a cumplir con aquella responsabilidad, antes de marcharse Ana a su bufete y yo a mi clínica. Eran las 7:45 a.m. cuando estacionamos el automóvil frente a la casa. Llamamos a la puerta y esta vez abrió un señor mayor, un anciano desaliñado, blandiendo en la mano derecha una tijera de podar. Estaba bañado en sudor; su camiseta ostentaba lamparones húmedos y llevaba los pantalones arremangados. Le dimos los buenos días.

—¿Qué se les ofrece? —nos respondió con gesto agrio.

—Disculpe usted, señor, venimos a devolver este teléfono a la señorita Alicia o al señor Jacobo. En verdad hubo una confusión, pues este es un aparato equivocado, ya mi mujer localizó el suyo —volví a mentir.

—¿Un teléfono olvidado aquí, me dice? Mire, ellos están de vacaciones y no regresarán en diez días, por lo menos.

—¿Cuándo se marcharon? —pregunté.

—Pues ayer mismo se fueron, están visitando a unos parientes.

Al terminar de decir esto se acercó un perro jadeante, una fiera enorme y negra que inspiraba verdadero miedo.

—Tranquilo, tranquilo —dijo el jardinero dándole palmaditas en la cabeza a la fiera—. Yo voy a quedarme aquí todos estos días. Discúlpenme ustedes, señores, pero no puedo recibir un teléfono que no es mío y dudo sea de ellos, pues nunca necesitaron uno de esos, odian esos aparatos. Figúrese que no hay aquí instalado en la casa ni siquiera un teléfono fijo. De modo que tendrán que venir en otra ocasión, cuando ellos regresen.

—Los gatos deben tenerle mucho miedo a un perro así, ¿no es verdad, amigo? —me dirigí al jardinero.

—¿Gatos? Aquí no hay gatos ni los ha habido nunca. Esos animales jamás han habitado esta casa.

—Anteayer mismo esta casa estaba llena de ellos; comían de las manos de Jacobo y Endrina…

—Usted debe estar bromeando —dijo el jardinero—. Ahora, si me disculpan, debo trabajar y curarme este dedo que me acabo de herir con la espina de una rosa —y mostró el dedo pulgar, del que manaban unas gotitas de sangre.

IV

Tener con nosotros aquel teléfono, aquel objeto imposible en casa, fue algo verdaderamente angustioso. La relación cotidiana de Ana conmigo se estaba volviendo problemática, todo el día estaba haciéndome preguntas, sufriendo de jaquecas, intranquila, tomando pastillas. Yo por mi parte no podía concentrarme en mis pacientes, a quienes trataba de modo superficial. Soy médico general, me he cuidado de no ser especialista y hago cuanto puedo con relación a las enfermedades y su diagnóstico. Pero últimamente mis tratamientos se han mostrado débiles. Uno de mis pacientes fue por mi consultorio antes de las vacaciones, muy cargado de síntomas inconexos,

aquejado de dolencias dispares que no supe calibrar bien; a los pocos meses le sobrevino un cáncer de colon e hizo una metástasis que devoró su vida en pocas semanas, cosa que me llenó de pavor y me sumió en un desasosiego impotente. A veces uno ejerce un extraño papel de semidiós en esta profesión: las personas acuden como si uno tuviera un poder omnímodo para sanar, curar, comprender, pero la verdad es que la institución médica funciona como una empresa implacable para hacer análisis, intervenciones quirúrgicas, hospitalizaciones y luego cobrar cuantiosas sumas por concepto de enfermería, medicamentos y tecnología que terminan por desbancar a los pacientes y sus familias que, encima de estar enfermos o al borde de la muerte, también se desangran económicamente. La institución médica, trasmutada en empresa financiera, empieza a cuantificar sus astronómicas ganancias y a convertirnos a nosotros los médicos en verdaderos dioses del capital. En cuanto a la profesión de abogada ejercida por mi esposa Ana, no es muy diferente de la mía; su objeto es otro pero sus procedimientos son igualmente implacables: una profesión basada en litigios, diferencias, demandas basadas en traiciones, estafas, sobornos, chantajes, mentiras, falsificaciones, ventajismos de poder a los que se dan nombres legales, técnicos, los cuales serán accionados sobre la base de esos códigos inmóviles que constituyen la esencia del derecho. Veo a Ana metida a veces en unas trifulcas absurdas consigo misma que la debilitan y aturden; intuyo entonces que no es una profesión para un espíritu delicado como el de ella, un alma sensible que debería estar dedicada a la formación de niños, a la edificación del espíritu para las cosas nobles.

La relación con nuestros hijos también se había alterado, casi no podíamos ayudarlos con sus deberes; los muchachos acudían entonces a las casas de sus amigos hasta muy tarde en las noches, cuestión que nos preocupaba. A veces pernoctaban

en casa de ellos con la mutua autorización nuestra y la de los padres de los niños.

Una de esas noches, esperando a los niños, me acosté, me dormí y soñé que estaba en la plaza Cataluña de Barcelona, leyendo un periódico, y entonces vi llegar a Ítalo Calvino y sentarse en un banco de la plaza a anotar cosas en una libreta, cuando de pronto vino una brisa tan fuerte que le voló la libreta de las manos y vino a arrojarla a mis pies, y yo no sabía de qué asombrarme primero: si de conocer a Ítalo Calvino y fingir que no le había reconocido y darle la libreta sin decir nada, o tomar la libreta e irme con ella.

Pero no hice nada de eso en el sueño, sino que recogí la libreta y le pregunté: ¿Es usted Ítalo Calvino? y él me dijo: Sí, ese soy yo, y le invité a un café y le rogué que por favor me firmara alguno de sus libros antes de marcharse, que lo admiraba mucho y estupideces por el estilo. Ítalo Calvino me dio las gracias y me dijo: Con mucho gusto, y fuimos a una librería cercana a adquirir *El caballero inexistente* para que me lo firmara. Aproveché la ocasión para decirle que yo también era cuentista y que si era posible que yo le enviara un cuento a ver qué le parecía. Me dijo: Sí, claro que sí, Miguel Ángel, mándeme el cuento a esta dirección y yo le envié el cuento y a él le gustó mucho y le hizo unas correcciones acertadas; y luego lo publiqué en una revista de Barcelona y se ganó un premio literario y yo estaba como en la gloria, pensando que me había convertido en escritor y hasta me habían traducido al francés. A la presentación del libro en París habían asistido Julio Cortázar acompañado de su mujer, Carol Dunlop, y después fuimos los cuatro, Ana y yo con Julio y Carol por ahí, a tomar unas copas y a charlar, a hablar cosas de Buenos Aires, Barcelona y Caracas, y estábamos alternativamente en las tres ciudades contándonos anécdotas y disfrutando. A ellos los vino a buscar un taxi para ir al aeropuerto y se

despidieron, entonces los pedazos del sueño fueron cayendo encima de mis párpados y me despertaron aquella aciaga mañana.

Ana me dijo que durante el sueño yo tenía una cara de felicidad que daba envidia, y que en cambio ella se sentía muy mal, pensando en aquel teléfono ajeno y en aquella insólita familia de la casa de Monte Claro. Yo le dije: Mi amor, Ana, mira, este fin de semana nos vamos al mar, nos vamos a la playa con los niños a respirar aire limpio y puro y a nadar y a comer mariscos frescos. Así lo hicimos y de veras nos fue estupendo, refrescamos los cuerpos y las almas, comimos bien, paseamos, hicimos el amor en una hamaca de una manera inédita: ella parecía como que volaba por las nubes en cópula conmigo.

El lunes volvimos a la realidad de Nairamá y retomamos nuestras rutinas profesionales y los niños su escuela. Se acercaba el día de devolverle el teléfono a aquellas personas; si no, el maligno hechizo seguiría conviviendo con nosotros. Acordamos el día, y un jueves por la tarde Ana y yo nos dirigimos a finiquitar todo aquello. Llamamos a la puerta y salió el jardinero que nos había atendido la última vez para decirnos que la familia había vendido la casa y se había mudado. Advertimos, sin embargo, que el mobiliario original permanecía allí, junto a la anacrónica decoración navideña y aquellos adornos vetustos. Nos dijo el jardinero mal encarado que ellos la habían vendido así, amoblada, y que esa era la condición principal para rentarla.

—¿Y a dónde se mudaron? —pregunto Ana.

—Pues no lo sé, yo solo soy el jardinero.

Y agregó:

—Aquí vivió corto tiempo una pareja de ancianos llamados Ana y Miguel Ángel.

El cuerpo se nos llenó de escalofríos y nos retiramos dando algunos pasos hacia atrás, sobrecogidos de horror.

Ana entonces tomó el teléfono para entregárselo al anciano y este le repitió que no deseaba recibirlo. De inmediato comenzaron a oírse sonidos en el aparato que reflejaban mensajes recibidos y llamadas perdidas. Mi mujer pegó el oído al teléfono y se puso a temblar. Me hizo oír un mensaje de voz donde preguntaban por Alicia Quevedo de parte de Eulalia Quevedo, su tía, que la llamaba desde la capital. Arrojé aquel objeto maldito al piso y mi mujer se echó a llorar, presa de un ataque de nervios.

—Esto no puede estar ocurriendo, Miguel Ángel; por favor, dime que nada de esto es verdad.

Entonces tomé el teléfono y lo arrojé al tejado de la casa. El jardinero, enfurecido, comenzó a maldecirnos.

Nos alejamos de allí despavoridos.

V

Han transcurrido nueve años; nos mudamos a una ciudad de los Andes donde llevamos una vida tranquila.

Con el tiempo logré superar mi miedo a lo desconocido, aunque sin tener una respuesta convincente para aquel grotesco enigma. Me acuesto a dormir y descanso, tengo sueños de todo tipo como todo el mundo y también, por supuesto, pesadillas y sueños felices donde están presentes mis ídolos. Una vez tuve uno donde Frank Sinatra, Julio Cortázar, Carol Dunlop y José Lezama Lima habían venido a visitarnos a nuestra nueva casa de campo, acompañados de Augusto Monterroso y Susan Sontag. Cortázar y Lezama estaban enfrascados en una conversación sobre Cuba y Argentina, e Ítalo Calvino hablaba animadamente con Augusto Monterroso sobre poetas franceses que habían leído en una antología, mientras yo les servía copas de vino blanco y trozos de queso

de cabra. Sonaba un suave jazz de fondo en una tarde iluminada donde yo preparaba un asado con ensalada bajo el árbol del patio para todos. En la cocina, Ana y Doris hablaban con Susan Sontag y Carol Dunlop y miraban hacia el jardín. Era una velada que se estaba desenvolviendo de una manera extraordinaria hasta que apareció doña Eulalia ofreciendo té con galletas, que inmediatamente rechazamos. Ella, contrariada, abandonó la reunión y al poco rato comenzó a sonar un teléfono que estaba sobre la mesa. Sonaba y sonaba y nadie lo quería tomar, pero al final decidí atenderlo, y al ponerlo en mi oído desperté del mejor de todos los sueños de mi vida.

Historia de amor

Hermoso es el reino del amor
pero triste es también
porque el corazón del amante
triste es en las horas de la soledad,
cuando a su lado mira los ojos queridos
que inaccesibles se posan
en las nubes ligeras.
Vicente Aleixandre
«Historia del corazón»

En verdad, no sé cómo empezar esto. Su título es solo una convención para justificar el móvil de la historia, que sobrepasa con creces al tema. Al principio creí que el amor era un sentimiento único que podía ser identificado como algo consistente, pero luego de lo que voy a narrar, creo que ello quedará en entredicho. Se ama solo cuando acaecen sentimientos ingenuos o de una pureza casi infantil, cuando hay algo de candor. Digamos que puede uno amar a un hijo, a un padre, una madre o una abuela, si ellos nos corresponden en una ínfima parte. Pero cuando hablamos de amar a las mujeres en tanto seres pasionales, el asunto se torna complicado; de modo que cuando aludo al amor me refiero a una suerte de arena movediza, dolorosa o sublime, elevada y siempre exagerada, donde se combinan sexo, miedo, afectos y dolor con sentimientos intensos y dudas; sí, sobre todo dudas.

El asunto comenzó y se desarrolló en Caracas, la ciudad donde nací, siendo yo pequeño: me gustó una niñita (prescindiré de nombres en esta crónica, pues los nombres aquí no

tienen peso, son puramente circunstanciales) medio atolondrada que me miraba con picardía y me invitaba a jugar. Ella no llevaba ninguna prenda bajo la falda, lo cual me provocaba los sentimientos más salvajes. Era mayor que yo —como de unos once años y yo de diez— y un buen día entró a mi cuarto y se desnudó frente a mí. Tenía un cuerpo delgado y ágil y una cara nada armoniosa; sin embargo, me gustaban su voz, su atrevimiento y su risa. Me sedujo; me besó y acarició en una especie de violación exquisita que me proporcionó un placer real.

Por primera vez experimenté ese vértigo exquisito, el placer de hundirme en otra piel, en una caverna placentera, en un misterio donde besos, lamidas, pellizcos, mordidas, jadeos y otras caricias se ahogan divinamente en palabras, donde pene y vagina son frutos dispuestos en su urgencia de envolver, traspasar cada poro para la efímera posesión que en un momento dado es entera, única en su posibilidad gustativa, irrepetible en su circunstancia gozosa. Me entregué a aquella niña diestra, la dejé que hiciera conmigo o con mi cuerpo lo que ella quisiera, y aquello me produjo una especie de adicción. En los siguientes días la busqué por todo el barrio, sin suerte. La esperé e indagué sobre ella pero no la vi más, y este acontecimiento me afectó. La delicia de la pasión corporal me había hechizado y ahora mi cuerpo andaba por ahí despistado, buscando los olores y sabores de ella. Fue la primera vez que experimenté aquel vacío de placer.

Ello hizo que en los próximos meses me fijara en las niñas de un modo bastante enfermizo; me les quedaba viendo en los parques o plazas con una fijación obsesiva, francamente patética. Me acercaba a las chicas con intenciones de experimentar nuevas sensaciones, y ellas se alejaban. A partir de los doce años comencé a sentir cosas fuertes, deseos truncos de andar con chicas mayores que yo, y no fue solo hasta los

quince en que una de ellas puso sus ojos en mí y decidió seducirme. Yo me dejé llevar y ella hizo lo suyo. Fue una experiencia intensa, extraordinaria diría yo, digamos que el suceso esencial de mi vida a esa edad. Me enamoré, o creí enamorarme, no lo sé; en todo caso, pensaba que ella me correspondía. Hay en el sexo un misterio que se confunde con el misterio del amor, y en el misterio del amor otro que se confunde con el de la posesión. Llegado un momento no sabemos a ciencia cierta cuál es cuál, si amamos, deseamos, necesitamos compañía o caemos en las trampas que nos tiende el deseo; entonces el amor toma la forma de algo sublime pero también de algo egoísta, tergiversado, un sentimiento abstruso, peligroso como un lento veneno: se apodera de las ideas y las convierte en pensamientos contrariados, en pugna permanente con ellos mismos, que dan origen a los celos, las traiciones o las pasiones más disparatadas, descabelladas o sencillamente estúpidas, que pueden durar mucho tiempo o estropear toda una vida. El amor suele esgrimir sinrazones como argumentos válidos; ciega la inteligencia y convierte los simples hechos en sucesos utópicos, que en casos extremos se deslizan peligrosamente hacia los terrenos del desvarío. Por obsesión amorosa puede sentirse uno bello o libre pero también puede llegar a asesinar, a traicionar al amigo, a negociar con el poder político; por desenfreno pasional se pierde muchas veces la fe o la esperanza. El amor obsesivo suele conducir a la mentira, al fantaseo especulativo, la envidia, la codicia y finalmente a la locura. En fin, el llamado amor puede dar lugar a una serie de despropósitos, contrariedades irresueltas, torturas interiores, paradojas permanentes y angustias sin raíz. Cambia de naturaleza con la edad, con la posición social, el estatus familiar, el éxito profesional o el dinero…

Pero volvamos al núcleo de mi historia.

A raíz de la desaparición de mi segunda mujer (ninguna mujer llega a ser realmente de nadie) fui entrando lentamente en una situación bastante confusa, a internarme en un túnel de sentimientos encontrados que me impidieron resolver otras situaciones embarazosas y deseos inacabados. Por esta razón, desde muy joven comencé a tener problemas en los estudios y con mis padres. Me volví rebelde, desobediente y comencé a sentir rechazo hacia los seres más cercanos, a salir con amigotes y a perder el tiempo. Aprendí a beber y a fumar, a andar en pandillas, a llegar tarde a casa y a merecerme castigos y reprimendas continuas de mis padres.

Al cabo de tres años, cumpliendo los dieciocho, me sentí libre de hacer lo que deseara. Inicié la carrera de Medicina, pero los estudios no pudieron obtener de mí una concentración suficiente: ahí estaban otra vez las aspirantes a doctoras con sus cuerpos y rostros fascinantes, con sus sonrisas e insinuaciones que yo responsablemente atendía. Primero fue una estudiante proveniente de la región del llano, alta, blanca y bien plantada, de cabello negro y manera recia de ser. Era además parca, con suficiente dinero (que le enviaban sus padres), poco cultivada y con una pasión desmedida por la ropa y el sexo. Con ella me dediqué a cumplir las fantasías eróticas más atrevidas; tanto, que un día me propuso que hiciéramos el amor con otra pareja, lo cual vendría a proporcionarnos nuevas formas de placer. El primer día los dos hombres poseímos a las dos mujeres: esa constituyó para mí una experiencia muy extraña, aunque exquisita, desconcertante e interesante, que produjo una imantación entre las dos mujeres y yo, mientras que el otro hombre no tuvo la complicidad suficiente conmigo para aceptar que se lo hiciera a su mujer, y creo que la mía tampoco se recuperó de su vergüenza conmigo. Sentí su rechazo, se alejó él primero; luego las dos mujeres. No los volví a ver. Pero la experiencia me sirvió de

mucho en adelante para perfeccionar mi *kama sutra* personal, para ir practicando posiciones amatorias que me depararon no pocos momentos de placer con hembras de distintas texturas, olores, pieles, sabores... Aquello era como entrar al reino de la carne viva, al dominio del vértigo del coito y de los orgasmos más diversos, que se confundían en mi mente y confundían las identidades de las mujeres con que eran practicados hasta un punto en que ya no me acuerdo ni de los nombres ni de las caras de la mayoría de ellas. Pensé que si algo tan placentero podía olvidarse tan pronto, entonces el placer sexual podía ser también un espejismo, una trampa de Dios para hacernos comprender que realmente no estamos cumpliendo ningún papel importante en este planeta.

Proseguí mis estudios de medicina y lo hice bien, con más aptitudes para la investigación científica que para el ejercicio clínico o la cirugía. Continué teniendo relaciones con muchachas bonitas de la Facultad de Medicina que me utilizaban (a mí y a mis compañeros) como conejillos sexuales, al punto de ni siquiera saludarnos al otro día en los pasillos de la Universidad. Había una de lindo cuerpo que me gustaba mucho, y a pesar de lo que disfrutábamos en la cama, la chica apenas si me reconocía cuando la saludaba en el cafetín. No acertaba a saber por qué me despreciaba tanto si habíamos vivido momentos que parecían de amor verdadero; meses después me enteré de que era lesbiana.

Luego viví una variable de esta circunstancia. Les aseguro que no me produce placer referirla. Me enamoré *realmente* por primera vez. Si al amor se llama quedar atrapado en absolutamente todo lo que hace una mujer, dando por descontada su belleza física. Gestos armoniosos, voz hermosa, impecable y sencilla en el vestir. Comportamiento refinado y espontáneo, prudente, y al mismo tiempo generoso, fogoso. No podía dejar de pensar en ella en ningún momento

del día; después, sencillamente no podía dejar de verla, y finalmente no podía estar sin ella. Le pedí matrimonio, pero ella no estaba enamorada de mí; entonces mi insistencia se volvió más intensa: no la dejaba en paz ni un solo momento del día. Me puse a sus pies, me humillé, rogué, lloré. Ella estaba francamente preocupada por mi salud mental. Creo que le inspiré piedad. Finalmente aceptó. Se casó conmigo e intenté hacerla feliz trabajando duro, complaciéndola como podía. Ella respondió bien los primeros meses, esforzándose por quererme, pero no lo logró. Mi dependencia de ella se estaba volviendo una enfermedad; ella se sentía ofuscada y tenía miedo, mucho miedo.

Pasaron los años y un día hizo lo que tenía que hacer: comenzó a salir con otro. Yo no lo sabía, pero poco a poco fui sintiendo su lejanía. Todo el mundo se enteró antes que yo. Cuando lo descubrí, conocí por vez primera lo que era estar viviendo un verdadero infierno. Intenté hacerla recapacitar. No lo hizo. Quería divorciarse pronto, y yo quería matarla o asesinar al amante, desaparecerlos a los dos de la faz de la tierra. Y luego desaparecerme a mí con la misma arma. Pero no tenía el valor. Me largué del país.

Me fui lejos de Caracas, a España, a hacer un posgrado, y lentamente me libré de aquella obsesión, de aquel martirio. Permanecí solo dos años en la Madre Patria, donde no pude obtener el amor real de ninguna mujer. Pese a que España por entonces estrenaba «el destape», abriendo las compuertas que había mantenido cerradas durante cuarenta años de franquismo. Los españoles dieron rienda suelta a un erotismo que no cabía en el territorio de la península ibérica. Más que disfrutar de esta circunstancia, me vi envuelto en situaciones desesperantes de agobio y confusión. Terminé mi posgrado y regresé a mi país.

Llegué a la edad de cuarenta años sin casarme, y ya me había empezado a sentir solo. Me hacía falta una compañera con quien compartir, así que tendí una red para atrapar a una mujer madura, profesional, inteligente, bonita, culta, con suficiente dinero; es decir, andaba en busca del ejemplar perfecto. Era un esquema que no se llenaba con mujeres reales; qué puede esperar de un hombre una mujer con esas cualidades, a menos que uno desee enloquecer en breve tiempo. Me faltó agregar que con departamento propio, mujer de servicio, automóvil, sin hijos o con hijos criados o independientes (estos suelen constituir para el nuevo pretendiente un verdadero problema, pues practican con nosotros la venganza que quisieran propinarle a sus madres), tarjetas de crédito, buenas amistades, vida social intensa, excelente situación laboral, casa en la playa o el campo y hasta un perrito o gatito merodeando entre los muebles. Ahí no hace falta ya nada más, mucho menos un hombre que venga a arruinarles el rato con escenas de celos, falta de dinero, excesos alcohólicos u otros machismos al uso. Se sienten autosuficientes y tienen razón. Solo quisieran hombres con más poder económico o político que ellas. Pueden tener sexo cuando lo deseen con tipos elegantes o bien parecidos, triunfadores, o sencillamente tan independientes como ellas, que no las expongan a ridículos o a situaciones banales. Te narran un buen día el triste cuento del exmarido, mientras saborean un cóctel o muerden un trocito de queso gruyere; cruzan sus lindas piernas bajo un vestido de seda, te muestran un brazalete de oro que acaban de adquirir, hablan de su próximo viaje a Europa o de un proyecto remunerativo en puertas. En verdad, no tienen por qué andarse complicando sentimentalmente con nadie, aunque muchas de ellas suelen quedar prendadas al final de unos patanes, unos tipos perversos y embaucadores, unos perfectos *gigolós* vacíos de la cabeza pero que

se hacen víctimas de la sociedad; muy buenos conocedores de las artes sexuales, despiertan piedad y deseos maternales en las mujeres y ellas caen como moscas en la trampa. Cuando uno se da cuenta de que pudiera estarse convirtiendo en uno de ellos, hay que ponerse a reflexionar en serio: lo que ocurre en verdad es que ellos son los primeros competidores nuestros en el ramo de las mujeres triunfadoras. Uno después de todo ha leído buena literatura, novelas, poemas, ensayos y dramas, y ha ido a exposiciones y espectáculos y escuchado buena música y tenido roce con gente culta, y puede mantener una conversación interesante con cualquier persona inteligente, menos con estos vivianes, estos *snobs*, estos tipos que están lavándose constantemente el polvillo del pueblo en lujosas piscinas de hotel. Es bueno agregar en este punto que tampoco es posible, para ningún hombre que se precie de tal, oír el discurso eterno de la mujer triunfadora.

La verdad ya me estaba empezando a sentir bastante solo en mi departamento. Necesitaba una mujer y unos niños, quizá, animales domésticos y viajes planeados a montañas o playas durante los fines de semana. Por un tiempo anduve echando el ojo en bares, cafés, cócteles, embajadas y otras fiestas sociales a mujeres solas o divorciadas disponibles, pero nada surgía, como no fueran unas conversaciones estériles o intelectualoides que me llenaban de tedio. Me entregué entonces a farras con mis amigos médicos los fines de semana, parrilladas, tragos y fiestas donde siempre había enfermeras, secretarias, profesoras o empresarias disponibles; estuve casi diez años disfrutando de mujeres en las guardias nocturnas de hospitales y clínicas, en hoteles y departamentos prestados, metido en aventuras carnales fugaces donde los uniformes de las enfermeras, doctoras, profesionales o secretarias eran rasgados en las madrugadas para descubrirme los goces de la seducción, de una suerte de violación al canon de la moralidad

y las buenas costumbres, que a fuerza de repetirse una y otra vez se volvió él un canon, bastante aburrido por cierto. Pareciera que médicos y enfermeras desearan vengarse, durante estos forcejeos nocturnos, de la rutina, de la tediosa faena clínica y de la obligación de estar presenciando la muerte, o de la agonía hacia la muerte, del modo más natural y cotidiano, como si fuese parte indispensable de nuestras vidas. Una de estas enfermeras era en realidad bonita, con una presencia fascinante y una conversación de mucho nivel; tanto que estuve a punto de enamorarme de ella, de no haber sido por el defecto más notorio que tenía: su marido, un militar retirado que la celaba hasta del viento.

Un día en que andaba de lo más desprevenido haciendo compras en el supermercado, tropecé con una fila de comestibles y tumbé unas cuantas latas. Cuando fui a recogerlas vi a una mujer que se inclinó a ayudarme y entonces vi la cara, la figura, el porte completo de la mujer que parecía destinada a cambiar mi vida. Era de un rostro natural, iluminado con una sonrisa única, ojos de un brillo sedoso, cejas preciosas y cabello escrupulosamente desordenado, un cuerpo cuidado y unas manos lindas y unos pies pequeños y delicados. Ella se rio de mi torpeza con dulzura profiriendo la frase perfecta: «Te ayudaré a recoger tu pequeño desastre», con una voz que era como una caricia infinita.

—Gracias —atiné a decir.

Ella sonrió. Exhibía un hermoso gesto de picardía. Me inspiré y salí al ruedo.

—Si me lo permites, te invito a compartir algo de esta compra.

No dijo nada. Me miró otra vez.

—Insisto en invitarte a una copa de vino.

Se dirigió a la fila de la caja. Canceló su cuenta. No la podía dejar escapar. La tomé del brazo.

—Por favor —le rogué.

Esperó a que yo cancelara lo mío: unos cuantos quesos, tres botellas de vino, aceitunas, aceite de oliva.

—Le acepto un café en la panadería —me dijo. Tomé las bolsas de la compra y las llevé rápido a mi carro, mientras ella hacía lo mismo con las suyas. Regresó más pronto que yo a la panadería. Estaba de pie, esperándome cerca. Pasamos al interior del establecimiento.

—Tomaremos el café de pie —afirmó—, tengo que irme pronto. Mi marido no tarda en llegar.

—¡Pero yo debo verla de nuevo! Se lo suplico.

Tomamos los cafés sin dejar de mirarnos. Su mirada me lo dijo todo. De sus ojos salían unos reflejos maravillosos. Sacó su billetera, pagó los cafés y me extendió una tarjeta con su número telefónico. Mi corazón palpitaba alocadamente.

—Nos vemos —me dijo, dándome la mano. Ese fue el primer encuentro. Luego la llamé y nos vimos varias veces. Salimos por ahí a almorzar, a caminar por el parque, al cine, a cenar y luego otro día a la conclusión natural de todo aquello: a hacer el amor como nunca antes lo había hecho, con una intensidad casi sublime y conmovedora. Después de cumplir ese acto extraordinario me volví un obseso; no podía dejar de llamarla, de verla, de invitarla. Me daba treguas máximas de una semana para volver a encontrarla, y si algún obstáculo o imprevisto interfería nuestros encuentros, yo era presa de ataques de celos o ira, rompía objetos o me sumía en largas depresiones. Mi temperamento, conducta o comportamiento (ya no sabía cómo llamarlo) estaba completamente alterado, con lo cual comencé a tener problemas en la clínica y a sufrir de insomnio, a beber de más, a gastar dinero en cosas innecesarias y a tener relaciones con algunas de las enfermeras que había conocido antes, con la diferencia de que estaban ahora casi todas gordas, casadas o tristes.

Cuando en algún momento inesperado ella me llamaba, yo quedaba como paralizado. Ella solo lo hacía para saludarme, para saber cómo andaba, y entonces yo insistía en un nuevo encuentro y ella volvía a negarse. Un día la cité para informarle que deseaba casarme con ella, a lo que respondió con una risa nerviosa aunque bastante benigna, que tomé por ofensiva o humillante. Me encontraba ya pisando los terrenos patológicos de la paranoia, me estaba saliendo de quicio. Ella naturalmente no iba a abandonar a su familia, a su marido, a sus hijos o su estabilidad material para irse de aventuras con un médico solitario como yo. Mientras tanto yo me emborrachaba, me iba de farra con amigos y amigas, tejíamos situaciones delirantes u orgiásticas que me llevaban a una inmensa resaca moral. Poco a poco fui sacando fuerzas para enfrentarme a esta horrible realidad de haberme enamorado de una mujer casada; por suerte, y con mucho esfuerzo, salí de este abismo donde espero no volver a caer nunca más. A veces me quedaba sentado en el banco de algún parque pensando en nada, en qué destino me había arrojado a una situación tan extraña, qué dios absurdo había marcado mis pasos por la tierra para venir a experimentar estas situaciones tan descabelladas que parecían salidas de la mente de un esquizofrénico; puedo jurar por todos los santos que anhelaba una vida normal, una vida estable con una mujer que me permitiera dedicarme a unos hijos y una familia, a compartir mis horas en un hogar y tener hijos que tengan hijos para yo tener nietos y que si fuera posible, esos nietos tengan hijos para yo ser bisabuelo y el hecho de verlos le otorgue un sentido a este mundo que fuera de una buena familia no significa nada, absolutamente nada. A veces entro a algún templo, converso con gente reflexiva y profunda, con amigos escritores o pintores, pero también con abogados, ingenieros o arquitectos que tienen familias estables —menos con los médicos, que

viéndolo bien somos una sociedad ciertamente perversa— y he llegado a conclusiones parciales pero reveladoras, que bien pudieran salvarme de una serie de situaciones alocadas que no conducen a nada satisfactorio.

Meses después conocí a una colega en el departamento de radiología de la clínica, una mujer muy hermosa y delicada que compartía conmigo resultados de análisis, opiniones médicas, intelectuales y políticas. Salíamos juntos y poco a poco nos fuimos gustando; mansamente fuimos entrando el uno en el otro hasta que conectamos bien en lo profundo. Nos gustamos. Nos respetamos. Nos casamos. En el matrimonio aprendí a amarla. Fuimos felices. Pero un día unos análisis de laboratorio revelaron diabetes. La diabetes fue implacable con ella. Pese a los cuidados, las dietas, los tratamientos, la enfermedad la fue desgastando de manera inclemente. Yo no podía creer que la ciencia (de la que parecíamos unos inútiles representantes), que el destino o que el mismísimo Dios permitieran esto. Y un día aciago mi esposa falleció en mis brazos, en una habitación de la clínica donde ambos trabajábamos.

Estuve al borde del suicidio. Pensé en diversas maneras de procurarme la muerte: con somníferos, de un balazo, lanzándome desde un puente, ahorcándome, ahogándome. Pero no tenía el valor. Mis colegas me indicaron un tratamiento con tranquilizantes. Fui a ver a un amigo psiquiatra que no me dejaba estar solo en la casa. Mi madre vino a verme y mi padre, que se había separado de ella y a quien tenía por lo menos cinco años sin ver, también. Me consolaron, me dijeron palabras buenas, me transmitieron afecto.

Fui a ver a un sacerdote, asistí a misa, oré, leí los salmos y los evangelios, durante muchas semanas la *Sagrada Biblia* fue mi compañera inseparable. Visité varias iglesias. En una de ellas, cercana a mi casa, conocí a un sacerdote extraordinario que me dio consuelo, lo escuché atentamente y me

entregué a la oración. El sacerdote me presentó a una hermana de la caridad en esa parroquia que me atendió y dio oportunos consejos espirituales. Era una mujer dulce y joven, dispuesta a ayudarme. Tras aquellas vestiduras de monja yo adivinaba un cuerpo exquisito. Su rostro sublime, sus ojos, y sobre todo su voz, me hacían internarme por mundos de dulzura que aún no había conocido. Me enamoré de ella, quería verla todos los días, deseaba que repasara mis cabellos con su mano y me acariciara con su voz angelical, que me repitiera oraciones y leyera los salmos. Estaba completamente entregado. Un día le confesé mi amor y me dijo que eso no era posible, pues estaba entregada a Dios nuestro señor y que yo debía haber perdido la razón. Insistí en verla pero ella le confesó al padre de la parroquia la situación, y el párroco no tuvo más remedio que prohibirme la entrada al templo.

Tuve suerte para salir del embrollo. Me recluí en mi casa a orar unos días y a solicitar a Dios el perdón de mis pecados. Creo que fui escuchado. Dejé la bebida. Me puse a escribir pensamientos y aforismos, poemas de elevado tono lírico, algunos de ellos publicados en revistas. Visité algunos familiares en Valencia, Maracay, Barquisimeto y Mérida que también me consolaron. No me fue mal. En Mérida conocí a una muchacha, una estudiante de Literatura que me regaló sus palabras y su boca, sus poemas y sus piernas, su música y su ternura. Me besó, me acarició, me protegió de la mierda del mundo. Tomé de nuevo las riendas de mi vida. Me dediqué a la investigación sobre genética en aquella ciudad universitaria. Paseé con mi estudiante de Letras por el piedemonte andino, donde visitamos pueblitos y conocimos gente joven, brillante, con proyectos para el país. La vida relucía.

Un buen día mi estudiante de Letras me dice que le acaba de ser aprobada una beca para ir a estudiar en Londres, que se va para allá, donde tiene un hermano que la va a ayudar

con la residencia y todo lo demás. El viaje es inminente. Espera salir en apenas cuatro semanas. No me lo había dicho, se lo tenía guardado. Ya se encuentra preparando el viaje. Si quieres me acompañas, te vienes a Londres un tiempo conmigo, me dice. No me gusta para nada Londres ni los ingleses, solo me gusta ella, mi flor, mi riachuelo, mi acacia, mi dulce abismo. No puedo explicarle, así de repente, que ahora la necesito más que nunca, que ella es mi tabla de salvación. Las semanas pasan a una velocidad angustiante. Le digo que sí, le miento diciéndole que la iré a visitar pronto a Londres.

Llega el horrible día de su partida y la acompaño a tomar el avión al aeropuerto. Casi no tengo fuerzas para despedirla, ni siquiera para conducir mi propio automóvil, pero le digo adiós y me quedo en el andén como un imbécil, con los ojos llenos de lágrimas. Tomo un bus de regreso a Caracas, vengo desencajado, temblando de calor bajo una fuerte lluvia, casi una tormenta. Comienzo a tiritar. La mujer que llevo al lado me pregunta si me siento bien. Estoy tiritando de miedo, pero no puedo decirlo. Ella me ofrece sus manos, que yo palpo, beso. No me deje solo, por favor, le digo. No, no lo dejaré solo, me dice, todo va a salir bien. Me consuela, me acerca un pañuelo suyo, oloroso, saca una pastilla de su cartera, me mira a los ojos: es bella, bellísima. Le digo que vengo de atravesar una fuerte crisis amorosa y que no puede dejarme solo, que me acompañe al menos hasta un sitio amable en Caracas, un sitio donde podamos tomar algo. Necesito tu compañía hasta que me recupere un poco, le digo, estoy sudando copiosamente y temblando en medio del calor. Creo que tienes fiebre, me dice, estás prendido en fiebre, niño mío, cuando lleguemos a Caracas te tomarás un par de aspirinas y un té, o llamaremos a un médico. Ahora médicos no, le digo, médicos no, por favor, solo te necesito a ti, a ti solamente.

Pronto llegamos a Caracas e hicimos lo propio. Nos dirigimos al hotel Milton; una vez en el café del hotel me calmo, tomo una aspirina y luego nos vamos a un parque cercano y nos sentamos en un banco; yo me voy acercando a su cuerpo, a acurrucarme en él, ella me brinda sus senos como soporte a mis penas, son como dos almohadas celestes, mi cabeza reposa entre las nubes de sus pechos y casi me duermo. Ella me sigue la corriente, me acompaña hasta la habitación, se mete conmigo entre las sábanas y ahí dormimos los dos. Al despertar me deja amarla con toda mi angustia y mi miedo, mi soledad; creo que no hay nada más hermoso en este mundo que amar a una mujer cuando uno está desesperado y encuentra en ella todas las respuestas al mundo, nada más hermoso que meterse en el cuerpo de una mujer y de su ser, ser poseído totalmente por ella hasta perder la propia identidad, convertirse de pronto y en una sola ráfaga en un ser que se libera de todas las perversidades e inmundicias de este absurdo universo…

Cuando despierto en la mañana en el hotel, la bella mujer no está a mi lado. Se ha ido y me ha dejado una nota donde me dice que me cuide. ¿Cómo voy a cuidarme yo solo, Dios mío? Salto de la cama a la ducha, me visto y salgo de la habitación, voy al *lobby* del hotel y cuando llego descubro que ahí están sentadas todas mis mujeres, sonrientes, esperándome; absolutamente todas las que han pasado por mi vida, cada una más bella que la otra; están ahí esperándome para mimarme y protegerme, para darme su amor; se me vienen encima todas al mismo tiempo a besarme y abrazarme y me ahogan con sus caricias, me quitan la respiración con sus bocas anhelantes, se rasgan las ropas y me ofrecen sus pieles desnudas, me dejan sepultado para siempre en este sitio, en este lugar maravilloso desde donde no puedo, no quiero, no deseo por ninguna razón moverme nunca más.

El despertar

Nataniel José de la Cruz Pérez, cédula de identidad número 18.343.159, el día miércoles 22 de enero del año 2014, a las 9:47 de la noche, se dispuso a ir a dormir a su acostumbrada cama en la habitación del departamento número 24 donde vivía solo en aquel edificio, no sin antes lavarse los dientes, darse una ducha fría, colocarse su pijama y programar el reloj despertador para levantarse al otro día a trabajar en la oficina. Metió las piernas bajo las sábanas, tomó un periódico de la mesita de noche y lo hojeó con desgano, sin leerlo, dio un par de bostezos y apagó la lámpara de noche, cerró los ojos, metió la cabeza en la almohada y se quedó profundamente dormido.

* * *

Después de abrir los ojos al otro día, con el sonido del despertador, estiró las piernas y los brazos para desperezarse, dio un bostezo y se levantó de la cama, introdujo los pies en sus pantuflas y se dirigió al cuarto de baño. Abrió la puerta, y en

el momento de mirarse al espejo, se dio cuenta de que aquel rostro no era su rostro. Dio entonces un grito de espanto, que luego se fue ahogando en su garganta; cayó al piso y se fue arrastrando por una alfombra color gris que nunca había visto; gateó hasta una silla donde estaban colocados sus pantalones y sacó de uno de sus bolsillos la billetera para buscar un carnet que le permitiera cerciorarse de su identidad, pero no había documento alguno que le permitiera comprobarlo.

Evitando el espejo, se dio una ducha, se vistió en aquella habitación que no conocía, caminó hacia una de las ventanas del apartamento y vio desde ahí un paisaje que no correspondía a nada que hubiera visto antes: era un gran bosque surcado de ríos por donde corrían o pacían animales, volaban pájaros y batía una fresca brisa, un paisaje coronado por un sol radiante y un cielo clarísimo, rematado por un inmenso arcoíris que Nataniel José contempló al borde del llanto.

Se volvió hacia el interior de la sala y la detalló; no vio aparatos de radio, televisión o refrigeradores sino solo estantes con algunos objetos y esculturas pequeñas, floreros, algunos libros. Sintió curiosidad por los libros y tomó uno de ellos, de páginas gruesas, como de pergamino, manuscritas en una lengua que no era el castellano ni ninguna otra lengua de grafía occidental, un volumen con las tapas forjadas en cuero. En la cocina había una estufa y algunas ollas y platos de barro, una despensa con frutas y legumbres, un cántaro del que vertió en una taza rústica un poco de agua para beberla, y que le refrescó profundamente. Luego intentó abrir la puerta de la casa, pero no le fue posible. Tampoco encontró llaves que encajaran en la inmensa ranura de la cerradura.

Lo único que desentonaba con el resto del departamento era el cuarto de baño, que tenía un diseño completamente distinto del resto. Estuvo dando vueltas y caminando de aquí para allá y de allá para acá, y luego se quedó mirando en

detalle aquel departamento de aspecto vetusto e inquietante.Se asomó por las ventanas de otros cuartos y solo vio el mismo paisaje de bosque intrincado. Nataniel se consoló pensando que todo aquello no podía ser sino el fruto de un mal sueño. Con la mano se dio golpes en la cabeza y en el baño se echó agua en la cara; volvió a asomarse por la ventana principal y detalló abajo las figuras de hombres y mujeres indígenas semidesnudos que caminaban por las riberas de un río, a quienes gritó, sin ser oído. Perdió los cabales y pateó la puerta, profiriendo gritos de auxilio. No le sirvió de nada. Entonces se echó a llorar. Bebió más agua. Se dirigió de nuevo a los estantes, tomó un libro y se puso a leer una historia universal que estaba fechada hasta el año 1000. No podía entender.

Aguardó impaciente la noche. Apenas oscureció retornó a su cama, con la esperanza de recobrar el sueño. Ejecutó exactamente el rito de lavarse los dientes, ponerse el pijama, meter las piernas bajo las sábanas. De modo mecánico tomó una vieja Biblia que estaba en la mesita de noche, rezó un padrenuestro y cerró los ojos, hasta que paulatinamente fue conciliando el sueño.

* * *

Al otro día, apenas abrió los ojos, no esperó ni un instante para dirigirse a la ventana y contemplar la vista: ahí estaba una ciudad llena de rascacielos, autopistas con automóviles veloces, trenes ultrarrápidos, densas nubes de *smog* y un ruido ensordecedor. Fue al lavabo a reconocerse, viendo con alivio que había recuperado su antiguo rostro. Entró a la ducha y, sin necesidad de tocar los grifos, salió agua y luego jabón de la regadera; luego, un aparato calentador de ambiente secó su cuerpo con un liviano vapor. La ropa nueva también estaba

a la mano; apenas se acercó al ropero giratorio, las prendas de vestir estuvieron al alcance de su mano. Se colocó un elegante traje color gris; después entró al cuarto de estudio —donde relucían monitores y ordenadores de última generación— para buscar su computadora portátil y ultraliviana; luego sacó de una de las gavetas del escritorio su billetera, para buscar en ella su documento de identidad laminado, constatando que su nombre y su rostro correspondían con los que estaban impresos allí. Se puso de nuevo en movimiento para buscar las llaves de la puerta del departamento, colocadas detrás del acostumbrado perchero donde las colgaba. Las tomó e introdujo al fin una de ellas en la cerradura para abrir la puerta y salir de una vez por todas al mundo exterior.

Apenas salió, lo interceptaron dos hombres a punta de pistola que le exigieron su cartera con el dinero que allí tenía. Él se los entregó sin oponer ninguna resistencia. Pese a esto, uno de los hombres se le quedó mirando un rato antes de hacerle un disparo en el pecho que dejó a Nataniel José de la Cruz Pérez tendido en el piso 24 del edificio donde vivía solo, aquel miércoles 22 de enero a las 8:47 minutos de la mañana del año 2160.

El jazz de los fantasmas

Comencé a seguirlo desde que lo vi leyendo esa tarde en el interior del café London City, en la avenida de Mayo. Hojeaba nerviosamente el diario mientras tomaba una rebosante taza de café retinto y aspiraba un aromático Gauloise, cuyas trizas escupía con delicadeza sobre sus dedos índice y pulgar. Luego de terminar el café, fumar el cigarrillo y hojear el periódico, Julio se levantó, pagó la cuenta y salió del London City hacia la avenida, no sin antes mirar a los lados, como si alguien lo estuviera siguiendo… ¡y tenía razón! Era yo quien lo seguía, aunque él no lo supiera.

Tenía en mis manos un ejemplar de su libro *El perseguidor*, un relato que me había cambiado la vida y sobre el que deseaba hacerle algunas preguntas, pues entre sus páginas vivía un personaje que había sido mi amiga en la vida real y estaba ahí convertida en una marquesa adinerada y coqueta, amante del arte y de la música, quien pagaba todas las rondas de tragos; a ella la había conocido en Caracas tiempo atrás, cuando viajaba por todo el mundo y luego había ido a Paris

a derrochar su fortuna con amigos escritores, pintores o músicos de jazz: una amiga mía, quien aparecía en aquella obra con el nombre de Tica, muy cercana a mi familia, de gran influencia en mis gustos musicales y literarios.

Julio salió del London City y se dirigió a la Plaza de Mayo, donde se sentó en uno de los bancos en actitud de esperar a alguien. Pero ese alguien no llegaba. Yo me senté en otro de los bancos, a suficiente distancia de él, a fin de que no se percatara de que lo seguía. Por fortuna no me conocía, no me había visto nunca, era como invisible para él. Una niñita se acercó a Julio con una flor en la mano y Julio la recibió. Este gesto le enterneció tanto que estuvo a punto de romper en sollozos, como comprobé a través del movimiento quebrado de sus labios y sus ojos acuosos. Después vio pasar un grupo de integrantes de las Madres de Mayo, mostrando cartelitos con fotos de sus hijos desaparecidos; luego una jovencita se sentó a su lado y le sonrió; la joven llevaba una minifalda y sus piernas eran tan tersas que sacaron del rostro de Julio una lejana sonrisa. Se levantó al fin, encendió un Gauloise que aspiró profundo, miró a los lados nerviosamente, como cerciorándose de que ningún intruso anduviese por ahí. Yo no podía ser pues no me conocía; su único perseguidor era un personaje literario y se llamaba Bruno, yendo detrás de Johnny por todo Paris para escribir un libro sobre él. Johnny encarnaba en el relato a Charlie Parker, el saxofonista que creó el estilo más virtuoso y rápido del jazz, el be bop. Johnny era el maestro de Dizzy y de Miles y de Coltrane y de todos los demás, íntimo amigo de Tica Jiménez, pariente mía de Caracas que anduvo años por los cafés de Paris y había estudiado música en un conservatorio de la «capital del cielo» —así se llamaba a Caracas entonces, pues era considerada una ciudad divina, si tomamos en cuenta que para los venezolanos lo divino es, además de lo celestial, algo que puede

saborearse: un helado, una torta, una cerveza fría o unos labios de mujer—. Tica no pudo ser saxofonista pero sí una buena compositora que le dio a Johnny muchas piezas para que este las tocara, con la única condición de que no dijese que eran suyas, pero eso sí: se las pagaba bien cuando se convertían en éxitos, y en eso Johnny sí cumplió, pues cada vez que llegaba un buen número de francos los repartían entre los chicos pobres de Paris o Caracas, y eso le gustaba mucho a la madre de Tica, Corina se llamaba, pariente mía. Corina siempre decía que su hija estaba maravillosamente bien allá en París, imagínate tú, los bares nocturnos de la «ciudad lu», los vinos, la Tour Eiffel y el bulevar Saint Germain y Montmartre, qué cosa tan linda, parece un sueño que mi hija Tica esté allá feliz de la vida teniendo tantos amigos, músicos e intelectuales conocidos en todo el mundo, escribe, compone y sale a pasear por las calles de Paris con sus amigos y me recuerda, me quiere mucho, Aloisius, me quiere mucho.

Hace años aproveché una estancia en Paris, en un breve *tour* de una semana por parte de la empresa donde trabajaba, para hacer un recorrido toda una noche por los clubes de jazz, principalmente por el Blue Note, donde habían estado todos ellos: Parker, Coltrane, Davis, Gillespie y Ella en los años cincuenta y sesenta, y aquella noche estaban unos músicos de jazz jóvenes, franceses, alemanes y españoles que tocaban estupendamente, con una cantante y un pianista de primera que me regalaron sus notas. Lamentablemente, ya Tica había muerto cuando fui esa vez, pero la recordé como si la estuviera viendo sentada ahí conmigo mientras oía a los jazzistas, especialmente al pianista, quien tocaba el piano a la manera de Bill Evans, con una dulzura tremenda.

Estuve recordando aquella noche en Paris durante años, pues en verdad mi viaje estaba movido por el misterio: Tica había desaparecido en Paris sin dejar rastro; nunca más se

supo de ella, dejó de escribirnos y su madre perdió la razón debido a la inexplicable ausencia, poco a poco se convenció de que su hija estaba viva en Paris y fue adquiriendo ese aire ausente propio de la locura, que nos sumió a todos en la más profunda tristeza.

Este es el motivo de mis pesquisas. Cuando vi el nombre de Tica en el relato sobre Johnny que hace Julio, decidí venir a Buenos Aires a conocer al escritor de aquella obra, a través de quien esperaba obtener algunas pistas reales de mi amiga, pues había usado en su relato su nombre real, solo que sin su apellido verdadero. Cortázar se encuentra ahora aquí en Buenos Aires invitado por un congreso de escritores movidos por las causas sociales de América Latina, donde participan autores de numerosos países. Yo colaboro no como escritor —porque no lo soy— sino como profesor de literatura latinoamericana en la Universidad Central de Venezuela, y figuro en el comité organizador del congreso. Sabiendo de la presencia de Julio aquí, no podía perder la ocasión para tratar de esclarecer el enigma de la súbita desaparición de Tica.

Esperé casi toda la tarde a que Julio se encontrara con alguien. Al final, cuando ya estaba oscureciendo y yo a punto de irme, apareció en la Plaza de Mayo un hombre con un sobretodo negro que abrazó a Julio y caminó con él hacia el extremo sur de la plaza. Los seguí. Entraron a una librería-bar situada a unas cuadras de ahí. Esperé un tiempo prudencial para entrar yo también. En el nivel inferior de la librería había un bar decorado con fotos de pintores y escritores. A una de las mesas estaban sentados Julio y el hombre del sobretodo negro, que en ese momento se quitaba el sombrero y encendía un cigarrillo, mientras Julio ordenaba un vino y un emparedado de queso. Yo fingí curiosear entre los anaqueles de libros y los veía con el rabillo del ojo. Al fin, Julio dijo:

—Qué bueno que llegaste Raúl, porque tengo el tiempo limitado por este asunto del congreso y mañana debo estar temprano en la Universidad con un montón de entrevistas y charlas. —Metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y le dijo—: Aquí tienes Raúl, aquí te he traído la cinta —poniendo sobre la mesa un estuche.

—¿Está todo el libro ahí, con la lista de desaparecidos? —pregunto Raúl.

—Sí, está completo. Y tené mucho cuidado cuando lo publiques. —dijo Julio.

—Aquí está tu contrato para que le pongás tu firma al final —dijo Raúl en tono típicamente bonaerense—. Debés tener cuidado mientras estés aquí, porque la represión ha sido muy fuerte en estos días —dijo.

—Sí, tenés razón —dijo Julio—, a partir de mañana, cuando salgan las entrevistas, los periodistas y la televisión se volcarán sobre mí, cosa que me parece un verdadero fastidio.

—El precio de la fama, don Julio, el precio de la fama —dijo Raúl en tono de broma.

Julio firmó el contrato y ordenó otro vino para terminar de comer el emparedado.

—¿Y cómo va la editorial? —pregunto Julio.

—Poco a poco, al menos sin pérdidas. Los libros se venden lentamente, pero se venden…

—Bueno Raúl, ahora debo irme a descansar —dijo Julio—. Nos vemos otro día. Estoy hecho papilla. Además, debo hacer algunas notas para las charlas de mañana —agregó.

—Te acompaño hasta el hotel.

—De acuerdo.

Julio y Raúl salieron. Me quedé en la librería un rato más, para no despertar sospechas; luego aligeré el paso para darles alcance y ver en qué hotel estaba Julio. Era un edificio bastante discreto; más bien parecía una residencia, sin

nombre visible, en la calle Corrientes. Raúl despidió a Julio en la puerta.

Estando en la librería había pasado varias veces frente a Julio para que él, al verme de manera indirecta, pudiera percibirme al siguiente día durante el congreso como una presencia en segundo plano, dado como era a las percepciones oblicuas o extrañas. Por los momentos solo había averiguado que acababa de firmar un contrato con un editor, que debía cuidarse de los periodistas y andaba muy cansado. De todas maneras no hubiese podido abordarlo esa tarde.

Tuve una noche bastante intranquila. Di muchas vueltas en la cama pues no lograba conciliar el sueño; al fin, cuando logré hacerlo, soñé un remolino de cosas donde circulaban imágenes de Johnny Carter tocando el saxo, Julio la trompeta y yo el piano mientras Tica cantaba, pero el piano estaba roto y yo no podía seguir la voz marchita de Tica interpretando el «Summertime» más triste que oído humano haya podido escuchar, las notas se metían en mi alma haciéndole agujeros melancólicos y yo tenía que decirle a Tica que no cantara más, porque era demasiado. Afortunadamente, dormí una hora sin pesadillas y logré darme un buen baño, devorar un par de huevos fritos con tostadas, beber jugo de naranja y café, para luego encaminarme al congreso de escritores en la universidad, cuya organización fue ardua. Hubo allí trabajos literarios interesantes, pero yo solo estaba motivado en seguir a Julio para que me aclarara en qué circunstancias había conocido a Tica y cuál había sido la relación real de esta con Johnny, más allá de ser una marquesa millonaria que pagaba los tragos y las drogas, hasta qué punto la había mixtificado en su relato… Había puesto el nombre real de Tica en un cuento de ficción y estaba claro que Johnny Carter-Charlie Parker había sido acompañado por un escritor como él, poniéndose en el cuento el nombre de Bruno, un crítico de jazz que había escrito un

libro sobre Johnny, un libro que nunca se escribió como no fuera en la extraordinaria ficción de *El perseguidor*, un libro para hacer un secreto tributo al jazz y a los jazzistas y a todo lo que estos representaban para la música, la sensibilidad y la vida de todos nosotros en aquellos años; una música que nos hacía vivir y respirar como ninguna otra, se metía en nuestras alcobas, en nuestras bebidas y en nuestro destino, así como lo habíamos sentido en otra obra de Julio, *Rayuela,* y en los libros de Boris Vian o de Jack Kerouac, donde se respiraba la existencia en estado puro, la cotidianidad azarosa y el riesgo de vivir cobijados bajo el manto de la poesía, de una suerte de bendición que habitaba en la magia de los años sesenta, de la cual todos habíamos participado de alguna manera.

Todo esto lo llevaba de algún modo en la cabeza para derramarlo en la primera ocasión que tuviese de estar frente a él, pero Julio no apareció esa mañana en el congreso pese a ser uno de los invitados más importantes. Las autoridades universitarias no se explicaban qué había sucedido, pues tenía previsto un encuentro con los estudiantes y no asistió; no me atreví a decirles que lo había estado siguiendo el día anterior. Pero cuando notaron que por la tarde Julio tampoco aparecía, el nerviosismo se volvió preocupación. Les tuve que decir que había visto a Julio entrar al final de la tarde a una casa de residencias y entonces me contestaron que eso era imposible, que Julio se estaba alojando en el hotel Hilton, pues ahí habían realizado las reservaciones. Les juro por Dios que ayer como a las tres de la tarde Julio salió del London City, les dije, y luego estuvo sentado en la Plaza de Mayo. Además de eso, y para mi asombro, dos profesores de la Universidad de Buenos Aires, Ana Tortoni y Bernardo Moore, me aseguraron que ellos en persona lo habían ido a visitar al Hilton y lo vieron subiendo las escaleras hacia su habitación. En ese momento se me desarmó la realidad. No sabía qué demonios estaba

haciendo allí. Los profesores no podían estar mintiendo, y al pensarlo mejor, era posible que les estuviesen mintiendo a ellos también. Sopesé entonces dos posibilidades: que uno de los dos Julios fuera falso, o que fuese un clon o un gemelo del otro y nos estaba gastando una broma siniestra. Julio era perfectamente capaz de hacer esto y más, de contratar a alguien parecido a él para despistar a los periodistas o a los profesores, mientras el Julio verdadero estaba hablando sobre algo importante para él en una librería con un editor. Yo oí cuando le dijo al editor que al otro día iría a la Universidad, lo cual no significaba necesariamente que le estaba diciendo una verdad al editor.

Lo cierto es que nada de esto me importaba ya. Lo único que quería saber era la verdad acerca de Tica, de su vida en Paris y de sus andanzas por los cafés al lado de Johnny y de su mujer, Dédeé; de Marcel Gavoty, Art Bucaya, Billy Taylor, Bay Lenox y otros tantos músicos de jazz, y por qué Tica había desaparecido para siempre sin dejar rastro. En ese momento me di cuenta de que Cortázar también había desaparecido de Buenos Aires y de que el asunto de las dos desapariciones en una misma historia podía ser parte de una alucinación producida por la literatura y por el jazz simultáneamente, que una conjunción de poesía, jazz, alcohol, heroína, marihuana y asombro podía ser una mezcla letal en determinado momento, sobre todo en aquella circunstancia política que estaban viviendo Argentina y Venezuela, países que habían compartido cosas buenas y ahora estaban viviendo momentos políticos antagónicos.

Pero ese no era el asunto ahora. Lo importante era averiguar la verdad. Y ello no era posible hasta que no apareciese alguno de los dos Julios. Fuimos Ana Tortoni, Bernardo Moore y yo al hotel Hilton y no estaba; fuimos a la residencia de la calle Corrientes y tampoco, ni siquiera había

dejado una nota; sin embargo, en ambos alojamientos aparecía registrado, lo cual era también posible pero inexplicable en ese momento, teniendo en cuenta que Julio era capaz de hacer bromas inverosímiles como esa y mucho más. Lo que nos preocupaba ahora era su seguridad personal, podía haber sido víctima de un atraco o un robo, incluso de algún atentado político. Seguimos esperando pero nada, no aparecía.

Llegó la noche y con ella las dudas se multiplicaron, porque Julio no aparecía por ninguna parte, y entonces tuvimos que acudir a la policía a notificar el asunto de manera pública. Les explicamos a los oficiales la situación. Tomaron nota de cuanto les dijimos y prometieron activar de inmediato un operativo. Primero recorrieron con patrullas los alrededores del hotel, la residencia y la universidad, por si Julio se había ido de juerga por ahí con algunos jóvenes o mujeres y recorrimos cafés, bares, pizzerías y hasta ciertos antros y lupanares cuyos ambientes llamaron mi atención poderosamente con su música de tango, boleros y jazz. Al oír los acordes de jazz en uno de estos locales, pequeño y acogedor, pensé en mi amiga Tica y también surgió en mi cabeza la idea disparatada de que podía andar por ahí cantando o haciendo algún negocio en favor de los músicos, pues ella solía comprarles instrumentos musicales, les pagaba la droga y se acostaba con alguno si le venía en gana; en eso ella era libre como nadie. Hasta se me ocurrió que Tica podía estar encontrándose por allí secretamente con el fantasma de Julio, lo cual era poco menos que una insensatez si consideramos el suceso desde el punto de vista de la realidad fáctica; pero si lo veíamos desde el ángulo de la realidad literaria, no; era completamente normal no solo para un cuento fantástico al estilo de los de Julio, sino también para un relato realista tan notable como *El perseguidor*. A fin de cuentas, yo no estaba esperando solamente una explicación racional; esta también podía ser metafísica,

simbólica o mítica, una explicación convincente, no importaba de qué naturaleza.

Era casi medianoche y nos asaltaba un fuerte sentimiento de desazón. El grupo de profesores y estudiantes de la universidad se había desplegado por varias cuadras a la redonda en busca de Julio, sin ningún resultado. Por fin, cuando nos encontrábamos descansando en unos bancos públicos llegó una estudiante corriendo hasta donde estábamos, diciendo que había visto a Julio o a alguien parecido dentro de una cabina telefónica haciendo una llamada, y que no se atrevió a molestarlo. Esperó un buen rato a que terminara de llamar y apenas se descuidó un instante, la cabina ya estaba ocupada por otra persona; nos explicó que no era posible que se hubiese esfumado tan rápido, como si se hubiese disipado en el viento. Lo buscó en las cuadras vecinas, sin suerte, y entonces vino hasta nosotros. Ella estaba segura de que se trataba de Cortázar, pues era un escritor por quien la chica profesaba una admiración casi idolátrica y guardaba una colección de fotos suyas recientes en su carpeta de estudiante.

Como a las cuatro de la madrugada abandonamos la búsqueda. El congreso de escritores se realizó sin la presencia de Cortázar. La noticia trascendió a los medios y se convirtió en un suceso escandaloso que movilizó a la policía y a las fuerzas de seguridad. Los medios de comunicación se dieron banquete. El hecho se convirtió en un escándalo. Durante la mañana de ese miércoles se supo por un periódico francés que Julio Cortázar no había salido de Paris, ciudad donde vivía desde hacía muchos años. Fue entrevistado por un reportero televisivo en su casa; lucía ojeroso y desencajado, estaba saliendo de una fuerte virosis y fiebre que lo postraron varios días en cama, lo cual le impidió tomar a tiempo el avión hacia Buenos Aires. Se disculpó públicamente, anunciando además que su mujer Carol estaba de viaje, el teléfono

de su casa dañado, un fuerte aguacero había caído en Paris y un largo etcétera, y ello le había impedido aún más notificar a tiempo a la universidad el percance, por lo cual se disculpó, visiblemente preocupado.

Caí en depresión. Mi mente se disoció. No sabía a quién había visto aquella tarde en Buenos Aires leyendo, fumando y saliendo del London City o sentado en la Plaza de Mayo, y luego en la librería. El testimonio de Ana Tortoni y de Bernardo Moore, quienes lo habían visitado en el hotel Hilton, me ayudó a salir por un instante de mi anonadamiento. De no haber sido por su testimonio, con toda seguridad me hubiesen considerado un insano mental. Sin embargo todos quedamos con la duda, pues Cortázar no había sido visto por nadie más. Se me ocurrió mencionar a un editor llamado Raúl, director de la Editorial Suramericana, a quien fuimos a visitar lo más pronto que pudimos. En la casa editora nos dijeron que el señor Raúl Alberto Piglia —así se llamaba— se encontraba en Francia, manejando personalmente varios asuntos editoriales. Es decir que yo había visto a Raúl Piglia aunque este se encontraba en París, donde seguramente había tenido la entrevista con Julio que yo había presenciado en Buenos Aires. ¡Era el colmo!

Bernardo, Ana y yo nos fuimos a un bar a emborracharnos, no podíamos hacer nada más sensato. Hablamos del asunto, de lo que habíamos visto o creído ver. Llegamos a una primera conclusión: los tres habíamos visto a Julio pero en ningún momento habíamos hablado con él; ni siquiera había alguna prueba de que él había respondido nuestros saludos. Ana y Bernardo lo vieron subiendo la escalera del Hilton hacia la habitación, mientras Julio les hacía desde lejos una seña de que estaba muy cansado y se iba a dormir, juntando las manos en su mejilla a la manera de almohada y entrecerrando los ojos, y ellos lo dejaron tranquilo. Lo mismo yo.

Nunca hablé con él, ni me percaté siquiera de que me hubiera visto, y aunque le crucé por delante en la librería, no hizo el menor movimiento en dirección hacia donde yo estaba. De modo que en medio de todo esto era posible que un *alter ego* de Cortázar se hubiese desplazado de Paris a Buenos Aires a visitarnos. Ana y Bernardo estaban pálidos y yo estupefacto. Ahora los tres parecíamos fantasmas de nosotros mismos. Pedimos otra botella de whisky con la intención de acelerar la borrachera… y lo logramos. Les comenté el misterio de Tica, mi amiga la falsa marquesa, de su aparición y desaparición en París, del nexo real que tuvo conmigo en Caracas, de nuestra amistad y de cómo se trasladó desde las páginas de *El perseguidor* hasta el Paris de verdad sin dejar rastro alguno, generando una especie de obsesión entre nosotros, su madre y yo, hasta que al fin, movido en mi interior por una curiosidad que se volvió obsesión, se vio repotenciada esta historia por la maravillosa ebriedad que experimentábamos en aquel momento.

Nos movimos hacia otro bar con la intención de oír buen jazz, como bien lo merecíamos, para continuar en aquella especie de catarsis. Ahí estaban los músicos en el escenario arpegiando sus instrumentos, el piano, la trompeta, el saxo, la batería, el bajo. De pronto se les unió una cantante, a la que presentaron como Mónica Cortázar. Qué casualidad, anotamos. La chica cantó muy bien varios *standards* de jazz y el grupo seguía pausadamente, sin estridencias. Con ese apellido tan común en Argentina, y con aquel porte y el aire enigmático de aquella rubia altísima en medio de aquel ambiente saturado de humo de cigarrillo y voces gangosas, besos furtivos en sillones mullidos, tintineo de vasos y frases a medio pronunciar, la atmósfera del lugar se prestaba para desarrollar una nueva historia. Miré bien a Mónica, la rubia altísima, fumando y compartiendo con los asistentes, y su figura se

desdibujaba más y más; en mi ebriedad quizá la confundí con Tica; quería que fuera Tica cantando una canción para mí. En una de las pausas del grupo Bernardo se le acercó y le preguntó si había leído a Julio Cortázar. Mónica le dijo claro que sí, por supuesto que lo he leído, ¿quién no ha leído a Julio Cortázar en esta ciudad?, él forma parte de nuestra mitología cotidiana, de nuestro modo de sentir.

Después fue a sentarse con un grupo de amigos a una de las mesas del bar, y yo sentí que aquella mujer llevaba consigo algo que podía revelarme. Estimulado por los tragos, saqué valor para acercármele e invitarla a un trago, que ella aceptó; andaba acompañada de un hombre que parecía celarla; no era uno de los músicos sino un tipo ladino que me clavaba los ojos con acritud, pero aun así logré cierta cercanía para preguntarle si no había tenido noticia de la presencia de Cortázar en Buenos Aires y me dijo claro que sí, fui a verlo una de estas tardes pero no asistió al evento a donde estaba invitado, aunque un amigo mío lo vio caminando por la avenida de Mayo, cosa rara porque después los periódicos desmintieron la noticia. Quedé pendiente de hablar con aquel amigo de la cantante que de seguro nos sería de gran utilidad en el asunto. Mientras hablaba noté que Mónica estaba como transfigurada; después que comenzó a cantar otra vez no pude dejar de identificarla con el personaje del cuento, y cuando estaba en el punto más inspirado de su canción quedé convencido de que ya no era tan apremiante seguir obsesivamente las pistas de Tica sino comprender a aquel alguien que vivía dentro de Charlie Parker, quien perseguía un ideal estético y deseaba fundirlo a su propia existencia, tal vez sin conseguirlo pero intentándolo siempre, viendo alucinaciones como aquella de un campo repleto de urnas, pero también experimentando momentos maravillosos, como cuando se sumergía en aquel gran océano de sonidos hasta el éxtasis;

o como aquella vez en que tocaba con Miles Davis y Miles tocó algo tan hermoso que casi me tira de la silla, y entonces me largué, cerré los ojos, volaba, te juro que volaba… Me oía como si desde un sitio lejanísimo pero dentro de mí mismo, al lado de mi mismo, alguien estuviera de pie…, le dijo a su amigo Bruno, el periodista que escribía su biografía, recordando que en el relato de Julio el día de la muerte de Johnny este se encontraba en casa de Tica con todo el arsenal de alcohol y marihuana al alcance de la mano, hablando de abandonar el jazz y de irse a vivir a México y trabajar en el campo, ahí frente al televisor donde estaban presentando un programa de comedias que lo hizo reír hasta la asfixia, y toda aquella historia se cruzaba con la mía acerca de la verdadera Tica, y entonces quedé convencido de que ya había hallado las pistas en Cortázar el otro perseguidor, y yo el perseguidor de Julio, aunque estas no iban a poder ser reveladas por ahora, pues se hallaban inmersas en las innumerables composiciones que los fantasmas del jazz seguirían construyendo en las noches con su música prodigiosa, y que Tica y Mónica seguían alimentando con aquel doble juego de ausencia-presencia en aquel bar de Buenos Aires, en aquella noche que se había convertido ya en el mejor alivio para mi dolida memoria.

La conferencia

Llegó un momento en mi profesión de carpintero en que ya casi nadie solicitaba mis servicios; oficio que había heredado de mi padre y del cual viví por largos años. Mi padre siempre fue una persona meticulosa; los trabajos de carpintería tenían un acabado muy elogiado por los más exigentes artesanos y ebanistas. Desde niño visitaba el taller de mi padre; me gustaba el olor de la madera y ver las virutas regadas por el piso; el viento las soplaba aquí y allá. Aprendí el oficio pronto, aunque no a la altura de mi padre. Poco a poco las personas fueron admirando mis trabajos y yo me esmeraba en hacerlos de calidad. Los pagaban muy bien. A medida que avanzó mi edad los pedidos se hicieron menos frecuentes; de modo que me limité a hacer algunas piezas por encargo, mientras mis ayudantes en el taller hacían lo posible por estar al día con los trabajos; pero al cabo de los años me vi obligado a pagarles las prestaciones como trabajadores, me sentí fatigado y tuve que cerrar e idear otras formas de ganarme la vida.

Descansé un tiempo y después me dediqué a lo que más me gustaba: leer. Leía de todo: diarios y revistas, libros,

diccionarios, enciclopedias y folletos. Mis conversaciones con mi mujer y amigos dieron un giro hacia lo intelectual; mis amigos me decían estar asombrados de cuánto conocimiento podía yo acumular: conceptos y datos importantes acerca de procesos sociales, históricos e intelectuales, literatura, ciencia y arte. Mi mujer confesó con orgullo que mi vida había dado un vuelco inesperado; mis amigos me llamaban «el intelectual» y hacían chanzas conmigo. En las noches leía filosofía y en el día cuentos, novelas y poesía a cualquier hora; los poemas los usaba como una especie de tónico, de aliciente para vivir; se los leía a mi mujer, a mis amigos y a personas conocidas que me agradecían el gesto. A veces leía cuentos a los niños y fragmentos morales a los ancianos para darles ánimo; yo mismo me fui reconstruyendo interiormente con la lectura de una manera impresionante; estaba asombrado de cuánto había ganado mi espíritu y enriquecido mi vida social, la alegría que había comunicado a tantas personas y el conocimiento que estaba impartiendo a otros. Uno de mis amigos me dijo que me había convertido en un gran profesor, que mis disertaciones eran brillantes y que era posible impartir clases en cualquier centro de estudios, asegurando que podía dedicarme a eso y convertirlo en mi profesión si así lo deseaba.

Mi mujer estaba muy orgullosa de mí. Tanto que desperté en ella nuevos ardores eróticos que aproveché al máximo y me dieron impulso para seguir. Compré libros nuevos y comencé a organizar una biblioteca; la gente me obsequiaba volúmenes, me traía escritos para revisar y corregir, entre los cuales había algunos de gran calidad literaria, poetas y narradores espontáneos de inmenso talento. Y yo me sentía orgulloso de poder reconocerlos, el hecho de que gente de apariencia común y corriente, como yo, fuera capaz de construir mundos mediante el lenguaje y alentar a otros a realizar hallazgos artísticos de calidad usando las palabras.

Un buen día estaba haciendo una siesta junto a mi mujer, cuando llamaron a la puerta de mi casa. Al abrir vi parado frente a mí a un señor bien vestido que se identificó como jefe de una cátedra filosófica de la Universidad Nacional. Preguntó mi nombre y al responderle me dijo estar muy interesado en conversar conmigo. Lo invité a pasar. Yo estaba bastante asombrado. Apenas tomó asiento en uno de los muebles del recibo, dijo:

—Estimado amigo, quiero hacerle una propuesta. Me he enterado de sus conversaciones informales con sus amigos en bares y cafés, y ellas están causando un verdadero revuelo en los medios culturales de la ciudad. Así que tenemos el honor de invitarle a que pronuncie una conferencia el Día del Profesor Universitario, a celebrarse el próximo mes en los recintos de la Universidad, en calidad de Orador de Orden.

Yo me quedé cortado por el asombro. No podía imaginarme todo aquello: un simple carpintero dando una charla frente a un grupo de eminentes profesores y estudiantes de avanzada. Mi mujer estaba con la boca abierta y me miraba con ojos de perrita cariñosa. El profesor concluyó su invitación con una sonrisa magisterial que no dejaba lugar a dudas.

—Agradezco mucho su cortesía, estimado profesor, pero creo que no poseo los méritos para esa importante actividad —atiné a decir, con voz trémula.

—Entiendo su sorpresa, estimado amigo —respondió él—, pero no puede negarse. Es un clamor de la colectividad y sería muy egoísta de su parte no participar en un evento como este, que nos dignifica a todos por igual.

Con otros argumentos similares a estos, el profesor prosiguió sus alegatos hasta que las lágrimas brotaron de los ojos de mi mujer y no pude contrariar aquella emoción, que tenía mucho de sensual ternura.

—Está bien, profesor —corregí—, pero deme unos días más, que todo ha sido muy repentino —contesté, extendiéndole la mano derecha para agradecerle.

Se despidió cortésmente, colocándose el sombrero. Después que se marchó, mi mujer se abalanzó a mis brazos. Me la llevé al lecho e hicimos el amor como nunca.

Al otro día nos levantamos livianos como plumas, nos dimos sendos baños y luego devoramos un desayuno rico en grasas. Luego fui a mi habitación a arreglar algunas cosas y reposé un rato, para luego comentar con mi mujer los pormenores de la visita y la invitación.

—Esta es una gran oportunidad, mi amor, para que hagas una carrera como profesor —dijo ella—. Algo maravilloso nos ha sucedido.

—No, mi amor, yo no deseo eso. Una cosa es dictar una conferencia y otra convertirse en profesor. Nunca he tenido vocación de enseñar. Yo soy un carpintero con hábito de lectura, solo eso.

—Pero mi amor…

—Te ruego que no insistas, mi amor. Ahora debo organizar algunas cosas y perdóname, que de pronto me he sentido mal…

—No fue mi intención…

—Olvídalo. Pasemos a otro tema.

Me retiré un tanto contrariado y vagué durante algunas horas por las calles del centro de la ciudad. Anduve sin rumbo fijo, me detuve un momento a tomar un café y a hojear un diario, sin leerlo. Me perdí en divagaciones sobre esto o lo otro, y al final volví a casa un poco más calmado. Ya había tomado la decisión de dar la conferencia. Repasaría algunos filósofos, sobre todo autores de los siglos diecinueve y veinte, vistos a mi manera. A la final, no iba a ser muy complicado si miraba el asunto por el lado no académico, más informal;

trataría de darle a la charla naturalidad y despojarla de afectaciones. De todas maneras, la conferencia debía mantener cierto tono de autoridad. Así se lo hice saber al profesor que vino a visitarme, y estuvo de acuerdo. Pero, me dijo, obligatoriamente tenía que hacerlo desde un podio.

Repasé los libros de los pensadores a los que iba a hacer referencia: Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche, Heidegger, Marx, Sartre, Cioran. Por ahí iba la cosa, entrelazados con algunos otros de la antigüedad y demás poetas y pensadores de la antigua Grecia que había leído desde joven. No había podido seguir estudios en la universidad debido a problemas económicos en el seno de mi familia. Entonces surgió lo de la carpintería y me sumergí en el oficio que me había legado mi padre, como dije antes, aunque a veces a los libros también los veía como objetos artísticos de elegante acabado; algunos de los volúmenes de tapa dura los trataba como objetos de ebanistería y los sacaba para olerlos y manosearlos; el olor del papel y del cuero producían en mí un intenso placer.

Cuando me sumía en la lectura de ideas mi alma se inyectaba inmediatamente de una energía diferente; era como si atravesara el tiempo y las palabras buscaran un significado distinto, pero tampoco sabía muy bien en qué consistía; muchos de aquellos volúmenes me parecían abstrusos a causa del manejo de un lenguaje extraño para mí; hacía esfuerzos inmensos por descifrarlos y disfrutaba con su sola lectura, aunque no comprendiera el contenido.

Otra de las virtudes que mi mujer y mis amigos me hicieron notar era mi capacidad para hacer resúmenes de la vida de escritores o artistas. A veces, sin darme cuenta, empezaba a hablar de un escritor y no paraba hasta hacer toda su biografía, complementando con detalles graciosos que hacían sonreír a la gente. Aquella era una virtud que debía aprovechar,

me dijo un amigo, y era bueno beneficiarme de ella en el momento de dar mis clases.

A medida que se acercaba el día de la charla me iba poniendo más inquieto. No entendía por qué, si todo aquel panorama ofrecía ventajas para mí y no problemas. Trataba de llevar una vida normal pero no podía; de repente perdía el apetito sin ninguna explicación, o bien me daba un hambre voraz sin razón de ser. O me inquietaba por cualquier cosa. Le daba la mayor importancia a cosas comunes y corrientes. Llegué incluso a pensar que estaba comenzando a perder la razón, cuestión que no tuve el valor de comunicar a mi esposa.

Mi hipersensibilidad era tan notoria que incluso llegué a inquietar a las personas que iban por la calle o a otras sentadas en bares o cafés, las cuales me miraban de soslayo o hacían gestos exagerados cuando me veían pasar o entrar a algún sitio. Generalmente andaba solo y entonces las situaciones de extrañeza se acentuaban hasta hacerse insoportables; cuando iba acompañado de un amigo o amiga, estos se ponían a conversar con otras personas y me dejaban solo. Cuando me encontraba inesperadamente con alguna amiga, ella se quedaba observándome con un aire lastimero que me conducía a la vergüenza. Aunque tampoco podía afirmar que era verdad. Se lo confesé a mi mujer y ella me dio un beso en la frente, como si yo fuera su hijo, un beso que lejos de complacerme me irritó y me condujo a unos celos absurdos. Claro que después, cuando llegamos a casa, me desquité de aquel beso fraterno y le di un buen beso en la boca utilizando la lengua y todo culminó en un acto de pasión; yo sentía aumentada mi hombría y ella su sensualidad; y entonces hizo presencia un alivio profundo bajando por todo mi cuerpo, como un torrente refrescante. Recuperé así las energías para continuar.

La situación con los niños era distinta. Con ellos no tenía dificultad para comunicarme ya que estos parecen estar

dominados por fuerzas puras, en el mejor y el peor sentido de esta palabra: puras en bondad y en maldad, puras en ingenuidad y en malicia. Los niños se convertían en una especie de cátedra viviente de la existencia, pero nada de aquello se podía explicar, era casi imposible trasladarlo a cualquier tipo de argumento serio. En cambio sí eran susceptibles los niños de ser abordados por la poesía, aunque la poesía no solía frecuentarme mucho por aquellos días debido a la presencia inefable de la prosa de ideas, que estaba anegando mi espíritu en un océano de certezas y de dubitaciones simultáneas. La poesía se me presentaba más bien como una especie de utopía triste, un lenguaje ensimismado que solo podía ser entendido por otros poetas.

Mi vida privada se estaba complicando y mi vida pública había tomado un giro completamente inesperado, molesto pudiera decirse; a veces echaba de menos mi vida de carpintero y aquel olor de la madera cuando pasaba el cepillo sobre ella, las vetas, los colores, el momento maravilloso en que los clavos entran en ella y se ajustan perfectamente al sitio que les corresponde. Si era necesario, estaba dispuesto a regresar a la carpintería en caso de que aquella carga de dudas siguiera apareciendo en mí, porque me parecía algo sin sentido que el solo conocimiento de los libros y de las ideas llegara a perturbarme, en lugar de convertirme en una persona más lúcida y tranquila.

Mi mujer sugirió que nos fuéramos unos días al mar, a casa de unos amigos muy agradables y gentiles que vivían en el litoral, y me pareció una idea magnífica. Allá fuimos a dar, cargados de víveres y de ganas de pasarla bien en medio de la benéfica brisa marina, las arenas de la playa y frente al padre océano, en ese paisaje donde las aguas azules y el cielo se juntan en una especie de milagro.

Durante los primeros dos días fue así: hicimos fogatas, nos bamboleamos en hamacas, bebimos cerveza y nos dimos

largos chapuzones, preparamos platillos con mariscos, pero luego las cosas comenzaron a adquirir, para mí, matices inesperados. Primero me embargó un enorme calor producto de una insolación; luego despertó en mi cuerpo una sed insaciable que dio paso a un humor temperamental; ello me produjo vergüenza debido al buen trato que había recibido de mis amigos. Mi mujer también estaba avergonzada y me lo hizo saber; yo pedí excusas a todos y el asunto quedó zanjado, creo, pero yo continúe con una vergüenza enorme y debimos regresar a la ciudad antes de lo previsto.

Cuando llegué a casa me invadió de nuevo aquel molesto sentimiento de extrañeza, pero no le dije nada a mi mujer para no preocuparla. Me limité a guardar silencio y a cumplir las rutinas domésticas. Hicimos compras, cocinamos, descansamos y dormimos; incluso los sueños eran muy distintos en aquellos días: yo aparecía en ellos vestido de payaso de circo y daba volteretas sobre un columpio, o caminaba como un equilibrista sobre la cuerda floja; o iba montado sobre el lomo de un caballo dando vueltas en círculo, hasta el vértigo.

El día de la conferencia se acercaba y mis nervios estaban de punta.

Recibí varias llamadas telefónicas del profesor desde la universidad, para confirmar la cita. Más que interés por la charla, yo tenía prisa por salir del compromiso, y este detalle era realmente extraño. Me ponía ansioso porque iba a desilusionar a mi mujer y ello me incomodaba porque ella era el más grande tesoro que tenía o podría tener. Me senté frente a mi escritorio y me puse a hacer unos esquemas para la charla. Ya tenía la idea principal, las citas que iba a introducir y los autores, y hasta el remate de la disertación. Hojeé algunos volúmenes donde aparecían fotos de filósofos. Me fijé en una fotografía de Federico Nietzsche, el conocido perfil de Federico con sus grandes bigotes y me provocó halárselos, arrancarle unos

pelos para jugarle una broma. Siempre me pregunté cómo era la voz de Nietzsche y cuál era su verdadera personalidad, su estilo de vida. Me hubiera gustado saltar y meterme en el tiempo suyo y tomarme con él unos tragos de vino rojo, hasta emborracharnos juntos.

Por allá andaban las caras ceñudas de Kant y Hegel; la mirada cristalina de Kierkegaard y las greñas de Schopenhauer; los serenos ojos de Goethe, la barba apostólica de Marx y el ojo estrábico de Sartre. Estos rostros y gestos de los pensadores componían un mosaico de la perplejidad humana, que estaba ahí para realizar con él una especie de juego infinito de las ideas.

Durante la semana previa a la conferencia me puse a hacer ejercicios: montaba bicicleta, me ponía los guantes de box para golpear un saco o me iba a nadar a la piscina de un hotel cercano, o a trotar por las cuadras del vecindario. A veces me sentaba en las plazas y me ponía a observar a los perros. Unos iban solos y otros acompañados por sus dueños, y siempre me dirigían la mirada. Me gusta verlos cuando sacan sus lenguas y ladran; de sus ojos sale un guiño extraordinario, una mirada comprensiva muy superior a la de los humanos, creo. Pienso que si hay algo maravilloso, es andar desnudo y en cuatro patas por la calle con la pelambre expuesta, sin que ello cause alguna reacción especial en nadie. Yo había tenido ya cuatro o cinco perros en mi vida y llegué a quererlos tanto que me sentí muy desdichado cuando murieron. Me prometí que nunca más iba a pasar por un dolor así. Los perros son irremplazables. Me gusta verlos cuando se alejan por el parque meneando sus colas al lado de sus dueños; también cuando se enfurecen y exhiben sus colmillos al defenderse o al cuidar un pedazo de carne.

Un día ocurrió el hecho insólito de que una perra muy linda que andaba medio perdida y hambrienta y se enamoró

de mí. Me contempló con sus ojos amorosos durante una hora y logró enternecerme de tal modo que también creí haberme enamorado de ella. Nos fuimos acercando, yo puse mi mano sobre su cabeza y ella lamió mis dedos con dulzura. Luego se sentó a mi lado y compré un paquete de tostones de plátano y se los di para que comiera, después le ofrecí café con leche azucarada y ambos permanecimos sentados uno al lado del otro en una acera de la calle, como si fuéramos novios. Me di cuenta de este absurdo y tuve que despedirme de mi enamorada y ella de mí, pasando su lengua sobre mi nariz; después se marchó, entre triste y contenta. Si no existieran los perros, los gatos y los caballos, este mundo sería invivible. Ah, lo olvidaba: y también los pájaros.

Miro los pájaros en los árboles, piando de rama en rama, y me invade un sentimiento sublime, a partir del cual puede construirse, creo, toda una filosofía mucho más profunda que cualquier tratado de lógica, aunque pueda sonar exagerado. Sentarse en un banco de la plaza a contemplar cualquier cosa constituye uno de los mejores ejercicios de libertad.

Así como hay una magia en los parques, también hay una magia en los cafetines, una magia en los bares y una magia en los puertos. No voy a hablar de todas estas magias juntas porque me perdería en medio de divagaciones, aunque sí puedo decir que la magia de los bares en el mar es única y puede crear un hechizo duradero del que no provoca salir, y más cuando a este se une la belleza física de una mujer, y el erotismo que ella produce al combinarse con el paisaje embriagador de los puertos.

A veces pasaba horas enteras vagando por los alrededores de la ciudad, me perdía en algunos laberintos urbanos y luego no sabía cómo salir; entonces daba vueltas por algunas cuadras y me ponía a hablar con gente desconocida que me revelaba cosas inauditas, cosas que me eran de mucha

utilidad para seguir adelante. Me quedaba contemplando el horizonte y me imaginaba a dónde habían ido a parar las almas de los filósofos que tanto admiraba; me figuraba situaciones extraordinarias, como que ellos estaban reunidos en algún cementerio, conversando acerca de nosotros los vivos y haciendo todo tipo de conjeturas sobre cómo andaba el mundo en la actualidad y los tiempos tan difíciles que estábamos viviendo, un tiempo sin esperanza, muy distinto del de ellos, y que justamente por eso estaban en la obligación de repensar el mundo y la existencia por nosotros, a través de sus palabras perdurables.

Existe también una magia cotidiana oculta en los pliegues de la realidad y que es muy difícil de localizar, porque la realidad la esconde tras una gruesa capa de velos de la rutina y la sociedad los ha vuelto automáticos; pero esa magia algún día termina por imponerse, devolviéndole a la vida su íntima belleza y verdad. A nuestros hogares hay que cuidarlos para que no se impongan las leyes de esa rutina destructiva, construida en una especie de alucinación egotista y suficiente según la cual cada quien es el único responsable de lo que ocurre, cuando la verdad es que los responsables de la infelicidad de muchos se debe a la de otros tanto o más infelices.

Durante la noche casi no soñaba y si lo hacía soñaba que me preparaba a dar la conferencia de una manera tan real que me hacía dudar acerca de que aquello fuera un sueño, y que la conferencia era solo una excusa para escarbar entre los enigmas que se acomodaban acurrucados en los intersticios de mi sueño, como si mi cerebro fuese el receptáculo de un experimento científico para averiguar las verdaderas claves del conocimiento humano y que estas a la postre servirían para que la humanidad se redimiera y pudiera surgir un mundo más justo y lleno de paz, como lo deseaba la mayoría de la gente y no la casta que aún gobierna el planeta mediante

el siniestro manejo de la política; pensaba que a través de la conferencia podía contribuir a despejar algunos de los graves problemas que aquejan a mi país y a la humanidad toda, poniendo al día y en práctica las ideas de los más notables filósofos. Pero algo nuevo y revelador siempre aparecía en el sueño, y ese algo se concentraba en la visión de un jardín de flores movidas por el viento mientras eran salpicadas por la llovizna y luego, desde el rocío de aquellos pétalos surgía una profunda fragancia embriagadora que me mantenía por un buen rato en éxtasis, y luego me indicaba que debía volver a lo real, como en efecto ocurrió durante tantas mañanas.

De todas maneras continuaba preparándome para la conferencia. El día llegó y yo estaba tranquilo, pues había seguido el consejo de mis amigos y de mi mujer, me relajé y tranquilicé; la noche anterior dormí como un lirón, así que por la mañana estaba completamente en forma. Tomé un desayuno frugal y me dirigí a la universidad a dictar mi charla.

Al llegar al mayestático edificio me recibió frente a su puerta el cuerpo de profesores, por el que sentía el mayor respeto. Después de las reverencias del caso me hicieron pasar a un gran salón, coronado por una tribuna de honor desde donde vi todo el espacio repleto de estudiantes y amigos. Lleno de cierto rubor, subí y me coloqué junto a las autoridades; el decano de Humanidades hizo una presentación de mi persona con un estilo equilibrado y sin hacer observaciones exageradas, lo cual me agradó. Los amigos más cercanos aplaudieron el discurso del decano; los demás permanecieron discretos; mi mujer lucía nerviosa y entusiasmada en primera fila. Mis sobrinos —no tengo hijos y debo conformarme con ellos— se sentaron en segunda fila, al lado de algunos de mis hermanos y hermanas. Luego comencé a divisar una serie de personas que no había visto nunca, mujeres y hombres viejos y jóvenes, casi todos bien vestidos, excepto uno que llevaba

roto el cuello de la camisa. También me fijé en un hombre como de mi edad —unos cuarenta años— que se me parecía físicamente y yo no podía comprender de dónde había salido. Me miraba fijamente, sin sonreír; su presencia me inquietaba en aquel auditorio. Más allá se destacaba la figura de un anciano barbado que llevaba un traje gris y tenía una mirada orgullosa y triste. En el momento en que lo miré, desvió sus ojos hacia otra parte y no supe qué pensar.

Puse ahora mi atención en mis notas para iniciar la conferencia. Agradecí primero a las autoridades universitarias; dirigí unas palabras corteses al auditorio y comencé a organizar mis ideas mientras miraba a un punto vago del salón y mis ojos tropezaron con la presencia de una mujer que sobresalía del grupo de personas debido a una especie de aureola que se formaba en torno a ella: se trataba de una beldad de tal perfección facial y de un rostro blanco que inundaba el espacio; sus ojos eran pardos y sus facciones delicadas, como surgidas de otra dimensión para situarse exactamente ahí. Una cascada de cabellos rojos caía sobre sus hermosos hombros de esmalte. De repente me sonrió, su gesto llegó hasta mí, nítido, y la gracia elevó mi espíritu, dejándolo suspendido en un cielo particular, sin saber qué hacer ni dónde aposentarse. Mi conferencia aún no se iniciaba y el auditorio estaba inquieto, mientras yo permanecía anonadado con la presencia de aquella maravilla.

Apenas retomé el hilo de lo que venía diciendo —que no era gran cosa, solo unas palabras preliminares que aún no habían logrado cautivar a nadie—, mi atención se fijó en la figura de un niño como de seis años que tenía en brazos un bebé, conformando un cuadro que yo nunca había presenciado y menos unos niños de tal belleza: el niño vestía de marrón con pantalones cortos y zapatos negros lustrosos, mientras que el bebé iba de capucha roja y chupaba una

mamila, sonreía y miraba con sus ojos azules en derredor, repartiendo ternura. Nunca había visto a aquellas personas y no podía imaginarme de dónde habían salido; entonces comencé a buscar con la mirada a familiares o amigos pero no los encontraba; los buscaba en los sitios donde los había visto antes, pero una extraña neblina ofuscaba mis ojos y me impedía ver el lugar preciso en que se encontraban ubicados desde el principio.

Para colmo, cuando traté de fijar mi atención sobre las notas acerca de la conferencia, entró una fuerte ráfaga por una de las puertas del salón y las hojas salieron por los aires. Esto causó la risa de los asistentes, incluso algunos niños salieron a buscarlas riendo a carcajadas y la atención se volcó en ellos; no pudieron alcanzarlas, pero le notifiqué al auditorio que no las necesitaba y me dispuse a dar mi charla sin necesidad de ellas. Empecé entonces a argumentar mis ideas y cuando había alcanzado ya cierto nivel de atención entre el público, un hombre ingresó al salón dando tumbos. Estaba ebrio y caminaba en zigzag mientras profería confusos anatemas entre dientes que volvieron a llamar la atención de los asistentes. La gente, por supuesto, comenzó a murmurar y el borracho se apostó en una esquina del recinto a gesticular: alzaba el puño amenazando a no sé qué (probablemente a Dios), fruncía los ojos y la nariz y mascullaba palabrotas. Pronto vino el personal de seguridad de la institución y se llevó al ebrio en guinda; costó mucho para que el auditorio recuperara la normalidad.

Cuando miré por segunda vez a la mujer de la aureola, estaba comiendo palomitas de maíz como si estuviera en un cine; algunas cotufas caían fuera de la bolsa e iban a dar a sus piernas y se quedaban en un punto intermedio de sus muslos; por un momento, cuando vi algunas de las palomitas ahí, una de ellas cobró vida y salió volando, convertida en un

pequeño gorrión que fue a posarse en uno de los capiteles más altos del techo del salón, donde lo estaban esperando otros pajaritos. No logré explicarme un fenómeno así, pero debí aceptarlo porque estaba ocurriendo en una situación completamente real.

A los pocos instantes las luces comenzaron a titilar; la energía eléctrica estaba fallando y aunque era plena luz del día, los aparatos de aire acondicionado fallaron y el calor se hizo sentir; la avería eléctrica duró unos pocos minutos, aunque el auditorio ya había sido penetrado por la fatalidad. Las autoridades universitarias comenzaron a sentirse nerviosas y las reacciones del público se hicieron presentes. Le consulté a las autoridades si valía la pena proseguir con el evento y no se atrevieron a responder, aunque yo pensaba que lo mejor era continuar haciendo una charla espontánea, una conversación informal sobre temas filosóficos, pero la gente quería una charla formal, un desarrollo conceptual del que pudieran aprender cosas concretas sobre aspectos importantes del pensamiento contemporáneo.

Le dije al decano que a esas alturas era una insensatez realizar algo así, pero él no estuvo de acuerdo conmigo y me recomendó que tratara de recuperar al auditorio. Entonces me esforcé e intenté animar al público con algunas frases humorísticas sobre los filósofos y el público respondió, efectivamente. Pero al poco rato la mujer bellísima comenzó a mirarme, con lo cual quedé como hechizado (temía que mi mujer lo notara, pues no quería problemas de ese tipo ahora para mi), mientras el hombre que se me parecía, situado en la parte derecha del auditorio, también me dirigió otra de sus penetrantes miradas. Pensé por un momento que se trataba de mi alter ego, un doble creado por mi imaginación para atormentarme mentalmente. Después el anciano se levantó de su asiento y me señaló con la mano para luego apretar su

puño amenazante. Este gesto me hizo perder el sentido de ubicación y ya no pude seguir con la charla, mientras el chico con el bebé de rojo en brazos vino caminando hacia mí y puso al bebé gimiendo en mis manos y yo no sabía qué hacer; llamé entonces a gritos a mi mujer para que viniera a cargarlo. Ella lo recibió emocionada (creo que estaba llorando) y en ese instante el hombre ebrio volvió a entrar al recinto y los vigilantes no tardaron en echarlo, esta vez a puñetazos, con lo cual el ambiente pasó de difícil a crispado y de tenso a violento. Mi conferencia no pudo siquiera llegar a la mitad, pero las autoridades, los decanos y el rector estaban muy alarmados con la situación; luego de calmados los ánimos, me invitaron a seguirlos a sus oficinas para continuar allí una charla más pausada sobre diversos temas urgentes para el país, y por supuesto acepté.

Antes de dejar el salón de conferencias busqué con la mirada a la mujer bellísima que había identificado (ella era, con mi mujer, la razón última de casi todo mi esfuerzo) y a los dos niños: el de ocho años —esta vez me fijé bien— era yo mismo a esa edad y el bebé que tenía en brazos era el hijo que nunca pude darle a mi mujer. El hombre ebrio apaleado no me preocupaba porque es sabido que los borrachos casi siempre tienen la razón en todo; el único inconveniente es la manera como dicen las cosas, desde su relampagueante y casi nunca comprensible lucidez, que enfrenta a las personas con realidades que no desean ver. De modo que varios de mis anhelos estaban realizados en ese auditorio y con esa conferencia interrumpida que, después de todo, había servido para que las cosas surgieran a la realidad.

Seguí a los profesores hasta una oficina privada muy amplia y elegante donde había licores, habanos y canapés de muy buen gusto y comenzamos a charlar. Tomamos unas copas de vino primero y después panecillos y café; los catedráticos

estaban tratando de decirme que deseaban de todo corazón contratarme para el próximo semestre, pero la realidad política nacional se había vuelto muy complicada, los recursos para las universidades nacionales habían mermado y las contrataciones eran limitadas. Yo entendí perfectamente el mensaje (incluyendo toda su hipócrita verdad); sin embargo había posibilidades más adelante, me aseguraron, de dar un curso de filosofía para jóvenes. Les dije que sí, que encantado. Terminamos de saborear los canapés y los panecillos, los licores dulces y el aromático café, después de lo cual me atreví a encender un habano cubano que disfruté hasta el final, y debe haberme prestado un aire de cierta importancia.

Salí de aquella oficina liberado de muchas cosas, en busca de mi mujer.

En efecto, afuera estaba ella, esperándome. Me dijo que había devuelto el bebé a su abuelo, quien era justamente el borracho que andaba perdido otra vez por el auditorio. El hombre parecido a mí me andaba buscando y era en efecto mi alter ego, como había pensado, pero él nunca iba a encontrarme, en verdad. Eso ya lo sabía y tampoco me preocupaba.

Todo el esfuerzo de meses se había convertido en un proyecto de vida muy extraño e incomprensible. Ya no podía creer en este tipo de ideas ni invitaciones; mis cualidades como profesor no podían ser probadas ante grandes auditorios y tal vez ni siquiera ante un grupo de estudiantes. De todas maneras, antes de irme de allí le dicté al reducido grupo de profesores una charla mínima sobre cuestiones filosóficas acorde con el tiempo en que vivíamos, con un estilo propio que me salió del centro del espíritu y que ni yo mismo supe de dónde surgió. Los dejé anonadados y aquello fue como una compensación académica que mi propio espíritu había generado para estar en paz con los hombres, las mujeres, los niños, los animales

y conmigo mismo, rociándolos a todos con buenas dosis de pensamiento libre, sin citar a un solo filósofo.

Después volví a casa con mi mujer y muy pronto la dejé embarazada: nuestro hijo se llama Dante, en honor al Alighieri. Es un bonito chico, parecido a ella.

Me puse a trabajar de nuevo la carpintería para fabricar los muebles de un restaurante de comida italiana que establecimos en esta pequeña ciudad. Estuve año y medio perfeccionando el diseño de las diez mesas de madera con sus respectivas sillas, que hicimos entre mis hermanos y yo, en un reducido taller de carpintería de la casa. La verdad, es una hermosa profesión, la mejor de todas, creo, después de cocinar salsas, ensaladas, carnes, pastas y postres; todo esto es grandioso, ver a la gente comiendo, riendo felices y disfrutando de la vida.

Leer libros y reflexionar en serio también, a veces, pero cuidando de que las ideas no vayan un día a devorarte.

Un café en el fin del mundo

Aquella mañana, luego de un denso y agitado sueño, desperté con una extraña inquietud, pues no había descansado en verdad; me sentía dominado por una sensación de agotamiento, como si hubiese realizado un enorme esfuerzo físico. Lo único que había hecho era dormir y ahora me dirigía con el cepillo de dientes y el jabón hacia el lavamanos, donde me enjuagué la boca y me refresqué el rostro. En los últimos días me había dado pereza rasurarme; así que mi rostro reflejaba en el espejo lo que en verdad era, ni más ni menos, sin lociones o afeites para lucir mejor, sino tal cual me sentía por dentro, con una especie de indiferencia, aburrido, hastiado, aunque mis funciones físicas y sensoriales se hallaban en rangos que pudieran calificarse de normales.

Luego de refrescarme un poco dispuse todo para salir de la modorra y preparar el café, mientras me dirigía semidesnudo hacia la ventana a dar una mirada a las calles, donde se armaba un paisaje de desolación pocas veces visto en otros años. Las personas, usando tapabocas, éramos los sobrevivientes de

una pandemia que había arrasado una buena cantidad de seres humanos en todo el planeta. Estábamos en el octavo mes de una cuarentena que se había decretado país por país para tratar de frenar los contagios. La cifra de víctimas se me había olvidado y en el fondo ya no me importaba, pues todo aquello parecía tan normal... Tropas de policías y personal médico recorrían las calles tratando de hacer cumplir la cuarentena, pero esto era ya casi imposible. En meses pasados, desde la ventana vi caer a algunas personas muertas; posteriormente los cadáveres eran arrastrados a la orilla de la acera y retirados de ahí por camiones especiales, para luego ser llevados a fosas comunes; en algunos casos eran cremados y en otros arrojados al mar para que terminaran de descomponerse. Muchas gentes venían de otras ciudades y terminaban contaminadas. En las fronteras se habían apostado policías y francotiradores para impedir que llegaran más personas de otros países; los que no lograban pasar quedaban atrapados en bosques, quebradas o barriales, porque la carencia de combustible era notoria y los buses y automóviles quedaban abandonados en las carreteras.

Las relaciones entre esta vergonzosa raza que llamamos humana se habían reducido al uso de teléfonos y pantallas, a medios digitales que poco a poco se habían ido imponiendo a la comunicación directa. La verdad es que con el tiempo me he venido sintiendo mejor así, solo, sin contacto con los demás; estoy mejor con mi gato y mi perro y esa pequeña salamandra que trepa por las paredes del apartamento. Por fortuna, ni el gato ni el perro están pendientes de devorarse entre ellos ni de perseguir a la salamandra; más bien se han hecho más amigos de lo que hubiese podido imaginar. Al principio tenían sus diferencias y se peleaban a veces por la comida pero ya no lo hacen, pues también se hallan dominados por el tedio. Los humanos desde hace tiempo

parecemos haber perdido el derecho a la felicidad; quizá porque hemos violado casi todas las reglas de convivencia, mientras que las plantas y los animales parecen merecer una segunda oportunidad, ya que posiblemente nuestra especie irá desapareciendo para permitir mejores formas de vida, si es que todo esto va a ser arrasado por la pandemia.

Aún disfrutamos, en estos edificios medio despoblados, de algo de energía y agua. Y en los abastos cercanos tenemos acceso a algunas hortalizas, frutas o legumbres que traen desde el campo algunos camiones. Ocasionalmente llega el agua potable, trozos de queso, harina, huevos, arroz o café (lo más costoso), todo racionado y a precios exorbitantes que día a día crecen y hay que pagar con dinero electrónico, con las sumas irrisorias que depositan las empresas e instituciones donde muchos hemos trabajado por años. Soy un jubilado del Estado como profesor de arte. Mi mujer murió hace unos diez años, antes de declararse la peste, y mi única hija se fue lejos de este país al cual no quiero ni nombrar, con su propia familia, primero a Japón y luego a Italia, pero ya han dejado de escribirme y yo también a ellos. Quizá me crean muerto. Su marido también murió infectado por la pandemia y ahora ella vive sola con su hijo, según parece; un nieto a quien nunca conocí.

Al principio pensé que no iba a soportar tan molesta situación, pero me he ido habituando a esta existencia anodina, como un animal de costumbre. Total, ya he vivido infinidad de situaciones amorosas y sensuales, situaciones con mujeres de todos los colores; situaciones de pasión, odio, celos, ternura o deseo, pero ya estoy más tranquilo, casi llegando a los setenta. He logrado apaciguarme un poco y solo busco una relativa tranquilidad, con mi botella de vino o aguardiente, mi pan y mi queso, mi trozo de embutido sazonado con especias o pimienta, mi café, mi tabaco rústico y ocasionales tragos de cerveza, leyendo mis viejos libros y escribiendo

cosas que posiblemente se parezcan a la poesía, mientras comparto las migas de mi pan y las sobras de mis alimentos con mi gato y mi perro; mientras la salamandra se desliza por las paredes, yo me bamboleo en mi hamaca y disfruto de algunas ráfagas de brisa que entran por la ventana.

Continúo mirando por la ventana; siguen pasando seres con tapabocas. Una mujer con su pequeña hija, una mujer joven de grandes pechos y cabello negro va cruzando la calle: me la imagino desnuda en un flash de tiempo; un hombre más viejo que yo va paseando su perro flaco; un niño en una bicicleta y otro jugando con una pelota. Los automóviles yacen abandonados en las calles debido a la falta de cauchos, repuestos o combustible. La gasolina y el agua han pasado a ser líquidos y fluidos de lujo. La gasolina es solo para vehículos colectivos o del gobierno nacional o estadal. Los obreros y funcionarios del Estado se han convertido en los manipuladores de la realidad económica, formando mafias en todas partes para vender a altos precios el agua y los combustibles, junto a traficantes de drogas. A veces aparecen por aquí cerca los mafiosos en sus lujosos automóviles, acompañados de bellas mujeres que como carnadas sexuales se pasean por las avenidas. Quienes antes recibían el título de ciudadanos ya han desaparecido; solo se aprecian seres trasladándose de aquí para allá en la selva de asfalto, hombres lobos de hombres, luchando por sobrevivir en este último resquicio de vida.

Ya no hay nadie más en mi campo visual, desde el apartamento. Afuera bate una brisa hosca, pesada, mezclada a un sopor vaporoso que se funde con una luz opaca. Un perro ladra en la distancia; allá lejos se divisan algunas colinas resecas y en el cielo se apelotonan las nubes, mientras un zamuro planea por el cielo como un fantasma alado, haciendo círculos. Cuando ellos vuelan así siento que estamos viviendo el coletazo del apocalipsis, después de las guerras

libradas durante tantos siglos con aviones, cohetes, misiles, drones, satélites, clones, robots y tantos otros aparatos de la era digital, pues nada ha podido renacer con dignidad en este basurero de sueños, donde las ilusiones y las utopías han ido a parar a un gran depósito cibernético cuyo destino es el viejo mar; todo este despojo de esperanzas ha marchado hacia el gran océano de la muerte. Aunque la muerte tampoco tiene ya ese signo patético de antes de la peste; es solo un fenómeno común y corriente, una consecuencia inevitable de la vida y se presenta a veces como una liberación, un alivio. El asunto en el fondo no es lo que ella significa, sino lo que implica el acto de morir, de que acabe la existencia después de tanto esfuerzo por vivir, es decir, evitar que cese, cuestión por demás imposible. Entonces, ¿de qué preocuparse? Todas las preguntas y todas las respuestas son válidas, porque son absurdas. En todo caso no hay mucho en qué pensar, basta conformarse en el contemplar. Ver sin pensar. ¿Qué sentido tiene pensar en el no-existir si no estamos aquí para constatarlo? ¿Qué sentido tiene pensar en algo sobre lo que está impedido pensar, porque justamente es nuestra propia ausencia lo que piensa? Olvidemos pues toda esta patraña de la muerte, que en todo caso se traduce en lo que ahora contemplo por la ventana, esta nada del azul del cielo, esta distancia de los montes casi invisibles al final del paisaje, esa otra presencia al otro lado del horizonte. La alteridad de la muerte. Somos nuestros propios verdugos ahora, y entonces simplemente no tenemos que preocuparnos por nada cuando la muerte llegue tan serenamente, como cuando estoy mirando por la ventana y percibo esos seres que cruzan las calles con tapabocas, hombres, mujeres y niños yendo de un lado a otro en busca de alimentos o agua. A esto parece reducirse todo, a la sobrevivencia.

Debo ir a hacer lo mismo. Ya casi no queda nada en el refrigerador ni en la despensa. Debo proveerme de algunos

víveres, siempre los mismos. Mis desgastados dientes ya casi no responden para morder ni mascar cosas duras. Después debo imponerme volver aquí a comenzar a construir mi ilusión de todos los días, como si fuese un lento trabajo de rompecabezas, y sin el cual ya no sería justificable vivir. Después de adquirir los víveres debo hacer un plan para acercármele y proponerle algo a esa mujer. Desde que me crucé con ella en la bodega de víveres advertí que algo ínfimo pero decisivo había ocurrido dentro de mí; no sabía qué, pero algo había cambiado. Sucedió exactamente hace una semana.

Ella dejó caer su bolso de compras vacío, mientras levantaba el brazo, y yo por cortesía me incliné a recogerlo. «Gracias», me dijo ella a través del tapabocas. Tiene bellos ojos, ciertamente. Unos ojos pardos de grandes pestañas, coronados de cejas gruesas. Estaba delante de mí en la cola de pagos, donde pude calibrar también la belleza de su cabello negro y ondulado, que brillaba con matices maravillosos. También pude percibir el aroma que emanaba de su cuerpo, el perfume natural de su piel, sus brazos redondos, sus manos pequeñas de cuidadas uñas pintadas de anaranjado; sus pies calzando sandalias de cuero que dejaban apreciar sus hermosos dedos; en fin, aquella mujer era una pieza de arte.

Pagó con su tarjeta la cuenta al cajero. Luego se dirigió un momento hacia otra parte de la tienda; yo pagué la cuenta mía y, apenas me dirigí a la puerta, ella me salió al paso.

—Disculpe —me dijo—. Me llama la atención su reloj. Mi padre tenía uno igual. Si no me equivoco, es un Tissot del siglo veinte.

Yo, completamente asombrado, logré mascullar unas palabras a través del tapabocas por aquella observación:

—Exactamente. Es un Tissot que me obsequió mi padre el siglo pasado.

Sus ojos brillaron. Salimos juntos del establecimiento, ella antes que yo. Una vez afuera, y para mi sorpresa, la mujer se despojó del tapabocas, dejándome apreciar su radiante sonrisa, sus labios carmesí y sus dientes perfectos. Era una deidad, sencillamente. Me despojé del reloj y se lo pasé para que lo apreciara.

—¡Qué casualidad tan maravillosa! —atiné a decir—. Para celebrarlo, la invito a tomar un café.

Ella sonrió con picardía y sus ojos brillaron aún más.

—Acepto, pero tiene que ser otro día —dijo, devolviéndome el reloj.

—Nunca antes la había visto por aquí. ¿Vive en el urbanismo?

—Sí, a algunas cuadras de aquí, con mi madre. ¿Y usted?

—Vivo cerca, en el bloque número uno, solo, o más bien con mi gato y mi perro. Por aquí cerca no hay muchos sitios donde sentarse a charlar. Y ahora con esta pandemia tan prolongada… Y el café… ¿pudiera ser pasado mañana? —le pregunté, haciendo gala de mi audacia de antaño. Seguramente ya había captado cuánto me atraía.

—Mejor la próxima semana —dijo ella.

—Mi nombre es Alfredo de la Mar —me adelanté a informar.

—Y el mío Estefanía Martí —repuso ella.

—¿Tiene número telefónico? —proseguí yo con mi táctica de avance.

—No, no tengo, pero si quiere acordamos de una vez para el miércoles por la tarde en mi casa, pues no puedo dejar sola a mi madre. Pero nos vemos primero aquí, si le parece.

—Perfecto, entonces el miércoles…

—Me parece bien.

Se alejó sin mirar hacia atrás, y yo me le quedé viendo hasta que cruzó la primera esquina en la cuadra siguiente.

Fue como una alucinación, algo emocionante en medio de una realidad mediocre y opaca. Me sentía bien. Me despojé del tapabocas y me puse a silbar. No podía contener la emoción.

Heme aquí ahora en la tienda de víveres, adquiriendo el costoso café y algunos panes dulces para llevar a casa de Estefanía después de esta larga semana de espera, cuyos días he contado sistemáticamente hora a hora, imaginándome las posibles conversaciones y situaciones en su casa, cómo será su espacio de convivencia con su madre, aunque estos bloques sean casi todos similares en los espacios, en este barrio desolado de la ciudad donde la vida discurre monótona, sin ningún suceso ni emoción especiales.

Poder verla de nuevo me emociona. Estoy lleno de ilusión. Me había olvidado de que el ser humano puede levantarse de sus cenizas y emocionarse como un niño, y hasta él mismo queda sorprendido de sus propias posibilidades. Es algo extraño cómo opera el deseo, semejante al caso de una esperanza concentrada en el beso a una mujer, un beso en esa dulce boca me haría renacer del aislamiento en que me encuentro. La apretaría entre mis brazos hasta que me dolieran, no sé qué pudiera pasar. Mientras tanto debo asearme y quitarme esta barba de días, lavar y secar ropa más presentable, planchar mis pantalones y mis camisas, lustrar mis zapatos. Tratar de verme elegante. Hasta pudiera leerle versos de una antología poética donde hay piezas de Neruda. Vallejo, Rilke, Verlaine. Me pregunto si será sensible a la literatura, espero que sí.

El día se me ha hecho largo pese a que es casi igual a los demás; días en los que leo, escribo algo, doy de comer a mis animales, limpio los pequeños desastres del departamento (uno mismo se encarga de fabricar sus minúsculos caos y luego quiere repararlos). Pienso en Estefanía y en el objeto de su curiosidad, mi reloj Tissot obsequio de mi padre. Sin duda, un objeto interesante de otro siglo que aún sigue con

vida, un objeto no muy común pero del que debe haber miles de réplicas aún, pienso, debido a su alta calidad, pero seguro solo fue una excusa de ella para acercarse. Eso me gusta. ¿Qué habrá visto en mí, un viejo cansado y solitario? Pero así son las mujeres, antojadizas y de gustos absurdos.

Me preparo para la cita. Llega el día. Me doy un refrescante baño con oloroso jabón. Los silbidos surgen solos de mi boca entonando las melodías más alegres de los Beatles. Mientras vierto baldes de agua sobre mi cabeza, siento un refrescamiento real; el maravilloso líquido cae por mi cuerpo como una bendición, y me siento renacer.

Cubro después mi cuerpo con la ropa que he lavado y planchado, mis interiores, mis calcetines bien limpios, mis zapatos lustrados; le he sacado la última gota al viejo frasco de lavanda que dormía al fondo del escaparate. Me miro al espejo. No me veo tan mal. El viejo sesentón, el terrible Alberto de la Mar todavía merece una oportunidad antes de viajar a las regiones insondables de la no-vida, antes de perderse en la memoria de la humanidad. Miro por la ventana y veo que dos personas se comunican sin tapabocas; el niño con la pelota y la niña con la bicicleta tampoco los llevan en este momento; ojalá algún día todo fuera como antes y el mundo pudiera estar libre de pestes, quizá la humanidad tendría la posibilidad de reverdecer como reverdecen los árboles en primavera, con sus flores pretenciosas y sus olores embriagadores. Por la ventana imagino el mundo de antes, las paradas de buses llenas de gente para ir a sus trabajos, las tiendas repletas de gente contenta. Cualquier tiempo pasado fue mejor, dijo un poeta, y quizá tenía razón. Por un momento, mi mente se dedicó a soñar por sí sola, sin la intervención de mí conciencia; mi imaginación prospectiva funcionó y hasta podría escribir una breve novela de todo esto si me lo propongo.

Ahí voy, entonces. En mi bolso colocó el café, los panes dulces, un ramito de flores silvestres para Estefanía. El viejo Alfredo de la Mar intenta reivindicarse ante sí mismo, mi otro yo le está dando la ocasión. Mis pasos en las escaleras del edificio parece como si resonaran con ecos extraordinarios; mi mente está despierta como si pudiera ver en el futuro. Siguen pasando seres con tapabocas en todas direcciones, parecemos engendros de una trama de ciencia-ficción, de una novela de Mary Shelley donde la raza humana va desapareciendo y solo queda un último hombre que me gustaría ser yo; en este caso, yo mismo yendo a encontrarme con el doctor Víctor Frankenstein para averiguar qué tipo de antídoto podemos fabricar para esta generación de nuevos humanoides que somos, que engendros perversos han incubado en el nuevo modelo digital, en el nuevo ser global. Por ahí andan, o mejor, andamos por los rincones del planeta, muchos de quienes existían solo en las novelas o cuentos, ahora encarnados en millones de individuos reales vagando por las calles sin ninguna esperanza. Los visionarios de la literatura se lo venían diciendo a los obtusos gobernantes de Occidente, sobre todo, pero no hicieron caso. Aunque nada de eso importa: lo hecho, hecho está, y no hay vuelta atrás, aunque sí sea posible un propósito de enmienda. Esa mínima esperanza pudiera ser suficiente para que todavía la humanidad reflexionara como colectivo, porque los individuos solos no valemos nada ni somos nada.

Pero ya basta de especulaciones. Lo urgente ahora para mí es ir al encuentro de Estefanía. Allá diviso la tienda de víveres donde la aguardaré. Ya veremos. En estos casos el tiempo discurre cruelmente; se relativiza a lo sumo, se vuelve elástico, semejante a una goma que se alarga y encoge y no hay modo de controlarlo, cada segundo es una eternidad. La hora acordada llega pero Estefanía no aparece, debo tener pa-

ciencia. Pasan diez, quince, veinte minutos y yo comienzo a hacer el ridículo. Hombres y mujeres con tapabocas pasan a mi lado y me observan como si yo fuera diferente, y mis nervios comienzan a hacer de las suyas. Dos personas se detienen cerca de mí a hacer comentarios acerca de las nuevas víctimas que cobra la pandemia en la ciudad, debido a unas personas que vinieron de la «hermana» república.

El miedo colectivo aumenta, aunque en esta ciudad, debido al calor infernal en que se vive, al virus le cuesta más propagarse. En los teléfonos leemos las noticias de que la policía sigue mandando a cuarentena, y hay que obedecer si no quieres ir a la cárcel. La palabra virus ha pasado a formar parte de nuestra cotidianidad; nos acostumbramos a ella y a que la industria farmacéutica haya prometido curarla con una serie de vacunas, pastillas o tratamientos cuyo objetivo final es quizá el control de nuestra privacidad e individualidad, de modo que casi nadie les cree a estos descarados comerciantes de la salud. La gente anda por las calles acostumbrada a la muerte, al miedo; han interiorizado el miedo al punto que no les importa, ya casi nadie cree en clases sociales ni en obreros ni en proletarios ni en campesinos, pues el mito social se derrumbó, ya no somos más que sobrevivientes y como tales nos comportamos. Recuerdo cuando éramos ciudadanos, hace ya muchas décadas, y aunque el mundo no andaba muy bien y había fallas y equivocaciones en casi todo, nada se compara al desgaste completo que muestra el mundo hoy.

Aquí voy otra vez tras la esperanza de un nuevo enamoramiento; viéndolo bien, si de algo puedo enorgullecerme es de las bellas mujeres que se cruzaron en mi vida. A todas las quise a mi manera, entregándoles lo que tenía a mi alcance y ellas me quisieron a su modo, hasta que los hilos se rompieron por algún lado; nada dura para siempre, y esta naturaleza de la existencia es tal vez lo que la hace indescifrable.

Ahí voy tras la ilusión de Estefanía, ella me ha vuelto a vivificar. Con casi media hora de retraso, Estefanía ha hecho su aparición, esta vez aún más deslumbrante que la primera: viene con un vestido amarillo que deja ver las líneas sinuosas de su cuerpo, sus torneadas piernas, su magnífico talle. Su modo de caminar es completamente musical. Cada paso que da hacia mí me trae una palpitación emocionante. Ahora está plantada frente a mí y me tiende la mano, se despoja un instante de la mascarilla para sonreírme y esa sonrisa me lo dice todo. Le extiendo un pequeño ramo de florecillas silvestres y le anuncio que llevo café para compartir en su casa junto a su madre. El café ha estado muy difícil de conseguir y es por lo tanto muy costoso; casi no se halla en los establecimientos, es un producto de lujo. A mí me lo consigue un muchacho del barrio a quien le he hecho algunos favores.

Estefanía me hace una seña para que la acompañe por una vereda que atraviesa varios edificios en este urbanismo semejante a una colmena de insectos bípedos en busca de sobrevivencia, bloques de apartamentos donde a lado y lado se aprecian personas que se desplazan, cabizbajas, a procurarse víveres hasta cierta hora, pues hay una cuarentena declarada que casi nadie cumple, aunque la policía amenace con hacer presos a aquellos que desobedezcan si no cumplen con las normas.

A solo cuatro cuadras se encuentra el edificio donde vive Estefanía. En el camino, apenas llegué a preguntarle cuánto tiempo llevaba viviendo allí y me respondió que cuatro años. Su departamento está en un segundo piso. Mientras sube las escaleras puedo apreciar su imponente belleza en plano de contrapicado. Abre una puerta blanca y de inmediato salta un perro pequeño y peludo de raza irreconocible que emite un ladrido y va a recibirla. Es el mismo espacio de todos los departamentos, solo que este es mucho más acogedor que el mío, conformado con un recibo de cuatro sofás cómodos,

una mesa de comedor y una pequeña cocina. También hay un gato gris que pasa su cola por las patas de las sillas del comedor, y una señora mayor se halla sentada en uno de los sofás color vino tinto, por lo visto muy confortables. Ponemos los bolsos de la compra en la mesa del comedor y luego me invita a sentarme en uno de los sofás.

—Este es mi humilde hogar —dice ella despojándose del tapabocas. Todavía me parece insólito que esta cita se haya producido tan rápido y que voy a charlar con la diosa en su propia casa. Me pregunta si deseo tomar un poco de agua y me extiende un vaso del preciado líquido que ha extraído del refrigerador, cuyos sorbos me saben a gloria pues se trata del líquido por antonomasia en medio de la carestía general de productos de primera necesidad, en esta guerra por la sobrevivencia.

De inmediato la mujer entrada en años se cambia de lugar y va a sentarse en otro de los sofás vino tinto. Pese a su edad, se ve completa y también es muy hermosa. De tal palo tal astilla. Al instante aparece el gato gris que se orilla a sus pies, emitiendo pequeños bostezos. Me levanto del sofá a saludarla.

—Tanto gusto, Alfredo de la Mar —le digo.

—Mucho gusto, Josefina Martí —dice—. Por cierto ¿ese apellido viene de dónde?

—Es de origen cubano, creo, o de las Antillas…

—Sí, claro, muy bonito ese «De la Mar». ¿Y sus familiares?

—Murieron todos —respondo tajante—. Pero no a causa de la pandemia —aclaro.

—Me comentó Estefanía que tiene un reloj Tissot del siglo pasado, muy parecido al de mi difunto esposo.

—Así me dijo Estefanía. Es una coincidencia algo especial.

—¿Me permite verlo?

—Claro —respondo, acercándome a ella.

Pongo la esfera del reloj cerca de su rostro. Ella abre más los ojos, acercándolos al objeto.

—Sí, en efecto, es el mismo modelo de reloj. Son objetos de muy buena calidad, hechos para durar siempre. ¿También es una reliquia de su padre?

—No. Lo compré en una relojería hace como treinta años. No es tan antiguo como parece.

—De todos modos, no es un reloj común. Creo que ya no los fabrican, deben ser objetos costosísimos ahora —aseveró.

—Sí, es posible. La verdad, no se ven muchos de éstos por ahí.

—Fíjese usted —aclaró—. Ese reloj los ha acercado a usted y a Estefanía. De no ser por él, quizás no estaría usted aquí.

—Sí, es verdad…

Estefanía estaba en la cocina arreglando algunas cosas y luego vino y tomó asiento en otro de los sofás, dando un pequeño suspiro. Cruzó las piernas y sonrió, mirando a los lados, haciendo un gesto con la mano izquierda para quitarse de la frente un delicioso mechón de cabellos. Estaba imponente. Una verdadera diosa.

—El señor De la Mar ha traído café de primera calidad y unos dulces —dijo—. Pronto estará listo.

El gato gris que estaba a los pies de doña Josefina se levantó y se dirigió hacia mí, pasando la punta de su rabo por la superficie de mis pantalones; mientras el perrito que se encontraba en un rincón de la sala se movió hacia donde estaba Estefanía.

—Yo también tengo en casa un perro y un gato —dije—. Y se llevan bien, veo que aquí sucede lo mismo.

—Los animales son muy importantes —aclaró Josefina—. Nos ayudan a tolerar los días.

—Sí, la vida es corta. Y sin embargo nos aburrimos —intervine.

—¡Qué bien expresada está esa frase! ¿Es suya?

—No. Es de Jules Renard, escritor francés.

—¿El de *Pelo de zanahoria*?

—Sí, ese mismo. También escribió un diario muy interesante.

—Veo que es buen lector —dijo Josefina—. Nosotros también amamos la lectura, ¿verdad Estefanía?

—Sí, y mucho…

—Yo en mi juventud tuve ínfulas de escritor —dije—. Pero se necesita mucha disciplina. Así que me quedé en el nivel de lector y en el de poeta *amateur*. Ah, se me olvidaba: aquí traje un volumen de poesía con varios autores, por si queremos leer unos versos más tarde.

—El café debe estar listo —dijo Estefanía, cuyo cuerpo parecía una escultura renacentista, una venus. De su rostro emanaba una frescura permanente, con aquella sonrisa que era una invitación a vivir. Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina para servir las tazas del café. Yo me levanté a ayudarla. En la cocina había un microambiente propicio, una intimidad que se fabricó de inmediato para nosotros dos; la tuve más cerca, la miré fijamente y ella dejó de sonreír y me miró con un intenso deseo; de sus mejillas exhaló un calor que era como un fuego abrasador, una llamarada intensa y maravillosa.

Colocó los panecillos dulces en otro plato, los cuales conduje hasta las manos de doña Josefina en el sofá, mientras Estefanía repartía las tazas de humeante café.

No había probado algo así, era algo distinto, exquisito. Los panecillos dulces también, pero aquel café superaba todo. Jamás mi paladar probó algo similar, un sabor que se esparcía por los espacios de la boca y subía por la cabeza en oleadas de sabores sutiles y múltiples, una droga que te sacaba de la realidad inmediata y te hacía subir hacia estadios indescriptibles.

—Estefanía prepara el mejor café del universo —dijo Josefina—. Puede usted jurarlo.

—Es algo sublime —acerté a decir—. No se puede describir.

Mis sentidos se aguzaron y mi mente estaba despejada, lúcida, como si pudiera atisbar cosas que nadie me estaba inquiriendo pero que estaban allí, como enigmas sin ninguna respuesta, como si todas las preguntas hubiesen desaparecido, o como si las respuestas tampoco hicieran falta.

En ese momento el perro y el gato se acercaron a saludarse, como amigos que eran, y doña Josefina se quedó contemplando algo por la ventana con una expresión absorta que parecía decirnos que sus sentidos estaban suspensos en el vacío, en otra parte. En ese momento Estefanía me hizo señas para que me acercara.

—Ven —dijo—. Quiero mostrarte algo que tengo en mi habitación.

La seguí, abrió la puerta y me invitó a entrar a un cuarto repleto de imágenes artísticas, reproducciones de obras, láminas, libros, lámparas de colores, objetos delicados. Se paró frente a mí, halándome por el brazo con fuerza y haciéndome aterrizar sobre su cuerpo hasta que nuestras bocas se buscaron, en un juego loco de labios y yo empecé a jugar con su lengua y sus dientes, a sorber su maravilloso aliento y a detectar los distintos sabores de su paladar. Ella jugó con su lengua en la mía en diversos movimientos, y me dejé llevar para sentir cómo aquel beso atravesaba mi cabeza a la manera de un proyectil gozoso, penetrando también por el centro de mi nariz y de mi frente, por las órbitas de mis ojos y de mi cerebro, sintiendo aquella caricia profunda y aquel sudor de mujer como una música, como si un trozo de seda carnosa se apoderara no solo de mis tejidos, sino que podía detectar las próximas imágenes que tenía almacenadas en la memoria; de ese modo también podía escarbar en mis sueños, colocando la boca en posiciones distintas desde donde aparecían los

sutiles sabores del café que hacía poco había servido. La tomé por el cuello y ella a mí por la cintura, luego palpé sus poderosas nalgas y calibré la suavidad esponjosa de sus senos y el perfume que emanaba de su cuello, un leve vapor erótico empezó a tomar cuerpo hasta invadirme por completo.

Luego de separar nuestras bocas Estefanía volvió a sonreír, y yo quedé sumido en la más pura felicidad. Volvimos a la sala tomados de la mano y Josefina observó nuestra unión con la mayor naturalidad, como si estuviese segura de antemano que todo esto iba a suceder. Bebimos más café, pero esta vez tomados de nuestras manos como si acabáramos de casarnos, bajo la mirada aprobatoria de Josefina y ante las presencias del perro y el gato rodeándonos de caricias melosas, sus lamidas y sus pelambres suaves. La noche estaba cayendo y se hacía tarde para regresar a mi departamento. Al tratar de verificar la hora en mi Tissot, este ya no estaba en mi muñeca, se había trasladado hacia las manos de Josefina en un movimiento y un instante que no pude percibir. Entonces los tres nos dirigimos hacia el ventanal principal del apartamento para mirar hacia la calle, comprobando que la gente ya no iba con tapabocas; algunos saltaban de alegría y los niños corrían libres por las veredas, celebrando que la peste había desaparecido, la pandemia había abandonado el planeta por los efectos mágicos de aquellas caricias que un dios le había trasferido a una diosa, escogiéndome a mí como mediador en el tiempo. Miré a mi alrededor y estaba ahora en mi departamento con el gato de ella y el mío, enamorados uno del otro; los perros también se acariciaban como solo ellos saben hacerlo, mientras Josefina nos miraba complacida de haber logrado su misión y nos traía a mí y a mi deseada Estefanía nuevas tazas de aromoso café.

Índice

Historias imposibles
Se editó en el mes de noviembre de 2021
Caracas, Venezuela



• Colección Continentes •

Fiel a una línea de continuidad iniciada hace ya algunos años, Gabriel Jiménez Emán nos ofrece en esta, su más reciente obra, una serie de relatos en los que despliega su imaginación y destreza de narrador, los cuales van desde lo más breve, a la manera de sus 1001 cuentos de una línea, hasta narraciones de más largo aliento como «La réplica», en la que asistimos al proceso de derrumbe del personaje-narrador. En estas historias abundan la alucinación, el sueño, el encuentro con el Otro, el erotismo, la neurosis, temas que constituyen una constante en la moderna narrativa fantástica, llena de seres disociados; pero también hallamos una buena dosis de fino humor, ironía y optimismo.

Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950). Narrador, compilador, traductor, es autor, en narrativa, de *Los dientes de Raquel* y otros textos (1973), *Los 1001 cuentos de una línea* (1981), *Relatos de otro mundo* (1987), entre otros. Algunos de sus títulos en poesía son *Balada del bohemio místico* (2009) y *Solarium y otros poemas* (2015), a los que se agrega *Confluencias para Lezama Lima* (2010), en el género ensayo. Una abundante producción creativa que no ha cesado y que cada día se incrementa, como lo demuestra el presente volumen.









